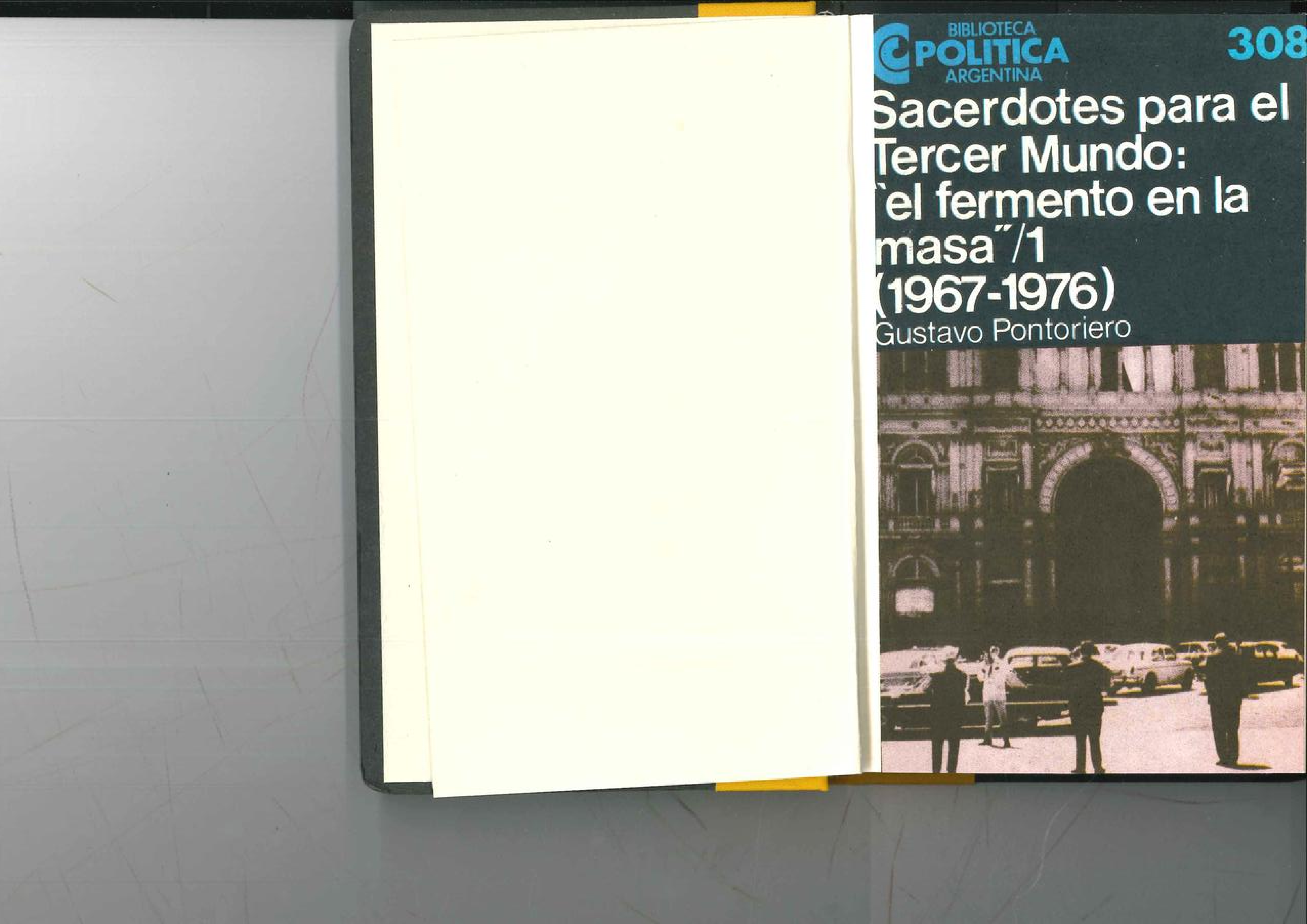

BIBLIOTECA
POLITICA
ARGENTINA
308
Sacerdotes para el Tercer Mundo: "el fermento en la masa"/1 (1967-1976)
Gustavo Pontoriero

BIBLIOTECA
POLITICA
ARGENTINA

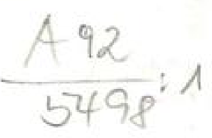
Sacerdotes para el Tercer Mundo: "el fermento en la masa"/1 (1967-1976)

Gustavo Pontoriero

CENTRO EDITOR DE AMERICA LATINA

(1991)

Dirección: Oscar Troncoso
Secretaría de redacción: Margarita B. Pontieri
Asesoramiento artístico: Oscar Díaz
Diagramación: Oscar Sammartino
Coordinación y producción: Natalio Lukawecki, Fermín E. Márquez





Hecho el depósito de ley. Libro de edición argentina. Compuesto por ECE Graph, Esmeralda 625, 3º "G", Tel. 322-6812. Capital. Impreso en Carbet, La Rosa 1080 Adrogué, Prov. de Bs. As. Encuadernado en Haley, Av. Mosconi 640, Lomas del Mirador, Pcia. de Bs. As. Distribuidores en la República Argentina: Capital: Mateo Cancellaro e Hijos, Echeverría 2469, 5º "C", Buenos Aires; Interior: Dipu S.R.L., Azara 225, Capital.
mpreso en abril de 1991

ISBN: 950-25-1577-3-

PREFACIO

Este trabajo intenta recuperar la historia del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo con la intención de colaborar en la comprensión de una decisiva etapa del proceso histórico argentino contemporáneo.

El MSPTM fue una agrupación integrada exclusivamente por sacerdotes y su objetivo principal era capacitar y concientizar al pueblo argentino sobre la situación de explotación e injusticia en que vivía. Paralelamente, se comprometía a denunciar esos abusos con palabras y con hechos, a fin de cooperar en la superación de dicha situación.

Si bien comenzó a actuar con esa denominación desde 1968, los orígenes del movimiento tercermundista se remontaban hacia mediados de la década del sesenta, cuando cobraron impulso los aires de renovación de la Iglesia.

Sepultado bajo la trágica violencia de los años setenta, la investigación histórica le ha dedicado muy poca atención, ya sea por la dificultad en el acceso a las fuentes escritas, o por el hermetismo que sus protagonistas mantienen aún hoy. Al vaciamiento de los archivos se agrega así un silencio seguramente razonable.

En el primer capítulo, rastreamos los antecedentes del pensamiento tercermundista durante la década del sesenta hasta los inicios del MSPTM en la Argentina.

En el segundo y tercer capítulo, desarrollamos los aspectos relativos a su creación, crecimiento y apogeo (1967-1972), analizando su ideología, sus actividades, sus relaciones con la jerarquía de la Iglesia, el régimen militar y la sociedad.

Finalmente, estudiamos las causas de su debilitamiento y ulterior desaparición, prestando especial atención a los conflictos internos y externos al Movimiento que determinaron su crisis.

I

ANTECEDENTES

La corriente tercermundista en la Argentina hunde sus raíces más profundas en la experiencia de los "curas obreros", iniciada entre el clero nacional a mediados de los años cincuenta.

Fuertemente influidos por la experiencia similar realizada por los curas obreros en la Francia de los años cuarenta, dirigieron sus acciones a compartir la misma vida de los trabajadores y sectores marginales de la Argentina industrializada. En ese proceso, entraron en contacto directo con sus costumbres, sus necesidades, sus creencias, sus aspiraciones, sus problemas como proletarios y como peronistas.

La experiencia del trabajo en la fábrica, con el compromiso consiguiente de involucrarse en los conflictos laborales, llevó a muchos de ellos a actuar sindicalmente. Y en la Argentina pos-55, acción sindical era sinónimo de una acción política muy definida. Los límites entre ambos terrenos no eran rígidos y ése era el mayor peligro que advertía la jerarquía eclesiástica, tironeada entre su triste imagen golpista ante la masa popular y la necesidad de influir sobre ella. A la vez, este proceso ponía a prueba la viabilidad de un nuevo camino o proyecto para establecer un sistema de relaciones con la sociedad civil: la inserción más directa en la base de esa sociedad, frente al tradicional esquema de la mediación del Estado.

Ejemplo de la crisis planteada al respecto es el recuerdo del sacerdote Carlos Mugica, futuro miembro del "Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo": "Yo estaba, por mi origen de clase, comprometido con la parte más reaccionaria de la sociedad argentina. Recuerdo que cuando derrocan a Perón, yo que vivía en el barrio oligarca, me fui hasta un conventillo que visitaba en las tarde como seminarista. Al pasar por las iglesias del barrio de los ricos, las campanas batían a júbilo por el golpe de Estado, pero al llegar a la puerta del inquilinato vi escrito con tiza una frase que decía: 'Sin Perón no hay patria ni Dios, mueran

los curas'."[1]

Concentrados básicamente en los cinturones industriales del Gran Buenos Aires y otras ciudades del interior, los "curas obreros" siempre fueron un núcleo pequeño (no más de 100) con respecto al total de sacerdotes en el país (unos 5.000), y la participación de extranjeros en él era importante. Sin embargo, la intensidad de su prédica tanto en las fábricas como en los barrios, así como los vínculos que establecieron con agrupaciones estudiantiles y otros sacerdotes, tuvo a largo plazo un efecto muy importante: preparó el terreno, casi inconscientemente, para que las ideas del Concilio Vaticano II (1962-1965) tuvieran donde prender.

En medio de una verdadera crisis del "rol sacerdotal" en los países subdesarrollados durante los años sesenta,[2] muchos "curas obreros" mostraron un camino a sus colegas, mientras la política del "aggiornamento" venía a convalidar sus posturas.

La "revolución desde arriba": Juan XXIII y Pablo VI

La decisión del Papa Juan XXIII (1958-1963) de renovar el pensamiento de la Iglesia y someterlo a la confrontación con los problemas del nuevo mundo de la posguerra tendría un efecto importantísimo para la legitimación de las corrientes progresistas.

Las encíclicas "Mater et Magistra" (1961) y "Pacem in Terris" (1963), junto con el llamado al Concilio Vaticano II (1962-65)[3] dieron motivo para que la Iglesia asumiera, aún tardíamente, los problemas de sus fieles del Tercer Mundo. Las denuncias contra la opresión de estos países por parte de las potencias centrales vinieron a rescatar la imagen de una Iglesia eternamente comprometida con los poderes económicos y políticos. Mientras las Naciones Unidas proclamaban la década del sesenta como la "década del desarrollo", Juan XXIII advertía que "la solidaridad social que hoy día agrupa a todos los hombres en una única y sola familia impone a las naciones que disfrutan de abundante riqueza económica la obligación de no permanecer indiferentes ante los países cuyos miembros, oprimidos por innumerables dificultades interiores, se ven extenuados

por la miseria y el hambre, y no disfrutan, como es debido, de los derechos fundamentales del hombre".[4] Y al reclamar la colaboración urgente para paliar el drama, pedía que "las naciones económicamente avanzadas eviten con especial cuidado la tentación de prestar su ayuda a los países pobres con el propósito de orientar en su propio provecho la situación política de dichos países y realizar así sus planes de hegemonía mundial".[5] De lo contrario, se estaría ante una nueva forma de colonialismo.

La Iglesia acompañaba así los desafíos contemporáneos y sentaba una posición más acorde con los fenómenos de la descolonización y el derecho al desarrollo autónomo por parte de los países del Tercer Mundo. Los católicos tenían que ponerse al día y comprometerse en estas tareas, trabajando concretamente en pos de una mayor justicia social, porque "en nuestro tiempo resultan anacrónicas las teorías, que duraron tantos siglos, por virtud de las cuales ciertas clases recibían un trato de inferioridad, mientras otras exigían posiciones privilegiadas a causa de la situación económica y social, del sexo o de la categoría política".[6]

En importantísimos párrafos referidos a la relación entre católicos y no católicos, Juan XXIII llamó a sus fieles a colaborar con aquellos "otros hombres que, aún careciendo por completo de la fe cristiana, obedecen, sin embargo, a la razón y poseen un recto sentido de la moral natural".[7] Resaltó la importancia de "distinguir entre el error y el hombre que lo profesa", dado que "en la naturaleza humana nunca desaparece la capacidad de superar el error y de buscar el camino de la verdad".[8] En clara alusión al socialismo, esta observación se ampliaba al considerar necesario diferenciar "entre las teorías filosóficas falsas sobre la naturaleza, el origen, el fin del mundo y del hombre y las corrientes de carácter económico y social, cultural o político, aunque tales corrientes tengan su origen e impulso en tales teorías filosóficas", dado que las doctrinas, una vez definidas, no cambian, en tanto los movimientos históricos inspirados en ellas están sujetos a los cambios constantes.

Finalmente, la pequeña puerta del diálogo con el marxismo quedaba abierta al señalarse: "Por lo demás, ¿quién pueda negar que, en la medida en que tales corrientes se ajusten a los dictados de la recta razón y reflejen fielmente

las justas aspiraciones del hombre, puedan tener elementos moralmente positivos dignos de aprobación?"[9]

Por otra parte, en las sesiones del Concilio, las posturas de muchos obispos manifestaban una voluntad de abrirse al diálogo con aquéllos que durante décadas habían sido enemigos acérrimos. "El verdadero socialismo es el cristianismo integralmente vivido en el justo reparto de los bienes y en la igualdad fundamental de todos", proclamaba el patriarca Máximo IV en el Concilio de 1965. Estas posiciones serían tomadas más tarde por los "18 Obispos del Tercer Mundo" y los tercermundistas argentinos, hallando en ellas una fuente de legitimación.

En la constitución pastoral "Gaudium et Spes", un extenso documento dado por el Papa Pablo VI en 1965, se recogían las nuevas líneas del Vaticano II. Al analizar la posición de la Iglesia frente al ateísmo, aún rechazándolo absolutamente, reconocía "sinceramente que todos los hombres, creyentes y no creyentes, deben colaborar en la edificación de este mundo, en el que viven en común. Esto no puede hacerse sin un prudente y sincero diálogo".[10]

Todos estos documentos y declaraciones fueron acompañados por notables gestos políticos. En abril de 1966, Andrei Gromyko, ministro de Relaciones Exteriores de la URSS, fue recibido en el Vaticano; el resultado de este encuentro, fue la visita oficial del Presidente Nikolai Podgorny, en enero de 1967. El cambio de tono en el diálogo con el marxismo no podía menos que desatar duras polémicas. Aún en la URSS, voces oficiales se alzaban para destacar este cambio, rechazando posturas comunistas más ortodoxas con respecto al "aggiornamento" de la Iglesia: "Negarse a ver estos cambios, esta crisis cada vez más profunda de una doctrina religiosa que trata de renacer en formas nuevas, no tomar en consideración los intentos de la Iglesia por salir de la época de las 'cruzadas' y las 'cazas de brujas', es hacer gala de una miopía que nada tiene de común con el marxismo".[11]

Poco después, el 26 de marzo de 1967, Pablo VI promulgaba la encíclica "Populorum Progressio", un documento clave para la interpretación tercermundista del papel de la Iglesia en los países subdesarrollados. Después de enumerar los más graves obstáculos al desarrollo y bienestar de los pueblos pobres de la periferia, Pablo VI solicitaba

"transformaciones audaces, profundamente innovadoras. Hay que emprender, sin esperar más, reformas urgentes".[12]

Teniendo en cuenta las condiciones injustas en las que vivían millones de fieles, y la posible derivación de éstos hacia la búsqueda violenta de justicia social, el Papa rechazaba la insurrección revolucionaria. Pero exceptuaba aquellos casos "de tiranía evidente y prolongada, que atentase gravemente a los derechos fundamentales de la persona y dañase peligrosamente el bien común del país".[13]

Este párrafo, cuidadosamente redactado y corregido, iba a sugerir, sin embargo, distintas líneas de interpretación. Mientras algunos optaban por considerar la lucha contra la tiranía como actividad política y, por lo tanto, ajena a las cuestiones de un sacerdote, muchos otros interpretaron que la tiranía no sólo era propia de un régimen político sino de aquellos sistemas económico-sociales que originaban y mantenían la miseria.

Es importante señalar este problema porque rápidamente daría origen al tema de la "violencia estructural", el "pecado estructural" o la "estructuración injusta" de la sociedad. Una abundante literatura iba a legitimar la "violencia de abajo" a partir de esta interpretación.

El camino hacia el tercermundismo

Toda la década del sesenta fue, de hecho, la preparación para lo que luego estallaría como "movimiento tercermundista". Núcleos de la renovación teológica como los seminarios de La Plata y Villa Devoto introdujeron lentamente nuevos enfoques y autores, como el jesuita Teilhard de Chardin,[14] estableciendo una fuerte vinculación con los jóvenes de la JUC (Juventud Universitaria Católica).

La idea de esta corriente de renovación era fortalecer el acercamiento con los trabajadores y los pobres, en una línea distinta a la de la Iglesia identificada con el derrocamiento de Perón y unida invariablemente al poder. Provenientes de esta línea nueva, Jerónimo Podestá, Eduardo Pironio y Antonio Quarracino, por ejemplo, accedieron al obispado durante los '60, y rápidamente impulsaron una

acción pastoral orientada preferentemente a esos sectores postergados. El caso de Podestá, en Avellaneda, fue el más notorio por la importancia que en su diócesis tuvo la experiencia de los "curas obreros".

Pronto se fue advirtiendo que esta línea renovadora, ya en pleno Concilio, contaba con no pocos miembros entre la Jerarquía. Hemos contabilizado unos quince obispos en esta postura; esta presencia y la actitud decidida como la del Obispo de Goya, Antonio Devoto, suprimiendo los aranceles en su diócesis y asumiendo votos de pobreza, marcaban un camino para el clero joven que hacia mediados de la década comenzaba a exigir la aplicación del espíritu conciliar. Las huelgas obreras concretadas como parte del Plan de Lucha de la CGT en 1964 despertaron las primeras fricciones entre aquellos que veían la necesidad de participar de lleno en ellas e importantes miembros de la Jerarquía, temerosos de perder el control sobre sacerdotes y laicos enrolados en las distintas organizaciones católicas.

De hecho, la decadencia de éstas era una realidad a partir del progresivo involucramiento de los católicos en la vida política pos-peronista. La década que va de 1955 a 1965 asistió a una fuerte politización, sobre todo entre los jóvenes, a partir de la militancia en la JUC (Juventud Universitaria Católica), La JOC (Juventud Obrera Católica) y fracciones de la Democracia Cristiana. A estos factores nacionales debería sumarse el impacto de la Revolución Cubana y la posterior emigración a agrupaciones de izquierda.

La JUC, rama especializada de la Acción Católica, creció como expresión de la renovación dentro del Humanismo en los primeros años sesenta. El Humanismo había conocido sus mejores momentos enfrentando al reformismo universitario (radicales, liberales y marxistas) en las disputas "laica-libre" del 58 y "comunismo-anticomunismo" del 61-62. Ahora estas disyuntivas, consideradas falsas por la nueva generación universitaria católica, comienzan a ser desplazadas por otras que tienen que ver con la problemática de la dependencia, el cambio de estructuras, el peronismo proscripto. A pesar de que muchas veces estas inquietudes no se traducen en una práctica concreta como organización, el resultado final será la formación de

nuevos cuadros católicos que, en breve tiempo, pasarán a militar en otras agrupaciones políticas.

Sin embargo, la evolución del catolicismo durante los sesenta abrirá espacios para el compromiso de los jóvenes en la denuncia de actitudes de la Iglesia poco solidarias con los oprimidos. En 1965, por ejemplo, la JUC de Buenos Aires junto a numerosos sacerdotes salieron en defensa del cura obrero y delegado gremial Francisco Huidobro, despedido de la fábrica INDUPAR. En la declaración repudiaron "la posición de la patronal que bajo el rótulo de catolicismo ha recurrido a la Jerarquía para detener todo movimiento de agremiación y prolongar el estado de injusticia".[15]

Los militantes sindicales católicos, al mismo tiempo, organizaban desde la JOC, la Acción Sindical Argentina (1955). La central obrera católica mantendrá su distancia del peronismo, es decir, del grueso de los trabajadores, hasta que los nuevos militantes jocistas produzcan una renovación. En 1963-1964, se acercan a la CGT peronista apoyando sus luchas, aunque su peso numérico es reducido: cuentan con núcleos sindicales en muy pocos gremios como ferroviarios, bancarios, gráficos y sanidad. En 1964, los sectores antiperonistas se retiran para crear el Movimiento Sindical Demócrata Cristiano, ligado estrechamente al PDC. Este grupo es aún más reducido que la ASA.

La línea de todos estos grupos sindicales católicos era el cristianismo socialmente ampliado, la superación del sistema capitalista y el colectivismo deshumanizante.

En suma, el sindicalismo católico languidece a la sombra de las organizaciones peronistas y en las cuales terminan ingresando muchísimos cuadros cristianos.

En cuanto a la militancia política, después del golpe del '55 los católicos se habían agrupado en el Partido Demócrata Cristiano, fundado en 1954 en la línea Maritain,[16] y en la Unión Federal Demócrata Cristiana. Nunca trascendieron de su reducido círculo, siendo señalados por las masas populares como "los partidos de los curas", teñidos por su origen pro-golpista y reaccionario. Sus integrantes formaban parte, más allá de diferencias y actitudes, de una generación cuestionada en su formación y proyección por la Revolución Peronista.

Las democracias cristianas europeas creadas como

freno al comunismo en la Europa de posguerra no tuvieron el mismo éxito en América latina. Más aún, en aquellos países donde crecieron como en Chile, Venezuela, El Salvador o Uruguay, debieron radicalizar sus programas para hacer frente a los terribles desequilibrios sociales de nuestros países.

En la Argentina, mientras el Partido Demócrata Cristiano apoyaba a los grupos más liberales de la Revolución Libertadora (Aramburu-Rojas), la Unión Federal jugaba su apuesta a Lonardi. En la puja entre ambas corrientes católicas prevalecerá el PDC. Superará a la UF en 1957, por las elecciones para la Asamblea Constituyente, y en 1963 por las elecciones nacionales. En ambas ocasiones, con el peronismo proscripto, la democracia cristiana no pasa del 5% de los votos. El acercamiento intentado por Horacio Sueldo en 1963, abriendo las listas partidarias a los candidatos peronistas proscriptos no pasa de ser un acuerdo de cúpulas, sin fuerza en las masas.

Los que acentuarán esa línea de acercamiento, pero comprometiéndose activamente con las luchas del pueblo peronista, son los jóvenes de la JUC, los cuadros de la JOC (que se enfrenta con la Jerarquía y desaparece como movimiento oficial de la Iglesia) y toda la conducción de la Juventud de Acción Católica (JAC), que renuncia masivamente luego de continuos roces con la estructura eclesiástica. Es una complejo proceso que requeriría un estudio más detallado y retrospectivo. El resultado más importante sería el vuelco de todos estos militantes hacia actividades de promoción humana, de fuerza contenido temporal; participación y compromiso por un cambio de estructuras. Se fortalecen entonces los Campamentos Universitarios de Trabajo, la Acción Misionera Argentina, y otros canales que reciben a estos jóvenes en transición desde organismos eclesiales burocratizados y jerárquicos.

Un párrafo aparte merece el impacto que genera la Revolución Cubana, con su imagen romántica de una nueva sociedad socialista y humanista. La discusión que comienza a desgarrar a toda la izquierda latinoamericana alrededor de la validez del modelo cubano castroguevarista alcanza a toda la militancia política. Entre 1964 y 1968 muchos jóvenes católicos comienzan a integrarse al peronismo revolucionario y a otras agrupaciones de izquierda.

Más aún, grupos católicos de neto corte nacionalista de derecha, como Tacuara, sufren escisiones de izquierda al influjo del ejemplo cubano. Así en 1962 nacía el Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara (MNRT), dirigido por Joe Baxter y José Luis Nell,[17] embrión de las FAP (Fuerzas Armadas Peronistas), que contó con calificados militantes católicos como Miguel Zavala Rodríguez, el ex-sacerdote Arturo Ferré Gadea y Gerardo Ferrari.

Esta corriente de admiración hacia los cubanos revolucionarios venía a confluir con la simpatía de estos jóvenes por un peronismo "reconstruido" por la pluma de Hernández Arregui, Rodolfo Puiggrós, Arturo Jauretche o Jorge Abelardo Ramos. En efecto, la versión del peronismo que dio la izquierda nacional llegó a demostrar que la experiencia truncada en el 55 era el antecedente del socialismo nacional. John William Cooke llevaría esta elaboración teórica a su máxima expresión durante la primera mitad de los sesenta.[18]

En el marco del "aggiornamento", con la postura de diálogo con el marxismo, se realizaron también reuniones públicas como la de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Durante 1965, se sucedieron las conferencias donde, por ejemplo, exponían Fernando Nadra del PC y el padre Carlos Mugica. Como conclusión de esta experiencia los militantes de la JUC afirmaron que "cuando los cristianos se comprometen se plantea el diálogo con militantes de ideología socialista (no tanto los comunistas, por sus posturas cerradas). Esto permite descubrir que son hombres generosos y con tantas deficiencias como puede tener un cristiano y que la visión que extraen para interpretar los hechos, resultan muchas veces exactas o bastante aproximadas. Los cristianos que han hecho una experiencia de trabajo con marxistas descubren que existen no pocos puntos de contactos y aspectos comunes".[19]

Años más tarde un protagonista notorio de este tiempo recordaría: "El proceso comenzó entonces por allí, por la presencia de sacerdotes en las 'villas-miseria', por la presencia directa del sacerdote con el pueblo. Es decir, comenzó realmente ese cambio, y muchos sacerdotes y laicos comprendieron que no se puede evangelizar al hombre sino a través de sus problemas concretos y reales. Por otra parte el papel del laico se fue haciendo más

protagónico, y otro elemento importante en el cambio fue el contacto que tuvieron los cristianos, particularmente los que pertenecían a la acción católica universitaria con los marxistas de la Universidad. Por una parte, el contacto con el pueblo, por otra el contacto con el pensamiento marxista en la Universidad, fue creando esa conciencia de cambio, esa conciencia incluso revolucionaria en sectores importantes de la Iglesia que cada vez van siendo más numerosos".[20]

La fuerte secularización que acarreaba este proceso llevó tarde o temprano al vaciamiento de la Acción Católica, rígidamente controlada por la Jerarquía; a la militancia de transición en las organizaciones citadas; y tras el golpe de 1966, al vuelco en el peronismo revolucionario, la nueva izquierda y los grupos armados.

Se ha explicado este fenómeno, afirmando que "la juventud que comienza a descreer de las estructuras institucionales a las que considera no adaptadas al cambio, cuestiona a los partidos políticos ('envejecidos'), a las instituciones de bienestar social ('carecen de dinámica'), a los gremios ('burocracia sindical'), a la Universidad ('ajena a los problemas nacionales') y aun a la Iglesia ('preconciliar')".[21]

Volvamos a la situación interna de la Iglesia. El enfrentamiento entre las jóvenes generaciones de católicos y la cúpula de la Iglesia había concluido con una "emigración" más o menos masiva, aunque no dejaran de lado su formación. Pero la misma situación planteada entre la parte del clero más proclive a los cambios y la Jerarquía, no tendría tan fácil resolución. Peor aún, las posiciones se tornarían rígidamente opuestas y difíciles de conciliar.

En 1964, en Córdoba, se producía un violento choque entre los sacerdotes Dellaferrera, Baudagna y Viscovich con el arzobispo Castellanos. El motivo: la participación y apoyo al plan de lucha de la CGT. "Entre la Iglesia de la Bolsa de Comercio y la Iglesia de la CGT, me quedo con esta última", declaró Viscovich, decano de la Facultad de Ciencias Económicas de Córdoba. Su voz representaba a muchos curas y laicos volcados en esa postura. El arzobispo Castellanos recriminó a los sacerdotes por sus actitudes, recibiendo una nueva réplica. Sólo la intervención del obispo auxiliar, Enrique Angelelli, logró calmar los ánimos

y facilitó el acercamiento entre los contendientes.

Al año siguiente, en Mendoza, un conflicto entre curas y obispo alcanzaría efectos más graves: veintisiete sacerdotes de distintas diócesis, al no recibir respuesta a sus reclamos de entrar en el espíritu conciliar, se declararon en huelga contra el obispo Alfonso Buteler. La agudización del enfrentamiento concluyó con la renuncia del grueso de los "huelguistas" y la emigración del resto. En un país donde las vocaciones sacerdotales escaseaban esto era un llamado de atención. La prensa nacional dedicó amplios espacios al tema, sacando a la luz del gran público lo que comenzó a llamarse la guerra entre "preconciliares" y "posconciliares".

El caso mendocino repercutió en todo el país y agitó la escena religiosa; la Jerarquía mostró fisuras internas cuando al reunirse para tratar este y otros hechos similares, se marginó de las deliberaciones a los obispos Podestá, Quarracino, Devoto, Zazpe y Aguirre (sospechosos de simpatizar con los rebeldes).

En efecto, en junio de ese año (1965), Podestá, Quarracino y unos ochenta sacerdotes se habían reunido en el "pequeño Concilio" de Quilmes. La convocatoria había surgido del intercambio de experiencias e ideas realizado en 1964 entre equipos sacerdotales de Capital Federal, Gran Buenos Aires (San Isidro, Morón, Lomas de Zamora, Avellaneda), La Plata, San Nicolás, Mercedes, Nueve de Julio, Azul y Mar del Plata.

Estos equipos tenían como principal cometido el compromiso activo con los pobres y el contacto reveló la necesidad de un trabajo más organizado alrededor de los postulados del Concilio Vaticano II.

El "concilio" de Quilmes había prestado gran atención al conflicto mendocino, pero sin llegar a plantear un apoyo explícito que arriesgara una crisis global en la Iglesia.

En él se debatieron los temas "el sacerdote frente a Dios", "frente a la Iglesia" y "en el mundo". Algunas conclusiones de dicho encuentro[22] nos dan la pauta del tono de las deliberaciones:

"*I. Dios para Nosotros*

"(...) Se considera negativa toda forma de relación con Dios que termine en uno mismo y 'separe' de los demás

bajo pretexto de perfección personal.

"(...) Se entra en el Misterio de Dios para comprender, construir y poseer la realidad en que se vive y no para 'separarse' impulsados por una visión maniquea de las cosas.

"*II. Nosotros en la Iglesia*

"(...) *Se constata una gran tensión y cierta desorientación* en la comunidad eclesial, manifestada en la falta de coordinación entre sus miembros. Se percibe además cierta incapacidad humana para establecer contactos y dialogar como adultos. Se destacó casi unánimemente la impresión de orfandad y carencia de respaldo en la reflexión y acción pastoral. Consecuentemente se experimenta una gran sensación de soledad. Esta situación engendra problemas de orden personal y una atomización de carácter pastoral: pastoral invadida por el signo del individualismo, de lucha entre sectores, etcétera.

"(...) *Se constata que hay formas de vida de los sacerdotes que están en crisis.* Entre ellas se destacan la pobreza y el celibato.

"*Pobreza:* se advierte que la Iglesia a veces sigue siendo factor de poder y objeto de privilegios que desconciertan al mundo y lo irritan. Dentro de la comunidad misma se reacciona *no sólo por las injusticias* y desigualdades entre hermanos que viven la misma función y ubicación en la comunidad, sino también por la conciencia cada vez más arraigada de que el cristiano–sacerdote como 'hombre entre hombres' debería ganarse el sustento con su trabajo. En el caso justo, de sacerdotes sustentados por las comunidades a las que sirven, no se ve por qué deban existir diferencias y privilegios conocidos por todos: ¡sacerdotes del 'asfalto' y sacerdotes del 'barro'! (¡de primera categoría o de tercera!).

"*Celibato*: se da un interrogante general. ¿El celibato es signo o no? ¿Cuáles son los fundamentos bíblicos, teológicos e históricos que justifican su formulación e imposición actual? Frente al mundo de hoy —y dentro de la comunidad cristiana— ¿tiene sentido positivo?

"*Surge una comprobación compartida: se vive una tensión* nueva y creciente; se tiene la impresión de estar sujetos a un molde donde no se encaja perfectamente, sin

saber por qué.

"*Se insinúan dos interrogantes prácticos* y de cierta urgencia que debemos ahondar y responder a la luz de la Palabra de Dios y del hombre, y de las estructuras sociales del mundo de hoy: se sobreentiende que el celibato es un valor cristiano incalculable, pero ¿debe existir como hasta ahora? ¿Se lo puede vivir o asumir de otra manera? ¿Cómo?

"En general se tomó conciencia de ser todos responsables de las situaciones enumeradas porque todos somos y hacemos la Iglesia. En este sentido se destacó permanentemente la vitalidad de nuestra Iglesia que, con su dinamismo eterno y su estructura fundamental, busca encarnarse fielmente en el mundo de hoy.

"*III. Nosotros y el mundo*

"Es unánime la apreciación de que 'el mundo' (la creación en su totalidad) adquiere dimensiones nuevas y se nos manifiesta lleno de valores y riquezas que es necesario asumir como parte positiva del Plan de Dios. Pero a su vez se constata —en diversos grados— una tensión entre el aprecio por el mundo y la doctrina y medio de que disponemos para valorarlo como corresponde.

"(...) *Se descubren valores que inciden profundamente en la vida de quienes están en el mundo*: El cosmos, la técnica, la fraternidad universal, el matrimonio, la mujer, el trabajo, la socialización... No se acepta más una visión esquemática que separe al mundo de la Iglesia, como si ésta tuviera que subsistir 'a pesar' del primero.

"(...) Existe en muchos sacerdotes una marcada sensación de frustración que cristaliza en forma aguda la tensión, angustia y desorientación.

"(...) *Las causas son múltiples*: teología tradicional que no valora al mundo, ni a la civilización, ni a la historia —en términos actuales; formación y estilo de vida burguesa del seminario, y fuera de él, como sacerdotes, imposibilidad de vivir la vida común de toda la gente."

Este breve pero sustancioso documento, con tan ricos elementos para el análisis, culminaba con una síntesis en la cual se comparaba la situación de tensión de la Iglesia y los sacerdotes con la tensión del adolescente. Como él, los

sacerdotes "van dejando atrás una etapa un poco inconsciente o quizá menos consciente... Ahora se van hacia cosas nuevas, hacia una toma de conciencia y revalorización de la mujer y el sexo, y el aprecio y exigencias de nuevas estructuras en el mundo.

Este "pequeño Concilio" de 1965 se transformaría a la postre en el primero de una larga serie de encuentros anuales, prolongados luego por el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo hasta 1973.

Chapadmalal, 1966

En abril del 66, se producía una nueva fricción: el padre Néstor García Morro, de la iglesia Corpus Domini, en Liniers, es defendido por un grupo de laicos que ocupa el templo ante la noticia de su desplazamiento. La participación de laicos en favor de la Iglesia "pre" y "posconciliar" también había estado presente en el conflicto mendocino. La situación se extendía y amenazaba con agrietar las bases mismas de la Iglesia. Por ese entonces, el conflicto se circunscribía al ámbito parroquial pero la aparición del MSPTM abriría las compuertas a un público mucho más numeroso.

Mientras los militares preparaban sin sobresaltos el derrocamiento del presidente Illia, los participantes del encuentro de Quilmes seleccionaban los temas de discusión de un nuevo "concilio" que trataría más profundamente la relación Iglesia–mundo, el rol del sacerdote en este nuevo proceso de compromiso real en lo temporal.

Con la participación de setenta sacerdotes, se llevaron a cabo durante junio varias sesiones de discusión en Chapadmalal. Los documentos principales fueron elaborados por tres sacerdotes y dos laicos. Lucio Gera, teólogo del Seminario de Villa Devoto, redactó el trabajo denominado "Iglesia y mundo"; Alberto Sily, director del Centro de Investigación y Acción Social (CIAS), jesuita, expuso sobre "La Iglesia y el proceso histórico argentino"; y Justino O'Farrell, sobre "La conducta organizada de la Iglesia". Los sociólogos José Miguens y Francisco Suárez, a su vez, desarrollaron los temas "La Iglesia ante el cambio social en la Argentina" y "Análisis sociológico del rol sacerdotal", respectivamente.

El objetivo central del encuentro: coincidir con el Concilio Vaticano II y buscar su adaptación a la Argentina. En este marco, Miguens afirmaba: "...habría que ir a ciertas raíces del mal atacando los que llamaríamos "pecados nuevos'. Pecados 'contra la sociedad' de los cuales las personas son en cierto sentido responsables por aprovecharse de situaciones existentes aunque no hayan sido creadas por ellas mismas: como por ejemplo, el enriquecimiento rápido sin el aporte de un servicio concreto a la comunidad; la emigración de dinero al exterior por invocadas razones de seguridad desde un país que necesita ese capital, etc. Por otra parte, la denuncia de una serie de injusticias que nadie se anima a hacer: el asesinato político, las torturas, los contrabandos, etc. (...) La Iglesia no debe tener intereses creados en ningún sistema, sea cultural, social o político. (...) El compromiso de la Iglesia debe ser con la verdad y con la justicia, sea cual sea y venga de donde venga".[23]

Norberto Habegger[24] ha afirmado que Chapadmalal "constituyó un jalón importante en la trayectoria que los sacerdotes más lúcidos y comprometidos del país van describiendo hacia una radicalización ideológica".

La "Revolución Argentina"

El golpe militar que llevó al poder al general Juan Carlos Onganía tuvo fundamental importancia para el proceso de radicalización que venimos observando en los ámbitos católicos, tanto eclesiásticos como laicos. De hecho, agudizó las diferentes posturas políticas dentro del catolicismo: si por un lado, el integrismo cursillista y los grupos conservadores apoyarían al Gobierno con el cardenal Caggiano al frente, los "posconciliares" repudiarían la vinculación estrecha al régimen.[25]

Varios elementos jugarían en favor del enfrentamiento entre los segundos y el poder político. Primero, el apoyo del sector tradicionalista de la Jerarquía al régimen, expresado en la presencia de Caggiano durante las ceremonias oficiales de asunción de las nuevas autoridades. En el caso de la jura del nuevo canciller, Nicanor Costa Méndez,

Caggiano llegó incluso a firmar el acta. Asimismo, fue importante en este aspecto la actitud de los capellanes militares. "Ya durante el Concilio Vaticano II, en abril de 1964, el actual pro-vicario de las Fuerzas Armadas, Victorio Bonamín (salesiano), exhortaba a los capellanes castrenses a que no metieran la espada de la fe en la vaina del irenismo (término que encierra una especie de sincretismo teológico), 'no hay que darles (a los militares) impresión de incertidumbre; dejarlos sospechar que andamos en implícitas negociaciones con el enemigo es ofenderlos, es hacerles perder tiempo, es debilitarles el espíritu militar (...). Que no se nos vea enredados por la 'problemática teológica', como sucede a ciertos espíritus indecisos y débiles que han tomado el mismo Concilio Vaticano como un 'visto bueno' para los irenismos acomodaticios y un paliativo para todas las incertidumbres."[26]

Esta fuerte vinculación de la Iglesia conservadora con el nuevo poder se complementaba con el "desembarco" de notorios cursillistas en el mismísimo gabinete nacional. Los "Cursillos de Cristiandad" tenían origen en Francia, y estaban basados en el modo de ejercicios espirituales de Ignacio de Loyola. En los hechos fueron el punto de reunión de militares y civiles golpistas; las jornadas de retiro y reflexión, generalmente desarrolladas en estancias o edificios bien aislados, entremezclaban religión y política. Y sobre todo, política. "La ideología (de los cursillos) se formó con una amalgama del pensamiento derechista francés, principalmente de los monárquicos de Maurras, más una adición política fermentada durante el régimen del mariscal Petain por los ex comunistas que acompañaron a Jacques Doriot en un ensayo de socialismo corporativo bajo la ocupación alemana. Estas fuerzas dispares, imbuidas de propósitos parecidos, encontraron en el catolicismo una identificación que rápidamente impregnó la amalgama ideológica."[27] Los cursillistas franceses fueron básicamente militares combatientes en Indochina y Argelia, que luego contribuyeron a organizar el grupo ultraderechista *Cité Catholique* y publicaron la revista *Verbe*; el anticomunismo era su fe.

El coronel Juan F. Guevara introdujo las ideas del grupo en la Argentina, logrando la bendición del cardenal Caggiano. Según García Lupo, la fundación de una filial de *Cité*

Catholique en el país fue acompañada por la de la "Obra de Cooperadoras Parroquiales de Cristo Rey", constituida por sacerdotes y laicos enrolados en esa línea ideológica.

Hacia 1965-1966, este reducido núcleo trabó contacto con otros militares que venían participando en los "Cursillos de Cristiandad": Alejandro Lanusse, Juan C. Onganía, Martínez Zuviría y Señorans, entre otros. Lo que García Lupo denominara "el partido secreto" pasó a ocupar importantes puestos de gobierno tras el golpe: Jorge Salimei (Economía), Roberto Petracca (Bienestar Social), Roberto Gorostiaga (Promoción y Asistencia a la Comunidad), Enrique Martínez Paz (Interior), José Manuel Saravia (Subsecretaría de Interior), general Eduardo Señorans (SIDE), Roberto Avellaneda (gobernador de Tucumán) y Carlos Caballero (gobernador de Córdoba).

Este cuadro de situación se completaba con las declaraciones de adhesión al "occidente cristiano" y el propósito de militar activamente en la cruzada anti-comunista liderada por los Estados Unidos.

Frente a la vinculación estrecha entre estos sectores católicos y el Gobierno, voceros importantes de la renovación se preocuparon en desvincularse de esa "alianza" como miembros de la Iglesia. El 28 de julio de 1966, el obispo de Goya, Alberto Devoto, declaró públicamente su inquietud por la idea de compromiso entre Jerarquía y Gobierno que tenía la población. El mismo mes, el obispo Quarracino afirmó: "No es verdad que, como dicen muchos, los curas estén metidos en el Gobierno; si alguno estuviera mezclado en esa tarea, está obrando al margen del pensamiento y voluntad de la Iglesia".[28] En agosto, se sumaba el obispo Podestá, de Avellaneda: "La Iglesia no se ha comprometido ni ha promocionado como tal, ni el derrocamiento del Gobierno, ni la Revolución, ni la orientación de la Revolución. La identificación con cualquier régimen político perjudica a la Iglesia".[29]

Mientras en la cúspide de la Iglesia argentina se planteaban estas dicotomías, sus cuadros medios tenían motivos para endurecer el enfrentamiento con el Gobierno: el 28 de julio de 1966 se producía la intervención violenta de las universidades. Estudiantes y docentes, investigadores y rectores fueron apaleados, humillados y encarcelados por la policía militarizada cuando intentaban una resisten-

cia pasiva en el interior de los establecimientos. Lo que pasaría a la historia oscura de estos años como "la noche de los Bastones Largos" significó el éxodo masivo de la élite científica nacional y la desarticulación del sistema universitario, pero lo que para este trabajo interesa es el efecto acelerador que produjo en cuanto a la politización y radicalización de los militantes católicos. Al clausurarse la "isla democrática" de la Universidad[30] en la cual aún se gritaba por el "cambio de estructuras" y se hacía política, la febril actividad de los jóvenes comenzó a buscar canales alternativos.

La implantación de una nueva dictadura militar, que se jactaba de no tener plazos y pretendía emular al modelo brasileño,[31] rápidamente se manifestó para ellos como un "signo de los tiempos".

Citamos a continuación las impresiones de distintas personalidades del ámbito político, gremial, etc., sobre el significado del nuevo régimen militar:

"Sin duda, los tres años del 'Onganiato' han configurado ya la 'tiranía evidente y prolongada', que justifica el empleo de la violencia para derrocarla, según reza la Encíclica Populorum Progressio." (Del "Informe a Perón sobre la situación nacional", enviado por diversos grupos y organismo del peronismo revolucionario en agosto de 1969.)[32]

"Mi observación personal, cuando Juan Carlos Onganía se hace cargo del poder en 1966 (que puede ser corregida, pero tengo que decir lo que yo sentí en aquel momento), es la siguiente: de que para bien o para mal en la historia del pueblo argentino se ha entrado en una época que va a ser muy dura para todos nosotros, pero —también dije a muchos compañeros en aquel momento— va a ser una época gloriosa; porque los imperialismos y los dueños de la riqueza siempre cubrieron con formas más o menos moderadas la explotación que hacían del hombre y de los pueblos, tenían la Constitución, tenían las leyes, tenían los partidos políticos, tenían algunos sindicatos, tenían la penetración en la cultura, tenían el dinero para irrigar con su filosofía y con sus objetivos a casi todas las instituciones.

"Mi reflexión, que hoy veo, a mi punto de vista por supuesto, acertada, es la siguiente: de que lo positivo del golpe militar ha sido que de una vez para siempre la gran

mayoría de los argentinos, me refiero a los de buena fe, aun aquellos que directa o indirectamente sirvieron como cómplices de muchos de los atropellos que sufrimos con anterioridad, les sacó la venda de los ojos, y les hizo notar que hay poderes supranacionales, que por encima de la buena voluntad y de los debates parlamentarios y de la buena intención que pueda tener el más santo y el más poeta y el más puro de los presidentes, hay otros poderes, que en definitiva cuando no se cumple su ley, la que no está escrita, la ley del dinero, entonces arrasan con todas las demás leyes." (Raimundo Ongaro, secretario general de la "CGT de los Argentinos".)[33]

"Las estructuras demoliberales quedan al desnudo: son disueltos los partidos políticos y el Parlamento, se interviene la Universidad, pero lo esencial permanece intacto: el Pueblo ausente de las decisiones y el poder. No obstante no se repite la falaz mentira de 1962. En esa ocasión la clase dominante no tiene el coraje de asumir las cosas como son y se empeña en mantener el andamiaje liberal. Con Onganía, en cambio, se inicia una etapa perfectamente clara: el Pueblo sin poder y los militares en el gobierno, con sus aliados de siempre." (Alejandro Mayol, sacerdote.)[34]

Un núcleo ultrarradicalizado de católicos, liderados por el ex-seminarista Juan García Elorrio, comenzó a editar en septiembre de 1966 la revista *Cristianismo y Revolución*. A través de ese medio, difundió la nueva temática de la Iglesia y la opción por la lucha armada en América latina bajo las consignas del socialismo y el ejemplo de Camilo Torres. En el primer número, García Elorrio daba su interpretación del régimen de Onganía:

"Onganía no es por supuesto el 'caudillo' que el pueblo esperaba y presentía. Onganía es el testigo que el régimen engendró y que viene a dar testimonio de su muerte. Viene a dar testimonio de su última carta, de su propio fin. Y porque es el último testigo, Onganía es el enterrador de todo lo que estaba vencido, caduco, terminado. Por eso se acabaron los partidos políticos, el parlamentarismo, la negociación electoral. Además de dar testimonio, Onganía ilumina todo lo que en la Nación ya no tenía sentido ni vigencia ni autenticidad: las conducciones políticas y gremiales que venían traicionando al pueblo en nombre de un

liderazgo y de una estrategia que cada día se alejaba más de la toma del poder y de la Revolución. Con mucha aparatosidad y mesianismo el golpe militar se llama a sí mismo 'revolucionario'. Más exacto sería llamarse 'pre-revolucionario', porque sin duda su cometido será, con toda precisión y ejecutividad, allanar los caminos hacia la verdadera Revolución. Onganía y sus miniequipos así como son cristianamente 'preconciliares', son políticamente 'pre-revolucionarios'. Esa es su 'prehistórica' dimensión y tarea."[35]

Cristianismo y Revolución

La historia de este grupo requiere cierta atención: su vida será corta pero tendrá importancia para el MSPTM. En su revista le otorgarán amplios espacios de difusión, apoyarán su accionar y, además, influirán notablemente en muchos de sus integrantes.

En noviembre de 1966, en una carta dirigida a los obispos argentinos, reclamaron por el apoyo de la Jerarquía al régimen de Onganía: "Nuestra Iglesia nos duele, nos duele saberla identificada económicamente con los ricos, socialmente con los poderosos y políticamente con los opresores".[36]

En 1967, García Elorrio constituyó el "Comando Camilo Torres", nucleando a numerosos jóvenes católicos, incluso a futuros líderes montoneros como Fernando Abal Medina. El 1º de mayo, mientras los sindicatos tenían prohibido convocar a actos celebratorios, la Catedral metropolitana fue escenario de la "Misa del Día del Trabajador", oficiada por el cardenal Caggiano ante una nutrida concurrencia de funcionarios y militares. Allí se produjo el primer acto del "comando". García Elorrio interrumpió a Caggiano con el fin de leer una "oración" de neto contenido anti-gubernamental. Entretanto, sus seguidores arrojaban cientos de volantes propagandísticos sobre los azorados concurrentes. Tras ser detenido junto a otros miembros del grupo por agentes de Coordinación Federal, se le secuestró el texto de la oración, que rezaba así:

"Señor Jesús: En este día doloroso para nuestra Patria, en que los trabajadores no pueden expresar libremente las angustias de sus familias y sindicatos frente a la acción devastadora de un plan económico al servicio del capitalismo, del imperialismo, de las oligarquías y en contra del pueblo.

"Te pedimos Señor: Que las libertades sindicales destruidas por el gobierno sean recuperadas definitivamente por y para la clase trabajadora mediante la organización y la lucha revolucionaria.

"Que la sangre de todos los mártires del trabajo, en especial la de nuestra compañera Hilda Guerrero de Molina, nos impulse y aliente en medio del abandono y traición a la clase obrera por parte de sus falsos dirigentes.

"Que seamos dignos de nuestra conciencia cristiana para luchar siempre junto a los que padecen explotación e injusticia, que son los que exigen nuestra solidaridad hasta las últimas consecuencias."[37]

En julio de ese mismo año, Juan García Elorrio concurrió a La Habana para asistir a la Primera Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad (OLAS), como representante de "Cristianismo y Revolución" y del Comité de la OLAS en la Argentina. La delegación argentina estaba presidida por John William Cooke, e integrada entre otros por Fernando Abal Medina, Joe Baxter, Norma Arrostito, Emilio Maza, Jorge y Arturo Lewinger, Roberto Quiero y Jorge Moreno.[38]

Dicha conferencia emitió una declaración conjunta en la cual se proclamó la vía armada como forma principal de la lucha revolucionaria en América latina.

Tras su regreso al país, desarrolló ampliamente la temática de "la Revolución". Aliado al peronismo revolucionario, a la CGT de los Argentinos, se opuso a la conducción oficial del movimiento peronista y al régimen militar.

Encarcelado reiteradamente, se vinculó sin embargo con John William Cooke y el mismo Perón, quien en julio de 1969, contestando a una carta previa de García Elorrio, le decía: "Yo creo, amigo García Elorrio, que no sólo allí sino también en el mundo, se inicia la Primera Revolución Mundial que, después de la Revolución Francesa de 1789, no se había producido. La Revolución Comunista fue una 'Revolución Rusa' que, por numerosas razones, se ha

frustrado como revolución mundial. Lo ocurrido en mayo de 1968 en Francia tiene un significado mucho mayor que el que se ha tratado de hacer aparecer. Lo ocurrido en la Argentina un año después (mayo de 1969) con sus mismas características, objetivos y formas de ejecución, demuestran claramente la influencia que el justicialismo ha tenido en las masas argentinas que, desde hace ya veinticinco años, tienen ideas claras sobre el contenido revolucionario. Piense que, después de Francia, ha sido el primer país que ha reproducido el fenómeno".[39]

El grupo liderado por García Elorrio participaría activamente de las convulsas jornadas de mayo de 1969. En esos días lanzaron el "Manifiesto de los Camilos", donde convocaban a los cristianos a participar en la lucha revolucionaria contra el régimen militar. "En realidad nos están obligando a los cristianos revolucionarios a formular una estrategia de trabajo, de organización y de lucha. Desde 1966, en que comenzamos a desarrollar nuestra prédica, hemos intentado y logrado formar una conciencia de compromiso y de militancia; ahora debemos concretar una tendencia de los militantes y grupos del Cristianismo Revolucionario."[40]

Hasta su muerte, en un accidente presumiblemente intencional, en 1970, Juan García Elorrio sería el representante más extremo del catolicismo radicalizado en la Argentina y antecedentes clave para entender el surgimiento del MSPTM.

Dictadura y radicalización católica: la otra versión

Si bien las posturas radicalizadas de muchos jóvenes católicos se acentuaron en el enfrentamiento con el régimen de Onganía, la opción por la violencia no era la única alternativa para el cristiano comprometido.

Así lo creía el sacerdote Carlos Mugica, de considerable importancia para el futuro "Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo". Mugica llegó a comprometerse políticamente como resultado del conflicto entre la Iglesia y el peronismo en 1955. De regreso de sus posiciones antiperonistas, el joven Mugica pasó a identificarse con las masas desamparadas que se autodefinían como "peronistas",

comprendiendo el rol pro–oligárquico jugado por la Iglesia en el golpe del '55. El sentimiento de culpa que condujo a los integrantes del MSPTM al peronismo podría compararse con el de los jóvenes católicos radicalizados que se "pasaron" al peronismo durante los 60.[41]

Mientras que otras corrientes del catolicismo posconciliar habían aceptado la tesis de la lucha armada como expresión del compromiso con los pobres (tal el caso de García Elorrio y el grupo "Cristianismo y Revolución"), el padre Mugica proponía una salida distinta al dilema de los católicos: "Estoy dispuesto a que me maten, pero no a matar". Apoyaba la denuncia de las injusticias del sistema, pero repudiaba el enrolamiento en las organizaciones armadas ya en embrión. Años después resumiría esa postura ante la violencia de la siguiente manera: "La Iglesia siempre justificó la violencia justa y condenó la injusta. Es decir que ser no violento no significa ser pasivo sino significa denunciar la violencia del sistema aceptando que recaiga sobre uno. El cristiano puede o no estar dispuesto a matar —y esto por razones de conciencia, de información o de ideología— o sea a responder o no a la violencia con la violencia que sufre. Pero lo que no puede dejar de ver es que debe estar dispuesto a morir y esto es clarísimo".[42]

Ya en 1964, Mugica había volcado a muchos jóvenes católicos como Firmenich, Abal Medina o Ramus, entre otros, del camino violento de la extrema derecha tacuarista hacia el trabajo misionero en favor de los pobres. Como asesor espiritual de la Juventud Estudiantil Católica (JEC), de la cual Firmenich será presidente desde 1967, lograría atraer a muchos alumnos del tradicional Colegio Nacional de Buenos Aires. La villa miseria "Comunicaciones" del barrio de Retiro, donde ejercía el sacerdocio, los viajes misioneros al atrasado Interior, fueron los escenarios donde los jóvenes católicos hicieron su propia experiencia evangélica y política en el marco de una propuesta no–violenta.

Hacia 1967, Ramus y los demás se distanciaron de Mugica: ésta ya no representaba la figura mentora de los comienzos y estaba contra el uso de la violencia. Por entonces, ellos como muchos otros jóvenes católicos militantes comenzaron a ver las soluciones a los graves problemas sociales y políticos en la boca de los fusiles. El

sacerdote guerrillero Camilo Torres, muerto en la selva colombiana en 1966, sería el nuevo modelo. El testimonio de un periodista colombiano pinta, aunque demasiado tendenciosamente, el impacto de su figura sobre los jóvenes cristianos de América latina:

"El padre Camilo Torres escogió la vía de la lucha armada. Lo enceguecíó la ira santa, tan del Cielo como de la demonología. Y si aceptamos el dicho de los teólogos de que los designios del Señor son inescrutables, habrá de convenirse en que él se convirtió, con su gesto, en símbolo mundial de la juventud católica que lucha contra la tiranía de las estructuras colonialistas, del cuerpo y del espíritu. Los marxistas han venido exhibiendo, con legítima arrogancia, la imagen del comandante Ernesto Guevara de la Serna; los católicos pueden delegar hoy, con orgullo bien fundado, la del padre Camilo Torres Restrepo. El mismo juvenil impulso justiciero hace que los dos retratos sean elevados juntos, por las masas paupérrimas del Tercer Mundo y los estudiantes, en las manifestaciones de protesta contra un orden, social y político, injusto y caduco."[43]

Los futuros "Montoneros" encontrarían en Juan García Elorrio el referente ideológico adecuado para sus propias ideas. Ese mismo año pasaron a integrar el "Comando Camilo Torres", liderado por García Elorrio, y al que nos referimos más arriba.

La relación con éste proporcionaría a los líderes de "Montoneros" y otros grupos armados radicalizados, la ideología del socialismo por la vía armada para la liberación del Tercer Mundo y la "mística guerrera" para enfrentar a la muerte. Sus charlas y editoriales, el espacio que *Cristianismo y Revolución* pronto dedicaría a los guerrilleros caídos, generaron según Richard Gillespie,[44] "una actitud escatológica". Las muertes de los jóvenes combatientes serían presentadas con un necrofílico halo de gloria eterna y purificación celestial, justificando las inmolaciones como tributo necesario para la obtención del "paraíso" terrenal.

II

LA CREACION DEL "MOVIMIENTO DE SACERDOTES PARA EL TERCER MUNDO" (DESDE NOVIEMBRE DE 1967 A MAYO DE 1968)

La actividad de los equipos sacerdotales renovadores, protagonistas de los encuentros de Quilmes (1965) y Chapadmalal (1966), se mantuvo en auge desde comienzos de 1967, con vistas a un gran encuentro nacional a realizarse en San Miguel, Buenos Aires, para mediados del año.

En febrero de 1967, un grupo de sacerdotes de Capital y Gran Buenos Aires rechazó, a través de un comunicado, las acusaciones del gobierno que juzgaba "injustas y subversivas" las movilizaciones obreras. Encabezados por el presbítero Miguel Ramondetti (futuro secretario general del MSPTM), unos veinte sacerdotes argumentaban que "si es 'subversión injusta' al reclamar el derecho a reunirse y asociarse; el derecho a tomar parte activa en la vida pública y política del país; el derecho a darse organismos intermedios aptos para estos fines (gremios, partidos...); el derecho a manifestar su opinión ante los demás por medio de las radios, la televisión y la propaganda escrita; el derecho de huelga cuando han sido agotadas todas las instancias",[45] entonces el Evangelio y el Concilio eran injustos.

En efecto, la posición oficial de la Iglesia rezaba que "es un derecho inherente la la dignidad de la persona el tomar parte activa en la vida pública". Los sacerdotes concluían declarando que "es justo y legítimo reclamar derechos tan fundamentales, y no permitir que sean pisoteados".[46]

Los equipos preparaban, entretanto, el encuentro de San Miguel cuando se produjo un hecho notable que daría el impulso final al movimiento en germen.

En agosto de 1967 se daba a conocer el "Mensaje de los 18 Obispos del Tercer Mundo", encabezados por el obispo de Recife, Helder Cámara. El objetivo era adaptar las líneas de la encíclica "Populorum Progressio" a los países de Asia, Africa y América latina. El "Mensaje" buscaba precisar los deberes de sacerdotes y laicos en esos países

que pugnaban por salir de la pobreza y el subdesarrollo. Los obispos caracterizaban a los pueblos del Tercer Mundo como "el proletariado de la humanidad actual, explotados y amenazados en su existencia misma, por aquellos que se arrogan el derecho exclusivo, porque son los más fuertes, de ser los jueces y los policías de los pueblos materialmente menos ricos".[47] Finalmente, se hacían eco de la crítica al "imperialismo del dinero" y, más aún, señalaban que "la Iglesia, desde hace un siglo, ha tolerado al capitalismo con el préstamo a interés legal y demás costumbres poco conformes con la moral de los profetas y el Evangelio. Pero ella no puede más que regocijarse al ver aparecer en la humanidad otro sistema social menos alejado de esta moral".

Este documento fue incorporado a la agenda del encuentro de San Miguel, causando un impacto decisivo en muchos curas que, o venían participando de los encuentros o recién se integraban a los mismos. En él vieron planteados los mismos problemas que ellos venían enfrentando en las villas–miseria de las grandes ciudades, en los pueblos desamparados del Interior, y comprendieron que la Argentina formaba parte, de hecho, de ese Tercer Mundo atrasado y explotado.

Como resultado de la lectura y discusión del "Mensaje", los sacerdotes redactaron una carta de adhesión que, previa circulación por las diócesis del país, fue enviada al obispo Helder Cámara en enero de 1968. La firmaban 270 sacerdotes.[48]

El éxito obtenido en el apoyo a esta actitud animó a los líderes del grupo a promover directamente la creación de un "movimiento" que aunara los esfuerzos y actividades de los adherentes, hasta entonces dispersos.

Durante enero y febrero de 1968, delegados del núcleo originario recorrieron el país recogiendo adhesiones entre el clero. En marzo se comunicaron 320 miembros adherentes, los cuales fueron informados del sentido del "Movimiento" e invitados a difundir su pensamiento.

La evidencia de este apoyo numerosos y el reclamo por una articulación más firme del "Movimiento" decidieron a los promotores a establecer un Primer Encuentro Nacional, en el cual se tratarían fundamentalmente los aspectos organizativos.

El Primer Encuentro Nacional (Córdoba, 1 y 2 de mayo de 1968)

Con la participación de 21 sacerdotes representantes de 13 diócesis de todo el país, el Encuentro de Córdoba dio por constituido el "Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo", tomando el apelativo que la prensa y el pueblo les había otorgado ("sacerdotes del Tercer Mundo"), pero cambiando el *"del"* por un *"para"*, acentuando así el sentido de compromiso con el pueblo tomado por el MSPTM.

Se confirmó el número de regiones en que se había dividido el territorio nacional (Nordeste, Noroeste, Córdoba, Santa Fe–Entre Ríos, Capital Federal–Gran Buenos Aires y provincia de Buenos Aires–Sur del país); cada una de ellas nombraba un "Coordinador Regional", encargado de mantener en contacto a los "responsables" zonales de cada región. Se designó una junta de tres secretarios nacionales, presidida por un secretario general: el presbítero Miguel Ramondetti fue designado para ese cargo. Se debe aclarar que esta estructura organizativa no tenía, deliberadamente, las características rígidas que podían haberse "importado" de la Iglesia. Simplemente respondía a las necesidades prácticas de coordinar los múltiples grupos que por todo el país comenzaban a adherir al MSPTM. Por otra parte se acordó que la adhesión se manifestaría más por los hechos que por el acatamiento a determinados principios y se mantuvo un régimen de descentralización para la toma de decisiones.

En el Encuentro, el MSPTM resolvió además encomendar al padre Alberto Carbone, con la colaboración del Secretariado, la publicación y distribución de un boletín denominado *Enlace*, destinado en principio a fortalecer el contacto entre los miembros del Movimiento. Su primer número apareció el 15 de septiembre de 1968.

Un hecho significativo se producía al mismo tiempo en Buenos Aires. La CGT, acéfala desde marzo de 1967, debía reorganizarse según la convocatoria al "Congreso Normalizador" de principios de 1968. Después de un comienzo casi entusiasta frente al golpe militar del '66, la dirigencia sindical debió confrontar ante las medidas drásticas del gobierno contra los portuarios, ferroviarios, cañeros tucumanos, etc. Una huelga general de 48 horas lanzada

en marzo de 1967 contra el Plan Vasena fracasa estrepitosamente.[49]

El crecimiento de un sector sindical enfrentado al vandorismo, cristalizaba en ese Congreso de 1968, del cual surgirían dos CGT: la "CGT de los Argentinos", liderada por un obrero gráfico proveniente de la izquierda cristiana, Raimundo Ongaro;[50] y la "CGT de Azopardo", controlada por los vandoristas.

Ongaro convocó a sus filas, en uno de sus primeros discursos,[51] "a los religiosos de todas las creencias... y a los centenares de sacerdotes que han estampado su firma al pie del manifiesto con que los obispos del Tercer Mundo llevan a la práctica las enseñanzas de la Populorum Progressio". Rápidamente, la CGT de los Argentinos y el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo se transformarían en un poderoso polo opositor al régimen de Onganía, atrayendo sobre sí la represión estatal.

El Informe sobre la violencia, enviado a la reunión de Medellín

El Primer Encuentro Nacional del MSPTM produjo, finalmente, un documento sobre el tema de la violencia, destinado a los obispos latinoamericanos que se reunirían en agosto de ese año en Medellín.

El informe intentaba precisar los verdaderos alcances de la violencia en América latina. En su primer texto teórico de importancia, los sacerdotes para el Tercer Mundo sentaban su posición: "América latina, desde hace varios siglos, es un continente de violencia. Se trata de la violencia que una minoría de privilegiados, desde la época de la Colonia, practica contra la mayoría inmensa de un pueblo explotado. Es la violencia del hambre, del desamparo y del subdesarrollo. La violencia de la persecución, de la opresión y de la ignorancia. La violencia de la prostitución organizada, de la esclavitud legal pero efectiva, de la discriminación social, intelectual o económica".[52] En dicho contexto, la actuación de la Iglesia se visualiza en forma crítica: "La Iglesia ha sido afectada por esta hipertrofia de lo político. Allí donde ella es la religión oficial, sus jefes religiosos son identificados con el poder político. En otras

partes se los ve ligados a las clases dominantes y a los poderosos. La Iglesia constituye también un cierto grupo de poder. Ella, por desgracia, ha permanecido a veces callada frente a los abusos del poder civil y militar".[53]

Los tercermundistas volcaron en el trabajo algunos conceptos básicos que nutrían su ideología. La "violencia estructural", por ejemplo, se transformó en un concepto legitimador de sus posturas comprometidas con lo terreno y lo temporal. Para esa época, Conrado Eggers Lan había desarrollado el concepto en varios trabajos de gran influencia entre los grupos católicos de izquierda. Recordemos que el interés por este tema se había renovado a partir de la promulgación de la "Populorum Progressio". "Somos cada día más conscientes de que la causa de los grandes problemas humanos que padece el continente latinoamericano radica fundamentalmente en el sistema político, económico y social imperante en la casi totalidad de nuestros países."[54]

La cuestión de la "dependencia" no podía ser ignorada en plena ebullición de los sesenta. Una pléyade de sociólogos, economistas, politólogos y científicos sociales en general desarrolló durante esa década lo que dio en llamarse "teoría de la dependenc[illegible] La repercusión de estos trabajos que, aún en su diversidad y heterodoxia, utilizaban el instrumental analítico del marxismo, podía advertirse en las categorías y la interpretación del proceso histórico latinoamericano que adoptaron los sacerdotes tercermundistas.

"El el sistema que desangra cada año el presupuesto nacional de nuestros países al destinar sumas enormes a gastos militares inútiles, para la defensa de los intereses de minorías privilegiadas, mientras nuestros pueblos siguen sumidos en el hambre, en la ignorancia y el aislamiento porque 'no se cuenta con medios' para montar industrias, edificar escuelas y construir caminos."[56] Así caracterizaba el sistema económico imperante en América latina, señalando la alianza entre oligarquías nativas y el poder extranjero.

"Es el sistema que permite el avance arrollador del 'imperialismo internacional del dinero' (Populorum Progressio) que, encubierta o descaradamente, se introduce en nuestros países impidiendo un auténtico desarrollo

continental. Imperialismo que se hace cada día más poderoso al utilizar nuestra mano de obra barata cuando implanta en nuestros países sus industrias manufactureras o al succionar nuestras riquezas naturales cuando 'compra materia prima a América latina a bajo precio y le vende productos manufacturados necesarios para el desarrollo cada vez a precios más elevados' (Documento básico preliminar para la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, pág. 5). Es el mismo imperialismo que luego pretende engañar a nuestros pueblos, haciendo aparecer como 'préstamo' benévolo lo que, en realidad, sólo es una manera diferente de 'negociar' en el plano internacional."[57]

Este "estado de violencia causado por las estructuras de poder —económico, político, social y cultural"— no podía perdurar. Los tercermundistas constataban que durante la década del sesenta habíase engendrado paulatinamente "un nuevo elemento en este panorama de miseria y de injusticia. Es el hecho de una rápida toma de conciencia de un pueblo explotado que intuye y constata las posibilidades reales de su liberación".

Y un dato novedoso en dicho proceso era reconocido unánimemente por todos los miembros del MSPTM: "Para muchos esta liberación es imposible sin un cambio fundamental en las estructuras socio-económicas de nuestro continente. No pocos consideran ya agotadas todas las posibilidades de lograrlo por medios puramente pacíficos".

La "violencia estructural", que conformaba para toda la sociedad un verdadero "estado de pecado" según la visión tercermundista, llevaba casi inexorablemente aun sólo camino: el empleo de la violencia por parte del pueblo oprimido para obtener su liberación. "A esta conclusión están llegando también muchos militantes cristianos que reflexionan con sinceridad su vida a la luz del Evangelio", advertía el MSPTM.

"¿Cuál debía ser la posición del sacerdote ante este panorama? Inspirados en la "revelación cristiana" y situados en medio el pueblo, los tercermundistas afirmaban: "...no se pude condenar a un pueblo oprimido cuando éste se ve obligado a utilizar la fuerza para liberarse sin cometer con él una nueva injusticia. Si esa condenación viniese de la Iglesia Latinoamericana, ésta aparecería una vez más

como el 'opio de los pueblos' al servicio de aquellos que durante siglos han practicado la violencia de la explotación y la opresión produciendo el hombre, la ignorancia y la miseria".

Después de analizar estos dos tipos de violencia (la estructural, originada en el sistema, ilegítima; y la del pueblo oprimido, obligada, legítima), el documento concluía con una solicitud a los Obispos reunidos en Medellín:

> "1. Que en la consideración del problema de la violencia en América latina *se evite por todos los medios equiparar o confundir la violencia injusta* de los opresores que sostienen este 'nefasto sistema' con la *justa violencia* de los oprimidos, que se ven obligados a recurrir a ella para lograr su liberación.
> 2. Que se denuncie con toda claridad y sin ambigüedades el estado de violencia en que los poderosos —sean éstos personas, grupos o naciones— han sumido durante siglos a los pueblos de nuestro continente. Que se proclame el derecho de esos pueblos a la legítima defensa."[58]

El documento fue firmado por 400 sacerdotes argentinos, recogiendo otras 500 adhesiones entre religiosos del resto de América latina.

III

CRECIMIENTO Y APOGEO DEL MSPTM (1968-1972)

El impacto de Medellín

Entre el 26 de agosto y el 7 de septiembre de 1968 tuvo lugar en Medellín, Colombia, la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. [59] Al hacer el Papa Pablo VI la convocatoria, fijó el tema de la Conferencia: "La Iglesia en la transformación de América latina a la luz del Concilio". Preocupados por un continente donde se concentraban millones de católicos, a merced de las distintas versiones marxistas de la guerrilla, el Papa y los obispos latinoamericanos pretendían marcar nuevas líneas pastorales que respondiesen a las necesidades y expectativas de los pueblos sufrientes de la región.

Las conclusiones de Medellín tienen importancia para este estudio en tanto que los Sacerdotes para el Tercer Mundo abrevarían en ellas constantemente, en busca de inspiración y legitimación para su accionar.

En Medellín, los obispos afirmaron que "la carencia de una conciencia política en nuestros países hace imprescindible la acción educadora de la Iglesia, con objeto de que los cristianos consideren su participación en la vida política de la Nación como un deber de conciencia...". [60] Si alguna duda podían tener los tercermundistas sobre la orientación de los obispos al respecto, se aclaraba: "...es indispensable la formación de la conciencia social y la percepción realista de los problemas de la comunidad y de las estructuras sociales. Debemos despertar la conciencia social y hábitos comunitarios en todos los medios y grupos profesionales, ya sea en lo que respecta al diálogo y vivencia comunitaria dentro del mismo grupo, ya sea en sus relaciones con grupos sociales más amplios (obreros, campesinos, profesionales liberales, clero, religiosos, funcionarios, etc.). Esta tarea de concientización y de educación social deberá integrarse en los planes de Pastoral de Conjunto en sus diversos niveles".[61]

Para ello, "la Iglesia —Pueblo de Dios— prestará su ayuda a los desvalidos de cualquier tipo y medio social, para que conozcan sus propios derechos y sepan hacer uso de ellos. Para lo cual la Iglesia utilizará su fuerza moral y buscará la colaboración de profesionales e instituciones competentes".[62]

Sobre el tema de la violencia, el documento "Paz" advertía la existencia de una situación de injusticia "que pude llamarse de violencia institucionalizada, porque las estructuras actuales violan derechos fundamentales. (...) No debe, pues, extrañarnos que nazca en América latina 'la tentación de la violencia'. No hay que abusar de la paciencia de un pueblo que soporta durante años una condición que difícilmente aceptarían quienes tienen una mayor conciencia de los derechos humanos".[63]

Los tercermundistas no pudieron menos que acoger con beneplácito la definición episcopal de que "son también responsables de la injusticia todos los que no actúan en favor de la justicia en la medida de los medios de que disponen, y permanecen pasivos por temor a los sacrificios y a los riesgos personales que implica toda acción audaz y verdaderamente eficaz".[64]

Finalmente, los obispos latinoamericanos fijaban las siguientes líneas pastorales:

"Despertar en los hombres y en los pueblos principalmente con los medios de comunicación, una viva conciencia de justicia, infundiéndoles un sentido dinámico de responsabilidad y solidaridad".

"Defender según el mandato evangélico los derechos de los pobres y oprimidos, urgiendo a nuestros gobiernos y clases dirigentes para que eliminen todo cuanto destruya la paz social: injusticia, inercia, venalidad, insensibilidad."

"Denunciar enérgicamente los abusos y las injustas consecuencias de las desigualdades excesivas entre ricos y pobres, entre poderosos y débiles, favoreciendo la integración."

"Hacer que nuestra predicación, catequesis y liturgia tengan en cuenta la dimensión social y comunitaria del cristianismo, formando hombres comprometidos en la construcción de un mundo de paz".[65]

La Argentina había visto morir, entretando, a John William Cooke, el mismo día en que el "Destacamento 17 de Octubre" de las Fuerzas Armadas peronistas (FAP) era sorprendido y desarticulado en Taco Ralo. Por otra parte, el IV Congreso el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) culminaba con la ruptura entre la línea Santucho ("El Combatiente") y la de Nahuel Moreno ("La Verdad"). También se conformaban las FAL (Fuerzas Argentinas de Liberación) a partir de sectores escindidos del PC y del PCR. Se iba configurando ya el escenario de la lucha armada en la Argentina.

Las conclusiones de Medellín fueron motivo para que el Secretario General del MSPTM, los miembros del Secretariado y los Coordinadores se reunieran en noviembre de 1968. Como resultado del análisis de estos documentos, el Movimiento resolvió seguir sus directivas en esta forma:

"—concientizar y capacitar (Medellín. Educ. 1.2) en todos los niveles sobre la situación de explotación en que vive la mayoría del pueblo;
—denunciar los abusos de injusticias de una sociedad sujeta al capitalismo, al imperialismo internacional del dinero y al neocolonialismo (Medellín, Paz 3.2.2; 1.3);
—añadir a la urgencia de las denuncias y declaraciones, la fuerza de los 'hechos' que muevan a las definiciones y aceleren los cambios (Medellín, Introd. 3)."[66]

El enfrentamiento con la dictadura del general Onganía

Hacia mediados de diciembre, el gobierno anunció la decisión de erradicar las Villas de Emergencia que pululaban en la Capital Federal. Los ideólogos de la "seguridad nacional" consideraban dichos asentamientos como focos peligrosos de subversión, delincuencia y desorden. Muchos sacerdotes, miembros del MSPTM, venían trabajando junto a los "villeros", asistiéndoles espiritualmente pero también colaborando en su organización, en la construcción de viviendas más dignas, centros de salud, provisión de servicios sanitarios, etc. Entre ellos se destacaban los sacerdotes Carlos Mugica, Jorge Vernazza, Rodolfo Ricciardelli, José Meiseggeier, entre muchos más. En cumplimiento de las líneas de acción transcriptas más arriba, el 20 de diciembre 21 sacerdotes de Capital y Gran Buenos Aires realizaron una manifestación silenciosa de protesta, alineándose frente a la Casa Rosa al tiempo que entregaban una carta dirigida al general Onganía, firmada por 68 sacerdotes. Simultáneamente, se propagandizaba el hecho en otros puntos importantes de la ciudad, mediante la distribución de volantes. Asimismo, se repartía en templos y villas, mientras en las misas se hacía referencia al problema.

El texto de la carta presentaba casos testigos de lo que era la vida de casi 800.000 villeros de la Capital. Y luego denunciaban: "Ante esta dramática situación, su Gobierno no encuentra otra solución que la tan publicitada 'Ley de erradicación de Villas de Emergencia' que, lejos de aportar beneficios reales, sólo logra agudizar el problema. Esta ley no puede constituir solución alguna porque pretende combatir ciertos efectos, sin atacar las causas. Ya hubo quienes, no hace mucho, pretendieron esconder las villas detrás de grandes muros. Ahora se va más lejos: se los erradica."[67]

Los constantes "operativos" de la Policía, la acción disolvente de los agentes municipales que intentaban quebrar la solidaridad entre los villeros, la sucesión de derrumbes, incendios y expulsiones contra los nuevos asentamientos configuraban un clima de temor y desamparo que los tercermundistas decidieron enfrentar.

"...en la Capital Federal, dentro del proyecto del parque Almirante Brown, desalojan en Villa Lugano pequeños propietarios pagando indemnizaciones vergonzosas para hacer, de zonas obreras, barrios residenciales. (...) No aceptamos a su vez una solución en la que, los que habitualmente se sientan a la mesa del poder, tendrán más bienes y sólo al pueblo caerán migajas. Nuestros Obispos, en Medellín nos exigen estar al lado del que sufre la injusticia, aún a precio del sacrificio. La paciencia del pueblo tiene un límite y nos admiramos de la que hasta ahora han demostrado. No permita que se atropellen sus derechos más sagrados. No sea que hartos de sufrir apelen a medios extremos. Si ese momento llega, aún así estaremos junto a ellos. No minimice o distorsione nuestra

posición. Quizá, como lo preveían ya nuestros Obispos en Medellín, le sea "muy fácil encontrar aparentes justificaciones ideológicas (v.g. anticomunismo) o prácticas (conservación el orden) para cohonestar su proceder'. Sepa que sólo nos mueve una irrenunciable fidelidad a Jesucristo, a la Iglesia y a nuestro pueblo, pues como dijo un ilustre Arzobispo de Buenos Aires" 'los pastores que callan sólo son dignos de pueblos esclavos'."[68]

La "Navidad Rebelde" de 1968

No se habían acallado aún los ecos de esta demostración, cuando el MSPTM anunció la realización de un "hecho profético" para la Navidad. Las características de la protesta tendrían fuerte repercusión tanto en el plano nacional como en el internacional.[69]

Entre el 22 y el 24 de diciembre, en 18 ciudades de la Argentina, sacerdotes tercermundistas y laicos ayunaron como penitencia y protesta por las injusticias. Estas jornadas fueron completadas con reflexiones y oraciones en común en algunos sitios, mientras que en otros, tras una explicación a la comunidad, se suprimieron las Misas de Nochebuena. Los Sacerdotes para el Tercer Mundo refirieron estos actos a Medellín, aclarando que "hemos resuelto no dejar pasar esta nueva Navidad sin comenzar a dar una respuesta 'activa' al llamado de nuestros Obispos".[70]

Decididos a sacudir las conciencias de sus fieles y de la sociedad en general, constataban que "en el mundo, en nuestro continente y en nuestra propia patria, estos abusos han llegado al colmo y una consecuencia se han convertido en tragedia colectiva. Frente a esta tragedia, seguirá siendo Navidad sólo una fiesta folklórica, un derroche de lujo, una participación superficial y fácil de la Eucaristía de Medianoche".[71]

En un extenso documento, el MSPTM denunciaba el hambre ("efecto del egoísmo de una minoría que se empeña en justificar, sostener y defender la estructura social capitalista basada en el lucro, la competencia y la propiedad privada de los medios de producción"), el analfabetismo ("un instrumento utilizado por una minoría de poderosos para impedir que una multitud de explotados tome

conciencia de sus posibilidades de acción y de su fuerza combativa"), las enfermedades, la carencia de viviendas, el armamentismo, la discriminación, el imperialismo internacional del dinero, el capitalismo nacional, la injusta distribución de tierras, la desocupación y las políticas sociales ampliadas para esa época en la Argentina.[72]

"Todos estos males que denunciamos son la consecuencia lógica de una sociedad estructurada sobre bases falsas. Ellos constituyen un impedimento para que surja el 'hombre nuevo' al que los cristianos debemos aspirar. Creemos ingenuo pensar que ese 'hombre nuevo' surgirá por el hecho de un cambio de las estructuras sociales, políticas y económicas. Sostenemos, sin embargo, que un cambio radical en esas estructuras es una condición previa fundamental para que todos los hombres puedan aspirar a la plenitud en Cristo, querida por el Creador".[73]

El desarrollo creciente de las actividades del MSPTM causó conmoción en la sociedad argentina y sobre todo, obviamente, en la jerarquía eclesiástica y en el Gobierno. En este sentido, a principios de 1969, el arzobispo coadjutor de Buenos Aires, Juan Carlos Aramburu, comunicó a los sacerdotes de su arquidiócesis que deberían abstenerse de realizar o participar de actos públicos con contenido político, económico o social, sin su previa autorización. Aunque no se hacía una referencia específica hacia los tercermundistas, era evidente que ellos eran los reales destinatarios del mensaje.

Antes que los sacerdotes de Capital reaccionaran, la solidaridad de sus colegas tucumanos se hacía pública a través de una carta bastante dura, dirigida al arzobispo Aramburu.[74]

En ella, declaraban su asombro y preocupación por la disposición, al tiempo que transmitían "las críticas que nos llegan continuamente desde tantos ángulos, y que juzgan la actitud de nuestro episcopado, lo que podría compendiarse en una sola idea: la Iglesia argentina parece la Iglesia del Silencio".

Reivindicaban los sacerdotes tucumanos las acciones de sus colegas de Capital, y las confrontaban con la actitud de los obispos: "¿Qué decir de la actividad del episcopado frente a las injusticias institucionalizadas de nuestra sociedad, donde se lesiona la libertad, la dignidad, el derecho de

todo el pueblo? ¿Es que no corresponde denunciar los atropellos cometidos, a los que se consiente con el silencio o la pasividad?"

Y refiriéndose específicamente a la actitud de Aramburu, le reclamaban: "Acaso no fue firmante de un documento, en el cual se comprometía a tomar decisiones y a establecer proyectos solamente si estábamos dispuestos a ejecutarlos, como compromiso personal nuestro, aún a consta de sacrificio? Ante esta situación, ¿cómo quiere usted. padre, que los sacerdotes, en contacto con la realidad vital que padece nuestro pueblo, queden callados, esperando instrucciones que nunca llegan, si es vox populi que nuestros obispos, salvo honrosas excepciones, parecen estar en connivencia con las actuales autoridades de instituciones causantes de los males que es preciso denunciar?"

La repercusión del entredicho motivó incluso un pronunciamiento de la CGT de los Argentinos (Regional Tucumán): "Causa profunda preocupación... que la Jerarquía trate de limitar aquella parte del clero que se ha sumado a las acciones de denuncia y protesta llevadas a cabo por el pueblo... La CGT no pretende tomar partido en las cuestiones internas de la Iglesia, pero considera un deber elemental hacerse solidaria con aquellos sacerdotes que, cumpliendo con su conciencia cristiana, han elegido el duro camino de la lucha contra la injusticia."[75]

Por su parte, recién en el mes de marzo, los sacerdotes de la Capital que se consideraron afectados por la disposición, emitieron un comunicado. Con mayor cautela y un discurso menos explosivos, se dirigieron al Arzobispo en busca de un acercamiento.

Apoyándose en el Vaticano II y en las resoluciones de Medellín, afirmaron: "no podemos ocultar nuestra decepción ante su disposición acerca de nuestra intervención en asuntos vitales para nuestro pueblo, cuando en cambio Ud. nada nos dice, no nos da su orientación, ni propone iniciativas acerca de esos mismos hechos."

Resueltos a persistir en sus convicciones, reflexionaban con dolor y alarma sobre "la lentitud, pasividad, falta de orientación e iniciativa de la Iglesia Argentina en el compromiso por la liberación de los oprimidos, reafirmado en Medellín".[76]

Ciertamente que estos párrafos eran duros, pero los sacerdotes firmante concluían invitando al Arzobispo a participar de una de sus reuniones en la Iglesia de la Santa Cruz. Entre los que firmaban la respuesta a Aramburu se contaban Jorge Vernazza, Alberto Carbone, Rodolfo Ricciardelli, Alfredo Beranger, Carlos Mugica, Domingo Bresci, Héctor Botán, Juan J. Rossi, Francisco Mascialino y Hugo Venezziale. A la reunión realizada el 10 de abril, con la presencia del Arzobispo Aramburu y su vicario general, Nolasco, se sumaron otros importantes miembros del Movimiento: Lucio Gera, Jorge Goñi, Osvaldo Musto, Rodolfo Ferrari y Telmo de Läurenti.

El comunicado que emitió la Curia a posteriori era una evidencia del real poder que ya se le reconocía al MSPTM, ya que entre otras reflexiones afirmaba: "Se constató una diversidad de imágenes que los cristianos dan de la Iglesia; pero se entendió que esa diversidad es admisible en lo que no afecta a lo sustancial de la misión de la Iglesia, aún sin pretender la uniformidad absoluta. Sin embargo, se afirmó la unidad en la Iglesia, que hoy se expresa de una manera especial en la común preocupación por lo social, tal como lo manifiestan los documentos conciliares, las encíclicas, y las conclusiones de Medellín. *Siendo difícil una coincidencia general, una búsqueda sincera y leal del fin de la Iglesia admite diversidad de expresiones concretas*".[77]

Por otra parte, este comunicado le acarrearía graves inconvenientes al Arzobispo al estallar el "caso Carbone", en julio del 70.

El conflicto de Rosario

Al mismo tiempo que el conflicto con el Arzobispo Aramburu alcanzaba su pico máximo, en Santa Fe estallaba un violento enfrentamiento entre numerosos sacerdotes (algunos de ellos pertenecientes al MSPTM) y el obispo de Rosario, monseñor Bolatti. originado como consecuencia de las exigencias del clero a Bolatti para que pusiera a la Iglesia en estado de concilio, el conflicto se mantuvo latente hasta fines de 1968.

En noviembre de ese año, como resultado de la expulsión de varios sacerdotes españoles, entre ellos Néstor

García, se agrava la crisis. Los sacerdotes para el Tercer Mundo se opusieron, con el apoyo de la comunidad, a ello. Cuando el sacerdote Novello intentó hacerse cargo de la capilla, con custodia policial, varios sacerdotes, entre los que se contaban Francisco Parenti y José María Ferrari, forcejearon con la policía para impedir el acto. Ambos sacerdotes fueron detenidos y encarcelados; al día siguiente, 25 de febrero de 1969, el obispo Bolatti decretó su suspensión.

El diálogo estaba cortado; el 15 de marzo, treinta sacerdotes rosarinos renunciaron colectivamente en solidaridad con los sancionados. Bolatti fue convocado a Roma y en su ausencia el movimiento opositor creció en número: otros 53 sacerdotes de la Diócesis se unieron a los "rebeldes".

Los "treinta" renunciantes del 15 de marzo, publicaron el 20 de ese mes una carta pública dirigida al obispo Bolatti.

En ella manifestaron su convicción de que el conflicto no era un mero problema clerical, una cuestión personal entre sacerdotes y obispo. "La renuncia no tiene por finalidad mejorar nuestra posición económica ni pretender cargos más importantes"; el objetivo de su reclamo era alcanzar un derecho que el Concilio estipulaba claramente: participar con sus opiniones en la resolución de las cuestiones referentes a las comunidades cristianas, aceptando la jurisdicción del Obispo para resolver en última instancia.

"Queremos que el obispo no resuelva solo los problemas de la diócesis". (...) El señor obispo no valora la opinión de sus sacerdotes sino solamente la de alguno de ellos"; "Los sacerdotes no somos ni empleados ni servidores del obispo, sino sus íntimos colaboradores con el fin de ponernos todos al servicio de Cristo y del pueblo de Dios".[78]

Grupos que simpatizaban con los "rebeldes" (como Emaús, el Movimiento Pastoral de Rosario, el mismo MSPTM, el Consejo Arquidiocesano de los Jóvenes de Acción Católica, las comunidades de las parroquias disidentes, etc.) y otros enfrentados a ellos (funcionarios de la Curia, el Intendente de la ciudad, los cursillistas, el Comando de Juventudes Anticomunistas de Rosario, los directivos del Canal 3 de televisión, la Policía provincial, sacerdotes pertenecientes a diversas órdenes; el Secretario General de la UOCRA, Rogelio Coria, representante de la línea sindical "participacionista" llegó incluso a respaldar públicamente a Bolatti) intercambiaban constante acusaciones, tornando imposible una solución dialogada.

En abril, 355 sacerdotes de todo el país (en su mayoría miembros del MSPTM) emitían un comunicado. Advertían en él: "a) Lo que sucede en Rosario es la repetición de situaciones ya dadas de alguna manera, en varias diócesis de nuestra patria, y el anuncio de lo que muy posiblemente sucederá en otras; b) Hechos como el de Rosario configuran una imagen de la Iglesia que obstaculiza gravemente nuestra actividad pastoral, ya que presenta a la misma Iglesia como una institución donde el diálogo parece imposible; c) Acontecimientos de esta índole crean un conflicto cada vez mayor en nuestra conciencia sacerdotal, ya que percibimos una evidente contradicción entre el espíritu y las directivas del Concilio, y su aplicación concreta por parte de nuestro Episcopado".[79]

Mientras sentaban su posición solidaria con los sacerdotes rosarinos, se comprometían a mantenerse firmes frente a una posible repetición del conflicto en otras diócesis.

Finalmente, enumeraban lo que consideraban las causas de la crisis que afectaba el principio de autoridad en la Iglesia:

"a) El mantenimiento de la práctica vigente de la designación de los obispos, sin participación representativa de las comunidades eclesiales.

"b) La inoperancia de la Conferencia Episcopal Argentina en casi todos los ámbitos de la actividad pastoral.

"c) La falta de una verdadera conducción por parte de nuestro Episcopado, debido a la ausencia de diálogo y conexión con las bases.

"d) La marginación casi sistemática de los sacerdotes que se abren a nuevas iniciativas y experiencias pastorales, fundadas en el espíritu del Concilio.

"e) La insensibilidad del Episcopado, y su falta de compromiso concreto en la búsqueda de una auténtica justicia social."[80]

La situación se mantuvo, atravesando la reunión de la CEA en San Miguel (21 al 26 de abril), el II Encuentro Nacional del MSPTM (1 y 2 de mayo) y las movilizaciones de protesta de fines de mayo en Rosario, Santa Fe, Córdoba, Corrientes, etcétera.

Los "rebeldes" participaron activamente en ellas y ofi-ciaron misa en los funerales de estudiantes baleados.

Bolatti regresó en junio, con la consigna papal de renovar el diálogo. Levantó la suspensión de Ferrari y Parenti, y convocó a los "rebeldes" a una reunión en la Curia de Rosario. Al no llegarse a un acuerdo, los renunciantes mantuvieron su decisión. El 29 de junio, debieron ser definitivamente aceptadas. La movilización de las comunidades de laicos, que habían acompañado a sus pastores constantemente, desembocó en la ocupación de parroquias.

Entretando, el cardenal Caggiano recibía al sacerdote Armando Amiratti, uno de los renunciantes, en Buenos Aires. El motivo: los sacerdotes rebeldes permanecían aún junto a sus fieles, complicando el proceso de reemplazo.

Efectivamente, estando Amiratti en la Capital, se organizó la puesta en funciones de su sucesor, fray Román de Montevideo, en la iglesia de Cañada de Gómez. Protegidos por un centenar de policías, uniformados y de civil, y apoyado en grupos católicos de derecha (como las "Juventudes Anticomunistas de Rosario" o "Macabeos del siglo XX") forzaron la entrada a la iglesia. En ella, encerrados, manifestaban su repudio los habitantes. Las campanas repicaban convocando a todo el pueblo para impedir la toma de posesión. La policía dispersó a la multitud con gases lacrimógenos y en el operativo hirió a cinco personas, deteniendo a veinte.

La reunión de la Conferencia Episcopal Argentina (San Miguel, abril '69)

Cabalgando sobre estos acontecimientos, la Asamblea del Episcopado debió reunirse para tratar la aplicación de los documentos de Medellín en la Argentina. Cincuenta y cinco obispos deliberaron entre el 21 y el 26 de abril de 1969, en San Miguel (provincia de Buenos Aires), mientras las protestas populares y la represión entraban en una espiral de violencia.

Sacudidos por la ola de conflictos entre obispos y sacerdotes, que obviamente repercutía entre los fieles (Mendoza, San Isidro, Buenos Aires, Córdoba, Rosario,

Avellaneda), los obispos tuvieron que utilizar un lenguaje más concreto al referirse a la situación.

Reflexionando sobre la "violencia estructural", los obispos concluyeron: "El pecado se da siempre en el interior del hombre, que por su libertad es capaz de rechazar el amor y de instalar la injusticia. Pero del corazón del hombre pasa a sus actividades, a sus instituciones, a las estructuras creadas por él.[81] (...) el Pueblo todo es el que está en situación de pecado cuando se cometen injusticias, se las consiente o no se las repara. (...) Es, pues, nuestro deber trabajar por la liberación total del hombre e iluminar el proceso de cambio de las estructuras injustas y opresoras generadas por el pecado".[82]

Y en una frase que sería ampliamente utilizada como legitimación por el MSPTM, afirmaban: "Comprobamos que, a través de un largo proceso histórico que aún tiene vigencia, se ha llegado en nuestro país a una estructuración injusta. La liberación deberá realizarse, pues, en todos los sectores en que hay opresión: el jurídico, el político, el cultural, el económico y el social".[83]

Además, señalaban condicionamientos que agudizaban la injusticia, como "la concepción moralmente errónea de la economía global y de la empresa que hace del lucro su única o preponderante razón de ser".[84]

Casi repitiendo las consignas de acción del MSPTM, se referían al rol fundamental que debía jugar la Iglesia trabajando "por la superación de las resistencias al cambio motivadas por ignorancia, indiferencia o intereses egoístas". Dicho rol debía expresarse:

"a) con nuestra enseñanza reelaborada permanentemente para iluminar los acontecimientos, los hechos y las actividades que gravitan en el campo social;

"b) dando testimonios auténticos a través de 'gestos que configuran signos verídicos y una imagen real de una Iglesia que se renueva para servicio del mundo' (Plan Nacional de Pastoral, Nº 8);

"c) con el ejercicio activo de la solidaridad empeñado en la promoción integral del hombre;

"d) con el aporte de un esclarecimiento sereno y de una denuncia firme de las situaciones de injusticia."[85]

El documento "Paz" fue recibido con similar satisfacción por los tercermundistas; parecía bendecir sus posiciones

cuando decía: "Inspirados en el Evangelio defenderemos los derechos de los pobres y marginados, a la vez que urgimos a los cristianos y a todos los hombres de buena voluntad a cooperar con su opinión y su acción de eliminar todo cuanto amenaza la paz social: injusticias, marginaciones, opresiones de grupos o de sectores dominantes, insensibilidad al cambio social, abuso de cualquier poder y de la fuerza, desigualdades excesivas en la distribución de los bienes y toda otra forma de opresión".[86]

Más aún, los obispos prometían mejorar su disposición al diálogo con sacerdotes y laicos, saliendo al cruce del clima enrarecido provocado por múltiples conflictos ya citados.

"Nos proponemos dialogar frecuentemente con los sacerdotes, religiosos y laicos que están realizando un apostolado social comprometido en ambientes obreros, estudiantiles, tanto en zonas urbanas como rurales, para comprender mejor sus inquietudes, ponderar sus planes, orientar su acción y apoyarlos, llegado el caso."[87]

El Segundo Encuentro Nacional (Colonia Caroya, 1 al 3 de mayo, 1969)

Mientras aún no se conocían las conclusiones de San Miguel, salvo algunos trascendidos extraoficiales, el Movimiento llevó a cabo su Segundo Encuentro Nacional.

El 1, 2 y 3 de mayo, sólo semanas antes del "Cordobazo", se reunieron en Colonia Caroya unos 80 sacerdotes de 27 diócesis que trataron nuevos aspectos organizativos y, fundamentalmente, la relación entre el MSPTM y la política.

Plagado de diferentes enfoques sobre este tema, el Movimiento trataría de conciliar posiciones de la forma más amplia posible. Sobre todo, se pensaba ya en la "interna" de la Iglesia, donde la animadversión hacia el tercermundismo tenía numerosos adalides. Frente a esta situación, se tornaba indispensable cohesionar al heterogéneo grupo de sacerdotes adheridos al MSPTM.

En la primera jornada del Encuentro, los equipos trabajaron sobre un esquema referido a cuestiones tales como: "¿La obligación de comprometerse en la promoción y

liberación del hombre no implica necesariamente hacer política?; ¿qué es política en tal sentido?; ¿qué intervención se asigna a la Iglesia en el proceso político: interpretativa, organizativa?; ¿qué corresponde a la Jerarquía, qué a los laicos, qué a los sacerdotes?"[88]

Las observaciones preliminares confirmaron que "hacer política" era absolutamente inherente al accionar del MSPTM, lo cual llevaba a "optar y luchar por un sistema que realmente haga surgir un 'hombre nuevo' y una 'sociedad nueva' ".[89]

La segunda jornada fue dedicada a la exposición de los informes de los Coordinadores Regionales sobre la situación socioeconómica de sus jurisdicciones. Se presentaron, a tal fin, diagnósticos de Formosa, Curuzú Cuatiá, Paraná, Reconquista, Rafaela, San Nicolás, Capital Federal, San Juan, Córdoba, Tucumán, Villa María, Morón, Lomas de Zamora, Avellaneda, Neuquén y Nueve de Julio. En todos ellos se constató la presencia de gravísimas condiciones de miseria, desamparo y dominación. La participación como miembros activos de representantes de Neuquén, Mendoza y Río Negro motivó la reformulación organizativa de las regiones donde actuaba el Movimiento. De las anteriores seis divisiones se pasó a ocho: Nordeste, Noroeste, Centro, Cuyo, Litoral, Capital Federal, provincia de Buenos Aires y Sur del país.

El ingreso de Cuyo y el Sur reconocía además el peso intelectual y militante de religiosos como Rolando Concatti, el obispo Jaime de Nevares y otros.

En la última jornada, se discutieron en conjunto las ponencias de cada equipo hasta llegar a la redacción de un nuevo documento conjunto denominado "Nuestras Coincidencias Básicas".

A partir de lo que consideraban la constatación de un proceso revolucionario en marcha en el país, de la evidencia de que muchos argentinos estaban optando por una salida violenta, y del compromiso de los sacerdotes "en cumplimiento de la misión que se nos ha dado",[90], el MSPTM declaraba su "firme adhesión al proceso revolucionario, de *cambio radical y urgente de sus estructuras* y nuestro formal rechazo del sistema capitalista vigente y todo tipo de imperialismo económico, político y cultural; para marchar en búsqueda de un socialismo latinoamerica-

no que promueva el advenimiento del Hombre Huevo; socialismo que no implica forzosamente programas de realización impuestos por partidos socialistas de aquí u otras partes del mundo pero que sí incluye necesariamente la socialización de los medios de producción, del poder económico y político y de la cultura".[91]

El Cordobazo

En mayo de 1969, se iba a acentuar la ola de protesta en todo el país. Estudiantes, obreros, campesinos y sacerdotes, mujeres y niños, salieron a enfrentar al hambre y la opresión.

La chispa de la rebelión fue la privatización de los comedores universitarios de la Universidad Nacional del Nordeste, en Resistencia y Corrientes. La consumición mínima se duplicó. Las organizaciones estudiantiles protestaron ante el rector Walker, pero ante la falta de respuesta, organizaron manifestaciones. El 15, de mayo, la policía correntina reprimió una marcha de los estudiantes; en la refriega, resultaría mortalmente herido el alumno Juan J. Cabral, de 22 años.

Entretanto, en Córdoba, se agudizó el conflicto obrero a raíz de la promulgación de la ley 18.204, que uniformaba el régimen de descanso laboral en todo el país. En esa provincia, como en algunas más, la ley eliminaba el "sábado inglés". El 14 de mayo se produjeron enfrentamientos con la policía y el 16 se llevó a cabo un paro total de actividades. El volcán estaba entrando en erupción, pero nadie parecía darse cuenta...

El 18, durante una marcha de protesta en Rosario contra el crimen de Cabral, la policía disparó sobre la multitud. Resultado: otro joven estudiante muerto (A. Bello). Al día siguiente, sacerdotes, obreros y el pueblo de Córdoba en general, llevaron a cabo una impresionante "Marcha del Silencio", en repudio por el accionar policial. Nuevamente hubo choques con efectivos de seguridad, siendo el barrio Clínicas el epicentro de las escaramuzas.

Entre el 20 y el 23, ya el conflicto se había generalizado a las ciudades más importantes del país. Se producían diariamente decenas de heridos y detenidos. En Rosario,

los acontecimientos tomaban un giro cada vez más violento. El 21 se llevó a cabo un paro estudiantil, y nuevamente la ciudad fue escenario de tiroteos, incendios y destrucción. Durante horas combatieron en el centro, policías y estudiantes. Posiblemente, empezaran a participar de estos hechos las organizaciones guerrilleras en embrión. Tras los disturbios, se comunicaba una nueva víctima fatal: Norberto Blanco, de 15 años.

En Buenos Aires, estudiantes de la Universidad del Salvador que salían de misa chocaban con la policía en las calles céntricas.

El gobierno tambaleaba y debió recurrir al Ejército; se proclamó el Estado de Emergencia y las tropas ocuparon Rosario. Los tribunales militares empezaban a funcionar, anunciando severísimas penas.

Si bien la CGT de los Argentinos había encabezado todas las luchas, uniéndose a las agrupaciones estudiantiles,[92] la fuerza de los hechos arrastraba a la otra CGT. De hecho, en Rosario, Córdoba, Santa Fe, etc., la unificación en la lucha era ya una realidad.

El 23, se realizó un nuevo paro general en Rosario. El 24, los disturbios se trasladaron a San Miguel de Tucumán. El líder de la CGTA, Raimundo Ongaro, era detenido en Córdoba y remitido a la Capital Federal.

La ley marcial no resultaba suficiente para frenar las manifestaciones en las ciudades. El 29 de mayo, Día del Ejército, 4.000 estudiantes desfilaron por las calles de Rosario, desafiando al régimen militar.

Ese día, en Córdoba, estaban teniendo lugar los combates más violentos de todas estas jornadas. La huelga general se complementó con una marcha conjunta de obreros y estudiantes hacia el centro de la ciudad. La policía provincial fue superada y la masa se apoderó del control de unas 200 manzanas. A partir de las 17 horas, Ejército y Aeronáutica comenzaron a operar en forma conjunta. Se implementó el toque de queda, mientras ardían vehículos y edificios pertenecientes a grandes empresas extranjeras.

Hasta las 18 horas del día siguiente, las Fuerzas Armadas no lograron recuperar el control de la situación. Los últimos combates se libraron en el Clínicas; una huelga general convocada por la CGTA paralizaba ese mismo día

parte del país, en señal de repudio. Al anochecer se informó el balance del "Cordobazo": 14 muertos y más de 100 heridos de bala.

Inmediatamente, un Consejo de Guerra condenaba a los dirigentes gremiales Agustín Tosco y Elpidio Torres, a 8 años y 3 meses y 4 años y 3 meses de prisión, respectivamente.

En este contexto, las distintas Regionales del MSPTM participaron activamente con su palabra de denuncia y un compromiso en las marchas, facilitando lugares de reunión y esclareciendo a sus feligreses.

Sacerdotes tercermundistas de Goya, Corrientes, Reconquista y Resistencia unieron sus voces "a la de muchos ciudadanos de instituciones que han repudiado los atropellos policiales que se están cometiendo contra la juventud universitaria de nuestro país".[93]

"No eran ciertamente necesarios estos hechos para darnos cuenta que en el país no existe la libertad que nuestras autoridades declaman y pregonan constantemente. Sin embargo ellos han servido para confirmar aún más nuestra convicción de que la mayoría de nuestro país vive sojuzgada en muchos órdenes por una minoría de privilegiados que sostienen por la fuerza un régimen político y un sistema social radicalmente injusto."[94]

En este sentido, se negaron a participar de cualquier acto oficial con motivo de la celebración del 25 de Mayo.

"En este nuevo 25 de Mayo se volverá a cantar nuestro 'Himno Nacional'. Por costumbre, y se repetirá 'libertad' tres veces.

"No podemos asociarnos a ese clamor, que hoy más que nunca nos suena a mentira y consideramos una burla. No podemos cantar 'libertad' pensando en nuestros patriotas de Mayo, en los gauchos de Güemes, en los negros esclavos de la Campaña de los Andes. Nos lo impide el espectáculo de un pueblo hambriento y explotado. Nos lo impiden los habitantes del Norte santafecino apaleados y encarcelados porque exigen trabajo, pan y justicia. Nos lo impiden los productores y los obreros tabacaleros de Corrientes que ven repetirse en su región el drama tucumano. Nos lo impiden los peones de las estancias correntinas condenados a la ignorancia por sueldos de miseria, los miles de desocupados de la provincia, los que emigran en busca de trabajo, los niños desnutridos y muertos por falta de asistencia, de enfermedades curables, los agentes policiales mal remunerados y obligados a disparar sus armas y a reprimir las justas reclamaciones de su pueblo. Nos lo impiden finalmente los estudiantes Cabral y Bello y el obrero Blanco de 15 años, muertos recientemente en la defensa de sus ideales de justicia."[95]

El 28 de mayo, sacerdotes de Santa Fe emitieron un comunicado, en el cual reflexionaban críticamente sobre los hechos de violencia. Ya se empezaba a citar el texto aprobado por los obispos de San Miguel. Manifestaron que "la violencia más culpable se ejerce cuando se impide sistemáticamente a grandes sectores de la población el acceso a los bienes fundamentales que la persona humana requiere" y al cerrarle los canales de participación social y política. En este contexto, los violentos eran, para los sacerdotes:

"—Los que imponen, colaboran o ayudan a consolidar las estructuras actuales que institucionalizan diversas formas de violencia.

"—Los que ordenan la represión contra los justos reclamos del pueblo, utilizando las 'fuerzas del orden' —sector a su vez castigado y mal remunerado— como la mano ejecutora de la injusticia establecida.

"—Los que pudiendo y debiendo hablar, por sus funciones en la comunidad, colaboran con su silencio cómplice al mantenimiento de estructuras injustas. (Medellín)."[96]

Los funerales de Cabral y Blanco contaron con la asistencia de sacerdotes del Movimiento, quienes reivindicaron la lucha del pueblo y de los estudiantes. "Los argentinos somos testigos de acontecimientos que nos avergüenzan y enlutan. Se ha violentado el derecho a manifestar la opinión. Se ha golpeado a estudiantes y obreros hasta producir la muerte. Se ha empleado la tortura y se ha usado impune y arbitrariamente el poder de las armas. Los testigos presenciales, las crónicas periodísticas señalan unánimemente la acción, desproporcionadamente violenta de las fuerzas de represión en los últimos acontecimientos, lo que ha llevado a producir la muerte de tres vidas jóvenes." (...) "Estamos aquí para orar por los caídos y pedir al Señor fuerza para anunciar su Evangelio con osadía."[97]

En este mismo tono se sucedieron declaraciones de grupos sacerdotales de Rosario, Tucumán, Mendoza, etcétera.

El 27 de junio, luego de las acusaciones y advertencias hechas por el general Onganía[98] a los sectores más combativos de la sociedad, los coordinadores regionales del MSPTM hicieron conocer su análisis y conclusiones sobre el "Cordobazo".

Rechazaban, en principio, las interpretaciones oficiales que imputaban el hecho a organizaciones subversivas manejadas desde el exterior; afirmaban que el fenómeno había sido producto de una "reacción espontánea del pueblo cordobés", desechando la imagen de un plan premeditado difundida ampliamente desde los medios de comunicación.

La destrucción de edificios y bienes propiedad del Estado, las Fuerzas Armadas, o grandes grupos económicos nacionales y extranjeros había sido motivada, según el MSPTM, por la indignación del pueblo cordobés ante la provocación policial.

"Hemos podido comprobar que todo comenzó con una marcha pacífica de obreros y estudiantes desarmados que se vieron obligados a defenderse con todo lo que tuvieron a mano, después de que la policía utilizó contra ellos sus armas de fuego, matando a mansalva a algunos de los manifestantes."[99]

El análisis también buscaba la explicación de una manifestación popular, en la cual no habían tenido un rol organizador ninguno de los partidos políticos tradicionales. "La ausencia, en todas estas reacciones populares, de las tradicionales banderías políticas, nos hace suponer con fundamento, que la solución definitiva del conflicto planteado no puede consistir en la vuelta al régimen electoralista en que se pongan nuevamente en juego los intereses de minorías privilegiadas y la imagen de una falsa participación popular."[100] "La masa obrero–estudiantil que marchó por las calles de Córdoba es, para nosotros, un símbolo, un anticipo de lo que ha de suceder a no muy largo plazo con toda la masa popular argentina y latinoamericana que aspira a un orden nuevo en lo político, lo social, lo económico y lo cultural."[101]

Los máximos representantes del MSPTM concluían con

un llamado severo a la reflexión:

"A los que detentan actualmente el poder:

"Depongan las armas antes de que sea demasiado tarde. La fuerza del pueblo es incontenible. Para quienes se opongan a esta fuerza la batalla está de antemano perdida."[102]

Entretanto, el "Cordobazo" había producido sus efectos: renunciaba el gabinete nacional (incluido Krieger Vasena, ministro de Economía), gobernadores y altos funcionarios. El general Lanusse, comandante en jefe del Ejército, comenzaba a tejer la conspiración que derrocaría a Onganía un año después.[103] La dictadura tecnoburocrática, el régimen monolítico, estaban resquebrajados, heridos de muerte.

El 17–18 de junio, la CGT–Córdoba convocó a un nuevo paro general. Ese mismo día se daba a conocer una carta abierta dirigida al general Onganía, con la firma del sacerdote Rafael Yacuzzi.[104] Era una respuesta al mensaje del presidente, posterior al "Cordobazo"; impugnando las manifestaciones de Onganía sobre las causas de los disturbios, Yacuzzi afirmaba: "Dice Ud. que los 'trágicos hechos de Córdoba responden al accionar de una fuerza extremista, organizada para producir la insurrección urbana'. ¿LO CREE UD. REALMENTE? ¿Está sinceramente convencido de que los millares de personas que enfrentaron a SUS fuerzas de represión, están al 'servicio de ideologías e intereses ajenos'?

"(...) Ud. se empeña en ignorar que los ataques de los manifestantes cordobeses fueron dirigidos contra bienes pertenecientes al Estado, a las FF.AA., o a la oligarquía, lo que indica que es en ELLOS en quienes ven a sus opresores. No se atacó ni una sola fábrica. Pero sí una concesionaria de automóviles que pertenece a un consorcio de militares. A una confitería cuyo propietario está vinculado a la oligarquía cordobesa..."[105]

Tras enumerar los hitos del retroceso en el nivel de vida popular, Yacuzzi concluía: "Lo único positivo en todo esto es que por fin hemos entendido que a la explotación y mentira sistemática no podemos ofrecerle otra cosa que la lucha organizada; ya se ha iniciado el camino de la LIBERACION. Ya avanzan los pobres de todos los lugares, los acompañan los jóvenes, los saludan los viejos, los esperan

sus hijos.

"Gral. Onganía, SUS ARMAS ya no serán suficientes, la JUSTICIA que impulsa LA LUCHA DEL PUEBLO encontrará el modo de derrotar a sus fusiles.

"Dios se apiade de Usted."

Renovada presión del Gobierno

Evidentemente, la presión moral y los efectos deslegitimadores que significaban estas declaraciones provenientes del MSPTM y organizaciones de la Iglesia en su línea, no podían menos que acelerar el enfrentamiento con el gobierno militar. Este venía presionando desde su origen para "cohesionar" a la Iglesia y sostenerla a su lado. Estas actividades se habían llevado a cabo, principalmente, a través del Vicariato Castrense (Tórtolo, Bonamín, Medina) y de los capellanes militares, así como de importantes miembros de la Jerarquía, como el mismo cardenal Caggiano.

Los servicios de inteligencia gubernamentales comenzaban a identificar al tercermundismo como un elemento potencialmente subversivo, equiparando su peligrosidad a la de la CGT de los Argentinos, agrupaciones de izquierda, peronismo revolucionario[106] y el movimiento estudiantil.

La idea oficial de "unificar" los criterios de acción de la Iglesia a través de la presión al Episcopado se derrumbó con la "Declaración de San Miguel".

Sorpresa y desilusión, hasta irritación quizá, serían las palabras que podrían explicar los sentimientos del gobierno. Más aún, indignación: un alto funcionario llegó a calificar el documento de "inmoral" (ver *Revista* del *CIAS* Nº 189, p. 13).

Expresión palpable de esta sensación seria el exabrupto del ministro del Interior, general (RE) Francisco Imaz al anunciar la implantación del Estado de Sitio, el 30 de junio de 1969. El estado de excepción fue declarado básicamente como consecuencia de los hechos de mayo, pero se aprovechó como excusa la ejecución de Augusto Timoteo Vandor, por un comando guerrillero.[107]

Al comunicar la decisión del gobierno de incrementar el control militar de la sociedad, Imaz reclamó "el apoyo de la

Iglesia, en forma total, sin deserciones. Para esto es necesario que aquellos, que en su afán de solucionar problemas han dejado el camino de la mesura y la ubicación adecuada, comprendan en todo su alcance el peligro que se cierne sobre las actitudes extremas".[108]

Pocos días antes, la presencia en el país del enviado especial del gobierno norteamericano, Nelson Rockefeller, había provocado marchas y declaraciones de repudio.[109] El MSPTM adhirió a ellas; en una de esas manifestaciones, resultó asesinado Emilio Jáuregui, secretario de la UTPBA, vinculado a la CGT de los Argentinos.

Días antes, el ELN[110] había dinamitado, en forma simultánea, los trece locales de la cadena de supermercados Minimax, propiedad de Rockefeller, en Capital Federal.

La CGTA, entretanto, había convocado al paro general para el 1º de julio. El crimen de Vandor fue utilizado como excusa por el gobierno para desmembrarla: se allanó su sede central y filiales; se detuvo a cientos de dirigentes; en todo el país, se procedió al encarcelamiento de unos trescientos activistas vinculados a la CGTA.

Al mismo tiempo que se intentaba desactivar este foco de oposición, el Gobierno recibía del Episcopado señales más satisfactorias: en una declaración de la Comisión Permanente de la CEA, se alzaba la voz para advertir sobre "grupos de ideología marxista" vinculados a los hechos de protesta. De este modo, a una declaración crítica como la de San Miguel, se la matizaba poco después con una observación que arrimaba agua al molino del régimen militar.

No fue casual, entonces, que días más tarde se diera amplia difusión a través de la prensa a un supuesto "Plan Comunista de Subversión Continental". Diseñado por un "Comité Central Revolucionario Castro–comunista Maoísta", reunido en Montevideo, el "Plan" incluía un diagnóstico del panorama argentino y su probable evolución. Al referirse al rol del clero en dicho plan, afirmaba: "Se ha declarado ya revolucionario (el clero) y reformista desde la iniciación de las operaciones en Brasil, siendo coronada esta posición públicamente en Medellín. Reclamará desde el púlpito y en cualquier oportunidad que se presente una orientación nueva para la prédica de la Iglesia ante el pueblo. Mayores libertades al clero para sustraerlo de la jerarquía reacciona-

ria. Con el mayor énfasis verbal y de hecho se reclamarán reformas sociales en el más alto nivel para lograr unir a la Iglesia con la masa de trabajadores, de estudiantes, clase media y campesinos. Apoyar esta acción en el más de un millar y medio de clérigos activistas que hacen ya que la Iglesia esté convertida en la mejor base de la revolución de izquierda. La acción de resistencia enérgica y violenta contra el sistema capitalista ha de encontrar su mejor trinchera en los curas para que esas ideas se extiendan rápidamente y que por su procedencia no sean analizadas por la masa, como consecuencia del factor fe religiosa mezclado subconscientemente".[111]

Tampoco fue casual que, en esos días, se sumara otra denuncia de proporciones dirigida, como la anterior, a complicar las relaciones internas de la Iglesia y, a la vez, entre ésta y el gobierno. El mensaje del ministro Imaz comenzaba a recoger resultados rápidamente: segregar a la Iglesia "rebelde", la que se identificaba con Medellín y San Miguel, la que no dejaba de denunciar las injusticias y la ilegitimidad del régimen.

El 10 de julio, un vespertino publicó unas supuestas "conclusiones" del II Encuentro Nacional del MSPTM (celebrado dos meses antes). En la nota se tomaban "opiniones particulares de algunos grupos de reflexión"[112] referidas a la opción armada para la resolución de la crisis nacional, y se las calificaba como "conclusiones" del Encuentro, avaladas por el MSPTM. La gravedad de la denuncia levantó nuevamente todo tipo de críticas, sospechas y amenazas sobre el tercermundismo. En momentos en que el "caso Bolatti" estaba en pleno proceso de ebullición (incluida la toma de templos en Tortugas, Coronel Bogado, Soldini, Villa Correa, todos en Rosario), el MSPTM debió salir al cruce de la maniobra.

Luego de las consultas pertinentes con los coordinadores regionales del Movimiento, se envió una aclaración a los obispos (que sólo se publicaría, y condensada, en el Boletín Eclesiástico de la Arquidiócesis de Buenos Aires).

Los Sacerdotes para el Tercer Mundo reafirmaron que sólo el documento "Nuestras Coincidencias Básicas" tenía el valor de conclusiones oficiales del II Encuentro Nacional.

"Después del encuentro, juntamente con ese documento (NCB), se envió a los participantes una síntesis de las opiniones recogidas en las mesas redondas. Quienes hicieron llegar a los señores obispos estas opiniones tuvieron también en sus manos las 'Coincidencias Básicas', pero sólo difundieron las primeras, *dándoles, además, otro sentido y alcance.*"[113]

¿Cuál era ese verdadero "sentido y alcance", que según el MSPTM, había sido tergiversado?

Una cosa era "la percepción e interpretación de una realidad" y otra "lo que podría ser una expresión de deseos o intenciones".

"En nuestro caso, cuando se intenta dar un juicio sobre la realidad político–social de Latinoamérica y sus posibles derivaciones, es inevitable que muchos, apoyados en la experiencia histórica y en el análisis de los factores en pugna, conjeturen como inevitable una salida por la lucha armada. Tal apreciación puede, legítimamente, ser controvertida. Pero *lo que no puede hacerse legítimamente es atribuir a la expresión de dicha opinión la intención y el sentido de una apología y prédica de la violencia.*"[114]

Los Sacerdotes para el Tercer Mundo trataban de evitar el enfrentamiento o la condena del Episcopado, por lo cual manifestaban su expresa voluntad de respeto a la estructura eclesiástica. En ese sentido, recordaban que también el Papa Pablo VI y los obispos latinoamericanos reunidos en Medellín habían advertido sobre los peligros de "revoluciones explosivas de la desesperación".

"¿Se atreverán algunos a calificar también estas palabras como una apología o prédica de la violencia?" "(...) Queremos reafirmar que son las exigencias del Evangelio y los documentos del Magisterio lo que nos impulsa a actuar de acuerdo a una renovada toma de conciencia de los problemas sociales. Pensamos que todo esto encuadra, por lo demás, perfectamente en la misión sacerdotal que hemos recibido de la Iglesia que, sin dejar de ser una y jerárquica, involucra en su seno la multiplicidad de legítimas opciones pastorales."[116]

En un clima de hostilidad creciente hacia el Movimiento, en octubre, el Gobierno denunció la vinculación entre numerosos cadetes del Colegio Militar y oficiales jóvenes (liderados por Julián Licastro) con miembros del MSPTM. Dicha "relación prohibida" incluía además a un activo

intelectual de la izquierda nacional, Juan José Hernández Arregui.

El proceso iniciado contra esta presunta "corriente peruanista" o "nacionalista de izquierda", culminaría con la expulsión de los militares de las filas castrenses.[117]

Nueva maniobra gubernamental: Onganía consagra el país a la Virgen

El 12 de noviembre, en un mensaje radiotelevisado a todo el país, el general Onganía convocó a todo el pueblo al acto de consagración de la Argentina al Inmaculado Corazón de María. Poco después de aquel llamado del ministro Imaz a la unidad del Gobierno e Iglesia, esta decisión forzaba aún más la situación.

Más allá del obvio rechazo que el tercermundismo haría a este avance oficial sobre la Iglesia, la misma cúpula eclesiástica se vio sacudida ante la medida (pese a que, obviamente, debieron haberse hecho consultas a ese nivel).

Entre el 18 y el 26 de ese mes, la Conferencia Episcopal debía llevar a cabo su Segunda Asamblea, en Luján. Las posturas divergentes eran muy claras. El obispo de Neuquén aclaró que sólo correspondía a los pastores convocar al pueblo de Dios a actos religiosos. Tras el cumplimiento del acto, el obispo de Mar del Plata opinó públicamente que "esta consagración significa una especie de compulsión, porque un protestante es tan argentino como los demás". (...) "Ese tipo de consagración es antiguo, correspondía al medioevo cuando todo el mundo era católico."[118]

En San Luis, el gobernador militar atacó al obispo Queirolo, a cargo de la diócesis, "en forma violenta, insólita y grotesca, acusándolo, en resumen, de impiedad hacia la Virgen y de inconducta cívica ante la bandera patria".[119]

Días antes del acto, el MSPTM dio a luz una extensa carta donde resumía todas sus críticas a la decisión presidencial y hacía un llamado a la no concurrencia, dirigido tanto a los obispos como al pueblo en general.

"¿Se trata simplemente de hallar en la Divina Providencia y en Nuestra Señora 'la inspiración para realizar el bien común'? ¿O se trata, más bien, en un momento en que el

gobierno no encuentra apoyo en ninguna parte a no ser en sectores de poder interesados, de querer hacer aparecer al pueblo y a la iglesia en unión con el gobierno y como avalando una política que en realidad no avalan? (...) Esto indudablemente nos ha herido; esta pretensión, camuflada en un acto religioso, de mostrar una unión que no existe; esta instrumentación que se pretende hacer de los sentimientos más hondos de la Iglesia, su devoción mariana, en pro de una política con la que ni el pueblo ni la Iglesia han mostrado su acuerdo. Por el contrario, han demostrado su desacuerdo si nos atenemos, por una parte, a un conjunto de episodios populares acontecidos en el país y, por otra, a lo dicho por varios obispos que, a lo largo del presente año, han venido denunciando una situación de injusticia estructural, rechazando así las bases de la actual política."[120]

Intentaban así "desenmascarar" la maniobra del Gobierno, mientras caracterizaban esa actitud con su conocido argumento sobre instrumentación de la Iglesia.

"Es preferible la represión, que también está en el estilo del gobierno, a esta otra actitud de galantería interesada; ya que no hay peor sutileza del poder que la que instrumenta, al servicio del mismo poder, los más nobles ideales de su pueblo, como ser su ideal religioso y su ideal de mujer. Ambos ideales están encarnados en María, prototipo de la mujer y del creyente. De ambos quiere valerse, al parecer, nuestro actual gobierno. Esperamos que el pueblo no acuda a la cita." (...) "Esperamos que el pueblo no acuda a una cita en la que lo religioso amenaza ser usado como estupefaciente de las inquietudes del mismo pueblo."[121]

Entretanto, en nota enviada a la Comisión Organizadora del acto, el cardenal Caggiano "a pedido de los integrantes de la Asamblea" informó que "acompañarán al Excmo. señor Presidente de la Nación en Luján los señores obispos a quienes sus obligaciones y circunstancias se lo permitan". Las "obligaciones" aumentaron extraordinariamente para el día de la ceremonia: sólo concurrieron 25 obispos.

En un balance hecho por sectores religiosos[122] se afirmaba sobre el acontecimiento: "Comprendemos la delicada situación planteada al Episcopado, donde incluso jugaba un sentimiento elevado y querido a los católicos, cual es

la devoción a la Madre del Señor. Nos permitimos opinar, no obstante, y sin pretensiones de emitir el último juicio, que la responsabilidad del Episcopado en esta emergencia, frente al pueblo cuyo maestro religioso es, fue hallada en déficit. Cavó un vacío de autoridad. La experiencia nos dice que cuando ello acaece, el vacío suele ser llenado por otras voces, que frecuentemente tratan de abrirse paso con cierto terrorismo verbal".[123]

Durante 1968 y 1969, el MSPTM recorrió un camino ascendente en cuanto a acumulación de fuerzas, capacidad de movilización entre religiosos y laicos, participación en el proceso político–social y, finalmente, frente a la mirada atenta de la jerarquía eclesiástica.

En efecto, los líderes del Movimiento constataban mes a mes el incremento en número de sus miembros (que para 1970 alcanzará el techo máximo de 500 sobre 5000 sacerdotes de todo el país) pero, principalmente, una participación más activa junto al pueblo de sus respectivas jurisdicciones. Por otra parte, si bien el MSPTM mantendríase siempre como organización estrictamente clerical, el trabajo junto a miles de laicos, cristianos y no cristianos, consolidaba día a día una masa numerosa de estudiantes, obreros, campesinos, identificados con su accionar. En las principales diócesis se crearían incluso grupos laicos de apoyo como el MICAR (Movimiento Iglesia y Cambio en Argentina).

Esta etapa de auge del tercermundismo que hasta áquí hemos recorrido se reflejó asimismo en la actitud ambigua del Episcopado. Si bien los sectores conservadores no podían menos que recelar de la explosiva popularidad alcanzada por los tercermundistas, por lo menos hasta mediados de 1970 no los enfrentaron decisivamente.

Más aún, algunas medidas adoptadas por los obispos entre 1968 y 1970 parecían recoger los deseos del movimiento tercermundista: la creación de comisiones de Pastoral, entre ellas el Equipo de Pastoral en Villas de Emergencia; la formación de los Consejos Presbiteriales Diocesanos, y la declaración de San Miguel, donde el Episcopado se comprometía a adaptar las conclusiones de Medellín a la realidad nacional.

Expresión de un verdadero "clima de ideas" pos–Medellín, estas decisiones no fueron una postura a largo plazo:

como consecuencia del "Cordobazo" y la fuente ofensiva gubernamental posterior, los obispos mediatizaron aquellas posiciones. La heterogeneidad del Episcopado en cuanto a líneas pastorales coadyuvó para que ello fuera así, acentuándose la fractura durante 1970, cuando el tercermundismo se vio directamente involucrado en el crimen del ex–presidente Aramburu.

Tuvo mucho que ver en este "retroceso" a posturas previas, la acelerada difusión de las primeras elaboraciones de peso alrededor de lo que ya daba en llamarse la "teología de la Liberación". Si los sectores conservadores habían observado con suma desconfianza el crecimiento del tercermundismo y sus actividades de fuerte compromiso temporal, los primeros textos y discusiones teológicas impulsadas por el padre Gustavo Gutiérrez, Ruben Alves, Enrique Dussel,[124] confirmaron su temor. El uso de un instrumento analítico de corte marxista, la reinterpretación del papel de la Iglesia en América latina y la decidida originalidad de este pensamiento, los impulsaron a reverdecer sus antiguas ideas y líneas de acción. La fuerza de este sentimiento y el verdadero poder que encerraban estos sectores se demostraría a largo plazo: mientras las diversas corrientes o expresiones de la "teología de la Liberación" crecieron, maduraron y obtuvieron cierto estatuto de reconocimiento en el resto de América latina (Brasil, Perú, México, Nicaragua, por ejemplo), en la Argentina pos–76 su peso se reduciría casi totalmente.

1970: año clave para el movimiento tercermundista

En enero de 1970, miembros del MSPTM de Corrientes, Córdoba y Tucumán intentaron, sin éxito por la represión policial, participar de un importante congreso de gremios combativos, en Córdoba. Esa "Reunión Sindical y Popular por la Justicia Social y la Liberación Nacional" (31 de enero), impulsada por Agustín Tosco,[125]buscaba vertebrar los dispersos focos combativos en vista a un plan de lucha nacional contra Onganía. La CGT de los Argentinos había sido desarticulada pero el espíritu luchador de los obreros no podía ser acallado. El presidente Onganía y el gobernador cordobés Huerta la prohibieron y, ese día, la ciudad

amaneció ocupada por las tropas gubernamentales. En días posteriores, la sede del Sindicato de Luz y Fuerza (Córdoba) fue atacada a balazos; clausurado e intervenido, el gremio pasó a la resistencia clandestina.

También se reavivó la lucha obrera en El Chocón, en Neuquén, donde la acción del obispo de Nevares y los sacerdotes de su diócesis se manifestaron claramente en adhesión a la línea del MSPTM.

La lucha de la seccional local de los trabajadores de la construcción (enfrentada con la dirección nacional de la UOCRA, en manos de Rogelio Coria, notorio "participacionista") fue apoyada por el sacerdote Pascual Rodríguez. A raíz de los enfrentamientos con fuerzas policiales y de Gendarmería, decenas de obreros y el mismo Rodríguez fueron encarcelados.

Tanto el ministro del Interior, general Imaz, como otros funcionarios (el secretario de Trabajo San Sebastián, por ejemplo) denunciaron la intromisión de los tercermundistas en el conflicto.

El 16 de marzo, un grupo de sacerdotes de Neuquén repudió las declaraciones oficiales así como las medidas represivas llevadas a cabo. Respaldaron explícitamente al obispo de Nevares y a Rodríguez, denunciaron el encarcelamiento y despido de numerosos obreros, criticaron la actitud complaciente del secretario general de la UOCRA, Rogelio Coria, y calificaron a El Chocón de "campo de concentración".

Finalmente, convocaron a destinar las limosnas de las misas del Domingo de Ramos "a aliviar las situaciones angustiosas de las familias afectadas por los despidos arbitrarios", e invitaron a "suspender por este año el tradicional Vía Crucis del Viernes Santo invitando a los cristianos a reunirse en sus iglesias para compartir el sufrimiento del Cristo vivo en la persona de los obreros".[126]

El "caso Marturet"

En Corrientes, entretanto, estallaba un confuso conflicto entre el arzobispo Francisco Vicentín y un grupo de cinco sacerdotes. Las causas del mismo: la intensa participación de los párrocos en el movimiento gremial de la provincia. La

llama que encendió la mecha fue el recurso de amparo presentado por el sacerdote Raúl Oscar Marturet, miembro activo del MSPTM, ante el juez Otero. Allí se refirió a la permanente vigilancia que ejercía la policía sobre su persona. En su declaración, Marturet se permitió mezclar la figura del arzobispo Vicentín, quien habría mencionado la posibilidad de que el cura fuera trasladado debido a esa situación.

El juez requirió la confirmación de esta versión al arzobispo, pero éste se negó a tratar el asunto en el ámbito de la justicia ordinaria. Reclamaba la solución del tema a través de los canales previstos por el Derecho Canónico. El juez emplazó al arzobispo, ordenando su detención.

Entretanto, Marturet y los otros sacerdotes eran suspendidos en el ejercicio del sacerdocio. Más aún, Marturet sería excomulgado. Los fieles de las parroquias afectadas ocupaban las capillas, en actitud de apoyo a los sancionados. Sacerdotes tercermundistas viajaron desde Resistencia, Chaco, para solidarizarse y celebrar misa con ellos. La prohibición episcopal los obligaría a realizar el oficio en Resistencia.

El Tercer Encuentro Nacional (Santa Fe, 1 y 2 de mayo de 1970)

Cuando el MSPTM realizó su Tercer Encuentro, con la concurrencia de 117 curas proveniente de 25 diócesis, se dio un nuevo paso en la organización: por primera vez se integraban a los Encuentros las "bases" del Movimiento.

Allí se trataron nuevamente aspectos relativos a la participación política del MSPTM, la caracterización del "proceso revolucionario argentino", el peronismo como opción posible de liberación para el pueblo argentino y la actitud a seguir frente a esta alternativa.

Se recibieron las respuestas de numerosas encuestas distribuidas entre personalidades políticas y sindicales, con el fin de recoger sus impresiones sobre la situación del país.[127]

Como síntesis de las deliberaciones, el MSPTM dio a publicidad el "Comunicado de Santa Fe", donde por primera vez como posición oficial se reconoció que "la experien-

cia peronista y la larga fidelidad de las masas al Movimiento constituyen un elemento clave en la incorporación de nuestro pueblo a dicho proceso revolucionario".[128] Por otro lado, el Comunicado aclaraba que "el Movimiento no es, ni quiere, ni puede constituirse en 'partido político'. Rechaza asimismo y por las mismas razones, convertirse en un grupo revolucionario par la toma del poder político".[129]

La crisis de 1970

Al mes del Tercer Encuentro se iba a producir un hecho clave en la historia política del país y sumamente importante para el Movimiento: el secuestro y posterior asesinato del general Pedro Eugenio Aramburu por un comando guerrillero. El mismo estaba formado, en parte, por jóvenes católicos como Abal Medina, Ramus y Firmenich, vinculados de un modo u otro a integrantes notorios del MSPTM en Buenos Aires.

Este acto se transformaría en el detonante de una ola de rumores, notas periodísticas y, finalmente, la investigación policial que recaería sobre el director de *Enlace* y miembro del Secretariado Nacional, el sacerdote Alberto Carbone. A partir de estos y otros hechos posteriores, toda la fuerza que venía demostrando el Movimiento, comenzó a desgastarse en el debate público abierto alrededor de la responsabilidad del padre Carbone y el Movimiento en el secuestro de Aramburu por los "Montoneros".

Cuando la investigación aún estaba en sus comienzos y el presidente Onganía era depuesto por la Junta de Comandantes en Jefe (8 de junio de 1970), el MSPTM consideró necesario sentar su posición. A través de un comunicado fechado el 22 de junio, llamó la atención sobre la desmedida repercusión otorgada al hecho, sin prestar la misma dedicación a otros similares: "...De allí que, al lamentar esa desaparición (aunque no compartamos las ideas ni estemos de acuerdo con la conducta política de Aramburu), no podemos menos que recordar los nombres de muchos otros compatriotas 'desaparecidos' en circunstancias similares: Valle, Vallese, Blanco, Cabral y tantos otros".[130] Con respecto a la destitución de Onganía, manifestó su total indiferencia ante conflictos y luchas internas

por el poder dentro de una "Revolución Argentina" ajena a los intereses del pueblo.

El 7 de julio, el nuevo presidente de facto, general Levingston, aludió duramente a los tercermundistas. En un mensaje a las Fuerzas Armadas, anunció que "estamos prevenidos contra aquellos artífices del caos que, encubriendo sus móviles en engañosas ideologías *—cuando no, en aparentemente nobles posturas espirituales—*, son en realidad personeros a sueldo de quienes han fijado entre sus designios el estancamiento argentino, que buscan por medio del crimen, la destrucción y la subversión".[131]

Al día siguiente, el padre Carbone fue detenido en la Casa del Clero de Buenos Aires, acusado de proporcionar la máquina de escribir con la que los secuestradores redactaban sus comunicados y prestar auxilio en sus movimientos. El hecho no fue comentado por la prensa hasta unos días después dado el hermetismo policial. Posteriormente, el sacerdote jesuita Hernán Benítez[132] sería señalado como sospechoso de haber facilitado la sotana utilizada por uno de los comandos montoneros.

Entretanto, una nueva acción guerrillera con la firma de "Montoneros" tenía lugar en La Calera, Córdoba. El 1º de julio, al mando de Emilio Maza, cuatro unidades montoneras, integradas por jóvenes provenientes de calificadas familias católicas cordobesas, ocuparon durante varias horas la localidad, sustrayendo armas y dinero. Esto se producía cuando más de 20.000 hombres rastrillaban todo el país en busca de los secuestradores de Aramburu. La posterior retirada tuvo un trágico resultado: Maza sufrió heridas mortales en un tiroteo con la policía; varios "montoneros" fueron gravemente heridos y apresados. La redada que iniciaron las fuerzas de seguridad en Córdoba produjo la detención de numerosas personas. Mientras, desde distintos ángulos, volvía a señalarse al MSPTM como partícipe en los hechos, y se detenía al padre Fulgencio Rojas.

El mismo día que Carbone era arrestado en Buenos Aires, los miembros del Movimiento en Córdoba deslindaban su responsabilidad como organización de las decisiones políticas de sus integrantes, declarando que "el Movimiento no puede responsabilizarse por las distintas opciones que sus miembros o simpatizantes pudieran hacer en

su lucha revolucionaria. El Movimiento respeta a quienes juzgando haber agotado todas las instancias, considerasen como única salida la 'vía de las armas', pero como Movimiento ha optado por la vía de la palabra y el despertar de las conciencias al servicio del pueblo de los pobres".[133]

El mismo comunicado aceptaba la vinculación como integrante del grupo montonero ("algunos de los miembros de nuestro Movimiento conocen y aprecian a algunos de los integrantes de los comandos detenidos por los hechos de La Calera") y, avanzando en este tema, los reivindicaba como "elementos sanos y limpios de una juventud revolucionaria que se impacienta y busca la transformación de la sociedad".[134]

Estos hechos amenazaban con llevar al MSPTM al escándalo, al desprestigio y la condena.

La repercusión en la prensa

Durante junio, julio y agosto de 1970, la prensa nacional dio cabida a numerosas notas, declaraciones y solicitadas referidas al Movimiento. El resultado de la cobertura periodística fue ampliamente desfavorable; más aún, dio pie al ataque de los sectores ultra–conservadores del catolicismo, que llegaron a empapelar el centro de la Capital Federal, con afiches y leyendas injuriosas.[135]

Un estudio breve pero minucioso[136] daba cuenta, en aquellos días, de lo que consideró un "ataque a los sacerdotes del Tercer Mundo" más que una polémica con ellos. Titulares como *"Calificaron de marxista al Movimiento del Tercer Mundo"* (*La Mañana*, Formosa, 26 de julio de 1970); *"Solidaridad de un sacerdote con los secuestradores"* (*El Diario*, Paraná, 17 de julio de 1970), tenían un correlato mucho más duro en el contenido de las notas.

"Un sacerdote del Tercer Mundo, a cuya famosa teología de la violencia debe atribuirse en gran manera la inspiración del crimen que costó la vida al ex–presidente Aramburu, ha reiterado desde una tribuna política las conocidas vaguedades que derramadas a mansalva sobre mentes inmaduras y desorganizadas, son semillas del terrorismo, del guerrillerismo, y del crimen liso y llano" (*El Territorio*, Resistencia, 20–7–70).

Por cierto que algunas declaraciones o comunicados del Movimiento o sus miembros no hacían mucho por aquietar la tormenta que amenazaba con destruir al tercermundismo.

El 15 de julio, por ejemplo, el sacerdote Carlos Mugica participó en un ciclo de conferencias en la sede de los "Equipos Nacionales para el Cambio", cuyo tema era "Cómo debe ser la revolución que el país necesita". Entra otras apreciaciones, Mugica defendió la inocencia de Carbone y se refirió al prófugo Firmenich, calificándolo de "cristiano ejemplar, de ferviente comunión diaria, a quien hace tres años que no veo". Recordó un viaje realizado juntos en 1964, con motivo de una misión rural evangelizadora, y luego concluyó: "Por eso, debido a que no se han realizado los cambios radicales, rápidos y profundos de los que hablara Paulo VI, en Bogotá, estamos entrando en nuestro país en las revoluciones explosivas de la desesperación que preanunciaba el Papa. Y así nos encontramos con el hecho nuevo y asombroso de que jóvenes cristianos de activa militancia en las organizaciones de la Iglesia se ven empujados —por el inmovilismo social y político— a la violencia revolucionaria como última alternativa. Y el rol que le cabe a la Iglesia es iluminar ese proceso de cambio. Porque es muy fácil decir que el Código Civil de Vélez Sarsfield sustenta la necesidad de preservar el 'derecho de propiedad'. Se olvidan de que el código fue dictado después de que 150 'piolas' se apoderaron de las tierras más feraces que le quedaban a mano".[137]

Casi inevitablemente, el diario *La Razón* lo publicó al día siguiente bajo el título: *"Se rindió homenaje al sacerdote detenido por el secuestro de Aramburu en un acto"*.

Un ex–miembro del MSPTM recordaría años después esa coyuntura crítica del 70: "...se agudizaba la campaña de difamación y desprestigio. Como parte integrante de la misma el doctor Carlos A. Sacheri, perteneciente precisamente al nacionalismo católico de extrema derecha que se había nucleado en torno a la revista *Verbo*, publica su libro "La Iglesia Clandestina". La clandestinidad de dicha Iglesia, es decir, fundamentalmente del MSPTM, es denunciada como la subversividad marxista que se viste con el ropaje eclesiástico para introducir de contrabando una ideología que no se puede exponer a plena luz. En dicho libro

los sacerdotes del Movimiento son llamados 'herejes neo-modernistas' y 'marxistas ateos'. Multitud de solicitadas, de artículos, de folletos, pululaban por diversas partes del territorio nacional pidiendo a los obispos la extirpación del 'tumor representado por los curas del Tercer Mundo' ".[138]

En efecto, el libro de Sacheri atacaba duramente al MSPTM y denunciaba su vinculación con el comunismo internacional, ejemplificando con la historia personal de su secretario general, Miguel Ramondetti. También acusaba al sacerdote jesuita Jacinto Luzzi, del CIAS y el Colegio Máximo de San Miguel, y al presbítero Jorge Mejía, director de *Criterio*, de participar de una estructura "paralela" o "clandestina" dentro de la Iglesia católica. El fin de dicha "Iglesia clandestina', con ramificaciones internacionales, era captar al catolicismo en favor de Moscú. Finalizaba su denuncia, señalando a las editoriales Búsqueda y Abril, y a las revistas *Tierra Nueva, Panorama* y *Primera Plana*, como infiltradas por dicha organización.

Recién aparecida su obra, el Dr. Sacheri, vinculado con Jordán Bruno Genta, pronunció una explosiva conferencia en el Colegio San José, de la Capital, durante la cual amplió las denuncias citadas más arriba.

La polémica desatada dentro de la Iglesia arrastraba a todos los sectores a definir una postura. El 15 de julio, el Movimiento Familiar Cristiano emitió una declaración de respaldo al padre Carbone. Desde *Criterio*, el presbítero Mejía proponía un equilibrio entre la extrema derecha de Sacheri y el izquierdismo del MSPTM, en una línea más liberal.

La repercusión en el Gobierno y la jerarquía eclesiástica

El 16 de julio, el gobierno anunció el hallazgo del cadáver de Aramburu, en una propiedad de la familia Ramus, en Timote, provincia de Buenos Aires. En el funeral habló el general Alejandro Lanusse, comandante en jefe del Ejército, miembro de la Junta Militar y verdadero "poder detrás del trono": "...El peso de la justicia habrá de caer inexorablemente sobre los autores materiales del hecho; sobre sus instigadores y cómplices. Sin embargo, la vindicta pública deberá alcanzar también a quienes con su prédica insidiosa, amparados en una libertad de la que se burlan día a día, contribuyen a alentar el empleo de la violencia para solucionar los graves problemas que enfrenta el país y su pueblo. En su campaña solapada no vacilan en utilizar cualquier medio o argumento para conmover la buena fe de la opinión pública, desprestigiar a las fuerzas del orden y disculpar la actitud de quienes, *traicionando las más sagradas investiduras*, contribuyen con su acción disociadora a alentar este nuevo tipo de delincuencia que azota al país".[139]

Ante las crecientes presiones el MSPTM dio a conocer, a nivel regional (Capital) y nacional, sendas declaraciones rechazando los cargos formulados contra Carbone y el Movimiento en general. Calificaban los hechos de una "bien orquestada campaña de desprestigio y sospecha", afirmando que Carbone era ya un nuevo "preso político" del régimen militar. También se preocupaban en denunciar "la maniobra en todo el país y con múltiples elementos para desfigurar el Movimiento del Tercer Mundo, confundiendo calculadamente a la opinión pública sobre su fidelidad al Pueblo, a la Iglesia y al Evangelio de Cristo".[140]

Era evidente que la principal amenaza que temían los tercermundistas era la condena y expulsión de la Iglesia. La Comisión Permanente del Episcopado debía reunirse para la primera quincena de agosto y el tema MSPTM sería el principal en su agenda. Se especulaba con presiones del gobierno en pos de una firme respuesta por parte de los obispos, versión que ganó importancia cuando Adolfo Tórtolo, arzobispo de Paraná y presidente de la Conferencia Episcopal Argentina, Antonio Plaza y Francisco Primatesta visitaron la Casa Rosada.

Todos tenían la sensación de que se acercaba una definición. la opinión pública era informada diariamente sobre el proceso, aunque la idea era de que la condena sería un hecho. "La participación directa o indirecta de algunos sacerdotes en el caso Aramburu, ha producido viva impresión en la opinión pública general, y en los medios católicos eclesiásticos o laicos, en particular... A esta hora de los acontecimientos, ya no es un secreto para nadie, que los sacerdotes para el Tercer Mundo amparan a los implicados en el caso Aramburu, porque incluso

dieron varios comunicados."[141]

A principios de agosto el escándalo ya rozaba al arzobispo Juan Carlos Aramburu, sospechado de connivencia con Carbone y los tercermundistas a raíz del comunicado de abril de 1969.

El domingo 2 de agosto los diarios de la Capital brindaron un espacio notable (incluso en sus portadas, como *La Nación*) a dos declaraciones emitidas por sendos grupos de sacerdotes y laicos.

La primera de ellas, firmada por varios obispos y sacerdotes de todo el país,[142] abría fuego sobre la actitud del tercermundismo frente al asesinato de Aramburu; afirmaba que sus declaraciones iban "desde la condena en sí pero suave, retaceada y matizada, hasta las explicaciones insensatas y las defensas personales más o menos abiertas, y hasta la apología misma del crimen".[143]

Más adelante, la carta recordaba que desde hacía un tiempo "un grupo de sacerdotes cada vez más numeroso, de diversas jerarquías y de todas las latitudes, se halla empeñado en cambiar la imagen de la Iglesia, del cristianismo y aún del mismo Jesucristo. la imagen que quieren ellos presentar es falsa, porque es la de una nueva Iglesia antropocéntrica, volcada sólo en la promoción del hombre, temporalista, materialista y también democratista, en cuanto imaginan al pueblo como sujeto originario de todo poder. (...) Es una peregrina Iglesia la que pretenden imponer: sin principios, ni valores, ni dogmas permanentes; sin una moral esencialmente siempre igual a sí misma; con un sacrificio divino transformado en asamblea puramente humana y temporal; con sacramentos abolidos, cambiados o minimizados; con una autoridad que emana del pueblo y que sólo debe estar atenta a escucharlo, interpretarlo y acatarlo; con instituciones divinas o humanas milenarias o seculares que han de ser derogadas, o devenir caducas, obsoletas".[144]

Después de señalar los errores del tercermundismo, el grupo de obispos y clérigos alertaba sobre algunos síntomas peligrosos: "...pululan las opiniones, las sectas, las oposiciones y las luchas; numerosos clérigos y religiosos abandonan sus puestos de avanzada; los jóvenes dejan de ser atraídos a su servicio; muchos militantes se fatigan o pervierten; tantos hijos la abandonan; los de afuera le

vuelven la espalda, indiferentes o escandalizados".[145]

Finalmente, hacían recaer sobre el MSPTM una durísima acusación, teniendo en cuenta que, en esos días, señalar a un grupo como "comprometido al servicio del marxismo" era prácticamente incitar a su eliminación: "...desde hace muy pocos años ha irrumpido en nuestra vida argentina, como en otros lados de América y del mundo, otro tipo más avanzado todavía de sacerdotes. Son los que no sólo conciben su misión —y la de la Iglesia— como temporalista y secularizante, sino que además se hallan embarcados al servicio del marxismo. Porque son marxistas en la descripción del mundo actual, la interpretación de sus males, la detectación de las causas de los mismos, los remedios que proponen y los métodos que preconizan y emplean. Describen las 'estructuras' de nuestras sociedades occidentales como radicalmente injustas, violentamente opresoras y sin remedio posible. Sostienen que no hay otra solución que la destrucción de las mismas y su reemplazo por una sociedad colectiva o socialista. Piensan que ese cambio debe llegar por presión de los de abajo, para lo cual deben ellos ser conducidos a la toma de conciencia, la resolución y la lucha. Aceptan como el camino conducente la lucha de clases y justifican en ella cualquier medio: el asalto, el secuestro, el crimen, la lucha sangrienta, el caos...".[146]

La otra declaración publicada representaba a una caracterizada capa social, con una típica concepción de la misión de la Iglesia.[147] Una colección de apellidos notables, que podían fácilmente identificarse con lo que los tercermundistas denominaban "oligarquía", se completaba con la infaltable adhesión de varios oficiales de las Fuerzas Armadas. Convencidos de su posición social, del poder que representaban en el país, estos "ciudadanos católicos" advirtieron que "se comprueba de un tiempo a esta parte que ciertos miembros del 'Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo' han hecho de la violencia y del colectivismo marxista la base de su acción destructiva".

Y, con el debido respeto, "solicitaron" a los obispos que arbitraran "todos los medios conducentes a aclarar definitivamente, ante la opinión pública, la posición de la jerarquía eclesiástica argentina frente al denominado 'Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo', de donde han

surgido, por desgracia, tantos apóstoles de la violencia y hasta posibles delincuentes".[148]

En la semana previa a la reunión de la Comisión Permanente de la CEA, nuevas declaraciones se hicieron públicas para presionar por una condena.

Un grupo de cincuenta y ocho laicos,[149] encabezados por Horacio Aguiar, previno que "...el estado totalitario propiciado por esos sacerdotes y sus jóvenes secuaces será, como todos los que se erigieron en el transcurso de la historia, hijo del terror y de la violencia". Más aún, echaba leña a la hoguera del "caso Aramburu": "...Ese crimen monstruoso no ha sido fruto de una acción de los llamados oprimidos sino el fruto de una prédica disolvente que viene envenenando las mentes y los corazones juveniles. Jóvenes recién asomados a la vida y que, por su origen, no han sufrido en su propia carne ni miserias ni las injusticias, han sido lanzados al empleo de la violencia por quienes propician viejas utopías y nuevas ilusiones y predican que el Che Guevara y el sacerdote guerrillero Camilo Torres son los ejemplos que la juventud debe imitar". Para concluir, los firmantes se refirieron al "proyecto tercermundista": "...se nos abruma últimamente con el indefinido slogan del cambio de estructuras, que no mencionan o no se ofrece con qué substituirlas, y se comienza por hablar, por algunos sacerdotes que se dicen del Tercer Mundo, de un llamado socialismo auténtico, como panacea de nuestra situación. (...) proponen la instauración de un estado totalitario y colectivista, estado en el cual la pobreza evangélica y la comunidad de bienes no serían la consecuencia de una decisión espontánea y autónoma de hombres con vocación de perfección".

El cúmulo de acusaciones, estridencias y agresiones creció con la carta del 4 de agosto, redactada por el "Movimiento de Afirmación del Magisterio de la Iglesia". Calificaba la situación creada de verdadera crisis, provocada por "los jóvenes que se creen inspirados en el Evangelio, pero que responden a un esquema de neto cuño marxista". El objetivo principal de la carta era la defenestración de los sacerdotes tercermundistas: "...como católicos, solicitamos a la autoridad religiosa, a nuestros pastores, obispos y sacerdotes que continúen predicando la verdad del Evangelio y no la truequen por un adoctrinamiento

subversivo sin ningún contenido sobrenatural, reñido en su totalidad con nuestra fe y las esencias de la patria. Y en especial rogamos a nuestros obispos que se decidan a apartar de los seminarios y de las universidades católicas a todos aquellos que utilizan la cátedra para corromper las inteligencias de nuestros compatriotas".[150]

En Rosario, núcleos decididamente derechistas del "Movimiento de las Juventudes Católicas" ampliaban el espectro de los ataques verbales a la Jerarquía, al Vaticano II, Medellín, la Populorum Progressio y Pablo VI.

Por otra parte, también participaron del debate público planteado algunos grupos de sacerdotes y laicos simpatizantes del movimiento tercermundista, aunque la difusión de sus posiciones fue más reducida que las anteriores. Un importante número de seminaristas cordobeses, sacerdotes de Catamarca y Rosario salieron a respaldar el accionar del tercermundismo; en la Capital, una "Comisión Popular de apoyo a los sacerdotes el Tercer Mundo" convocó a un acto, el jueves 5 de agosto, en la sede del sindicato telefónico. Las Comisiones Nacional y Arquidiocesana del Movimiento Familiar Cristiano rechazaron los ataques al MSPTM y solicitaron el cese de las agresiones entre distintos sectores de la Iglesia. Por último, un manifiesto de 105 laicos encabezados por Carlos Coppini hizo una encendida defensa de los sacerdotes acusados, a la vez que denunciaba una campaña deliberada de desprestigio.

Horas antes de la reunión de la comisión Permanente de la CEA, un analista político[151] apuntaba como colofón del proceso: "Tenemos que enfrentar un hecho tan sombrío como insoslayable: el terrorismo cuyo auge contemplamos se alimenta ideológicamente no sólo del marxismo sino también de ciertas interpretaciones extremas de la doctrina cristiana, que ha venido a institucionalizarse de alguna manera en el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo".

El 5 de agosto, mientras la Comisión Permanente del Episcopado deliberaba sobre la complicada situación, el pro-Vicario castrense Victorio Bonamín inauguró el ciclo lectivo de la Escuela Superior Técnica del Ejército. Ante decenas de oficiales, Bonamín habló de las tensiones que agitaban el seno de la Iglesia, deplorando "que se haya perdido la aparente tranquilidad de ayer". Dijo: "La hora

presente es hora de tempestad, es hora de transición. Estamos ante un momento de prueba. Existe una especie de crisis que puede resultar fatal. Vivimos un momento decisivo para la vitalidad de la Iglesia".[152] A continuación trazó un panorama de las líneas internas de la Iglesia, sin dejar de mencionar al movimiento tercermundista. El recuerdo de los vínculos denunciados por la misma cúpula del Ejército entre jóvenes oficiales y el MSPTM (caso Licastro, 1969) guiaba, seguramente, el pensamiento de Bonamín. Alertó sobre "los que mantienen una visión sociopolítica de la Iglesia, cercanos al marxismo, si no decimos directamente marxistas. Atacan continuamente a los gobiernos, están permanentemente en contra de lo que llaman 'el sistema'; en contra de la injusticia social". Analizando específicamente al MSPTM, repudió lo que consideraba sus "métodos": "En primer término, la crítica demoledora contra la institucionalidad de la Iglesia. Les irrita que haya Papa, obispos, calendario, autoridad eclesiástica, etcétera. En general, propugnan cambios de toda naturaleza y toda magnitud. Algunos que parecen como oportunos, otros que pueden ser calificados como criminales o descabellados preconizan métodos de lucha, la rebelión, la toma del poder. Están contra el cardenal Caggiano, por ejemplo, porque éste está junto al poder del gobierno, y se acercan a otro poder, al de la CGT, con miras a lograr otro, el de la Casa Rosada".

La Declaración de la Comisión Permanente del Episcopado (12-8-70)

Con la participación del cardenal Caggiano y los arzobispos Adolfo Tórtolo, Raúl Primatesta, Antonio Plaza, Juan Carlos Aramburu y Vicente Zazpe, entre otros,[153] la Comisión Permanente emitió al fin un documento dirigido "a nuestros colaboradores: sacerdotes diocesanos y religiosos y a todo el pueblo de Dios". Ansiosamente esperado por los sectores católicos opuestos al tercermundismo, el texto era una verdadera condena aunque no llegaba a medidas extremas como la expulsión.

Evidentemente, la jerarquía eclesiástica debió considerar poco útil una decisión más dura dadas las condiciones en que se había desarrollado la reunión de la Comisión. Por

otra parte, no cabía duda de que los tercermundistas habían hecho todo lo posible para evitar una prohibición o la expulsión de la Iglesia, y además contaban con fluidos contactos ante varios obispos. Entre ellos se contaban Zazpe, Cafferata y Aramburu en la Comisión Permanente; Antonio Brasca, Alberto Devoto, Jaime de Nevares, Eduardo Pironio, Juan Carlos Ferro, Jerónimo Podestá, Antonio Quarracino, Italo Di Stéfano, Enrique Angelelli y Ponce de León, en la Conferencia Episcopal Argentina. Esto significaba que una condena abierta al movimiento tercermundista era imposible sin arriesgarse a una fractura en la mismísima cúpula de la Iglesia. Se explicaba así una introducción bastante moderada en la Declaración, en la cual se argumentaba que en las circunstancias vigentes (violencias, secuestros, asesinatos, protestas y confusión) "es fácil hacer cargos, pero no pocas veces sin las condiciones necesarias de objetividad, justicia, equidad y sin la cordura que exige la prudencia".[154]

En lo referente al tercermundismo como grupo sacerdotal se le recriminaba su "rebeldía" ante la Jerarquía. Transcribiendo párrafos del Concilio Vaticano II ("El ministerio sacerdotal, por el hecho de ser ministerio de la Iglesia misma, sólo puede cumplirse en comunión jerárquica con todo el cuerpo"), los obispos señalaban el "peligroso error" que minaba la unidad de acción de la Iglesia. Reafirmaban que esta doctrina conciliar era "obligatoria para todos y cada uno de nosotros. Quien no acepte esta verdad está quebrantando la unidad de la Iglesia". Por último, advertían que "los movimientos de grupos sacerdotales no pueden ni deben actuar sin estar en comunión con sus propios obispos y, en último término, con el Pastor supremo de la Iglesia".

Esta observación sobre el valor del respeto a las jerarquías se complementaba con la denuncia de actitudes decididamente desviadas, según los obispos, de la misión de sacerdotes y religiosos establecidas por la Iglesia. Recordaban que a éstos no les incumbe en el orden económico y social, y menos en el político, tomar decisiones o asumir liderazgos como así tampoco proponer o estructurar soluciones. Por lo tanto, atacaban las resoluciones del Tercer Encuentro Nacional de MSPTM (2-5-70), en las cuales se adhería al proceso revolucionario y se hacía

opción por un socialismo latinoamericano "que implique necesariamente la socialización de los medios de producción del poder económico y político y de la cultura".[155]

"No corresponde ni es lícito a ningún grupo de sacerdotes ni por su carácter sacerdotal, ni por la doctrina social de la Iglesia a la cual se opone, ni por el carácter de revolución social que implica la aceptación de la violencia como medio para lograr cuanto antes la liberación de los oprimidos", concluyeron los obispos, en los párrafos más duros de su declaración.[156]

En este punto, el documento pasaba a la crítica de algunos aspectos ideológicos del tercermundismo. Los obispos consideraban que la Doctrina Social de la Iglesia era incompatible con los principios enunciados por el MSPTM, sobre todo cuando éste creía "necesario erradicar definitiva y totalmente la propiedad privada de los medios de producción".[157]

La revolución social que impliçaba la definición de que "no habrá socialismo auténtico en Latinoamérica sin esa toma del poder por auténticos revolucionarios, surgidos del pueblo y fieles a él",[158] era repudiada como generadora de mayores violencias e injusticias. Y, como era de esperar, los obispos aprovechaban la ocasión para hacer una importante aclaración: "La declaración del Episcopado argentino, al término de la llamada reunión de San Miguel, es frecuentemente invocada para avalar la revolución social". Se referían a la utilización del documento "Justicia", en particular de los párrafos en los que el Episcopado había dicho: "Comprobamos que, a través de un largo proceso histórico que aún tiene vigencia, se ha llegado en nuestro país a una estructuración injusta. La liberación deberá realizarse, pues, en todos los sectores en que hay opresión: el jurídico, el político, el cultural, el económico y el social".[159]

Muchos documentos y declaraciones basaban sus actitudes en aquellas palabras, de las que derivaban conclusiones que ahora los obispos denunciaban. para ello recordaban otro tramo del mismo documento: "La necesidad de una transformación rápida y profunda de la estructura actual nos obliga a todos a buscar un nuevo y humano, viable y eficaz camino de liberación con el que se superarán las estériles resistencias al cambio y se evitará caer en las opciones extremistas, especialmente las de inspiración marxista, ajenas no sólo a la visión cristiana, sino también al sentir de nuestro pueblo".

Más allá de las amonestaciones, la Comisión Permanente de la CEA buscaba sellar las peligrosas heridas abiertas en el cuerpo de la Iglesia, evitando el cisma al que podían sentirse impulsados los tercermundistas.

Si bien el peso de esta corriente no era tan significativo dentro de la estructura eclesiástica como para afectarla decisivamente en caso de una ruptura, no era menos cierto que su poder de convocatoria entre los fieles había crecido notablemente. Por otro lado, recordemos la simpatía que despertaba entre buena parte del Episcopado y aún en algunas órdenes religiosas de peso como la jesuita.

Fue así que los obispos cerraron su declaración con una convocatoria a la unidad, con el fin de cerrar "las grietas que puedan haberse abierto".

Los sacerdotes para el Tercer Mundo recibieron en silencio la Declaración, aunque ello no significó que lo hicieran con pasividad. Los agrupamientos regionales del MSPTM hicieron llegar sucesivamente al Secretariado sus observaciones sobre la Declaración. En octubre de 1970, se reunían finalmente los máximos responsables a fin de dar forma a una respuesta.

La respuesta del movimiento tercermundista al Episcopado

Consideramos que el movimiento tercermundista tiene seis o siete documentos principales, en los cuales se han expuesto en forma sistematizada sus principios teológicos e ideológicos; ellos son, en orden cronológico:

1) El informe sobre la violencia enviado a Medellín (1968)
2) "Nuestras Coincidencias Básicas" (documento del II Encuentro Nacional, 1969)
3) "Comunicado de Santa Fe" (documento del III Encuentro Nacional, 1970)
4) "Nuestra Reflexión: carta a los obispos argentinos" (1970), texto fundamental que analizaremos a continuación.

5) "Comunicado de Carlos Paz" (documento del IV Encuentro Nacional, 1981)
6) "Dependencia o Liberación" (documento del V Encuentro Nacional, 1972).

A todos ellos podría sumarse el "Mensaje de los 18 Obispos del Tercer Mundo" (1967), documento al que adhirieron los sacerdotes que luego crearían el MSPTM.

No ignoramos que existen numerosas declaraciones, artículos y conferencias pronunciadas a lo largo de aquellos años por grupos regionales o miembros importantes del MSPTM. Incluso hemos dado cuenta de ellas en este estudio porque las hemos considerado útiles y ampliatorias, pero por una cuestión metodológica sólo otorgaremos representatividad a los documentos ya enumerados.

Hemos comentado los tres primeros documentos con anterioridad, pasamos ahora a la respuesta del MSPTM a la declaración de la Comisión Permanente. En los casos que así lo requieran recordaremos algunos conceptos presentes en los otros textos, pero creemos que "Nuestra Reflexión..." fue realmente un escrito amplio y concreto. El secretario del Movimiento en la diócesis de Avellaneda, Natalio Luis Jovanovich lo caracterizó en su momento: "Son 32 carillas 'tipo oficio'. Tiene 133 citas de Fuentes Eclesiales. Para el 'frente interno', en el decir del laicado, fue un 'gol de media cancha'. No intenta ser nada definitivo ni nada que se le parezca, sólo un elemento de clarificación, de afirmación, y de diálogo. El Episcopado no respondió...".[160]

"Nuestra Reflexión..." desarrollaba a través de un esquema ordenado y simple la argumentación tercermundista.

En la Introducción, el MSPTM aceptaba la invitación a la reflexión hecha por los obispos pero aclaraban: "No podemos descontar de antemano que tengamos errores, no sólo porque somos falibles, sino también porque el rumbo que hemos tomado no es trillado y nos obliga a descubrir de un modo nuevo y concreto verdades viejas y que muchas veces nos han llegado solamente en forma abstracta. Pero tampoco se trata de comprobar, a toda costa, que tenemos errores. En circunstancias en las que, como dice la declaración: 'es fácil hacer cargos', pues se trataba

de encontrar a alguien que fuera el 'culpable' de los males del país y de la Iglesia. No podíamos asumir la actitud infantil de dejarnos persuadir fácilmente de errores y culpas que otros —el gobierno y la prensa en primer lugar— descargaban sobre nosotros. Si bien estamos dispuestos a hacer penitencia no lo estamos para servir de chivos emisarios de aquellos que quieren descargar su propia conciencia, encontrando que los culpables son 'otros'."[161]

Decididos a defender sus posiciones, los Sacerdotes para al Tercer Mundo relativizaron la representatividad de la Comisión Permanente del Episcopado, en un giro arriesgado pero finalmente efectivo. al contar con fuertes simpatías entre el conjunto de los obispos (como hemos visto en páginas anteriores), los tercermundistas jugaron una carta importante: agudizar las diferencias dentro del Episcopado y clausurar una posible expulsión y/o prohibición durante la cercana reunión de la Conferencia Episcopal Argentina.

Ellos dijeron: "Por cierto, desde un punto de vista estatutario y jurídico, la Comisión Permanente tiene, en estos casos, la representación de todo el Episcopado Argentino. precisamente porque todo el Episcopado Argentino asume en estos casos la responsabilidad, es que *nos dirigimos a todos los Obispos.* No obstante, *no ignoramos que no todos los Obispos han conocido, discutido y suscripto personalmente dicha declaración. Comprendemos que la mayor parte de ellos tiene en estos casos, sólo una responsabilidad indirecta.* Por consiguiente, aún acogiendo la declaración con respeto religioso, comprendemos que *no podemos darle el mismo valor que a aquellos documentos que han sido personalmente discutidos y firmados por todo el Episcopado.*"[162]

Y como corolario, establecieron una gradación jerárquica entre varios documentos, en la cual la Declaración de la Comisión Permanente ocupaba el último lugar: "Concretamente no podemos dar el mismo valor a esta declaración que a la del Episcopado Argentino en San Miguel o al Plan Nacional de Pastoral del mismo. Tampoco podemos dar el mismo valor a la Declaración de San Miguel que a las conclusiones de la II Conferencia del Episcopado Latinoamericano realizada en Medellín y aprobada por la Santa Sede."[163]

El fundamento de esta clasificación era la diferenciación

entre líneas pastorales, el MSPTM legitimaba su identidad a través de Medellín y San Miguel, con lo cual clarificaba los verdaderos motivos del enfrentamiento dentro de la Iglesia argentina: se disparaba sobre el MSPTM, pero el verdadero objetivo era Medellín, la Iglesia de la Populorum Progressio, comprometida con el cambio de estructuras. Acallando las estridencias molestas del tercermundismo, se intentaba neutralizar el progresismo de no pocos obispos. San Miguel parecía olvidado por lo miembros más encumbrados del sector conservador del Episcopado (Tórtolo, Caggiano, Bonamín, Medina, Primatesta, Bolatti, Buteler, Iriarte, Aguirre, etc.). Los sectores liberales, por su parte, eran más moderados en su crítica al tercermundismo; habían advertido también sobre el "peligroso" vocabulario adoptado en Medellín y transferido a la Argentina a través de San Miguel. Conceptos como "liberación", "estructuración injusta, "cambio de estructuras", erizaban la piel de muchos católicos que se resistían al nuevo rostro de la Iglesia, perfilado en la segunda mitad de los sesenta.

Para el MSPTM, Medellín, la Declaración de San Miguel y el Plan Nacional de Pastoral "manifiestan una inspiración muy diversa de la que deja entrever la declaración de la Comisión Permanente. Tan diversa que no sólo nos pone ante la tarea de 'integrar' diversos aspectos indicados por unos y otros documentos, sino ante la alternativa de optar por una u otra línea pastoral. Esto se debe también a que hemos tenido la impresión de que se trata de una declaración notablemente descompensada; tan descompensada que parece dejar atrás líneas pastorales antes asumidas por el Episcopado Argentino".[164]

Autodefinida la ubicación del MSPTM, el texto continuaba con la refutación de la supuesta imparcialidad de la Comisión Permanente. Dispuestos a asumir el enfrentamiento sin medias tintas, los tercermundistas no dudaban en denunciar una persecución: "...la declaración concluye refiriéndose al análisis de las 'principales tendencias que en el seno de nuestra Iglesia han tomado estado público'. Pero en la declaración de la Comisión Permanente, ha sido analizada sólo una tendencia: la representada por el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo. (...) La Comisión Permanente se dirige a todos para decirles que alguno —el grupo de Sacerdotes para el Tercer Mundo—

es el que tiene errores".[165] Y finalmente insistían en desbaratar la estrategia de la Comisión: "Nos parece completamente correcto y legítimo que el Episcopado se refiera en su crítica y refutación a un grupo en particular del Pueblo de Dios, si juzga que sólo ese grupo tiene errores y adopta actitudes no eclesiales. Pero si ese es el juicio de los Obispos, no tienen por qué insistir en que dirigen sus palabras de enjuiciamiento a todos, como queriendo poner de relieve una imparcialidad de juicio que, de hecho, en el texto no aparece".[166]

El espacio dedicado al tema "revolución social" en la respuesta del MSPTM era notoriamente predominante. Esto no era casual, dado que la condena episcopal había girado principalmente alrededor de ese término.

Los tercermundistas reivindicaron el uso del mismo recordando las dificultades que otros conceptos como el de "evolución", "reforma" y "cambio de estructuras" habían tenido hasta ser aceptados por las autoridades de la Iglesia.

"Hasta hace poco no gustaba que se usara la palabra 'liberación'; pero esa palabra ha sido usada por Medellín y por el Episcopado Argentino. Lo mismo sucede ahora con *la palabra* 'revolución' que sin embargo comienza a ser usada, dentro y fuera del país por muchos Obispos. Lo mismo ocurre con la palabra 'socialismo' o con la expresión 'compromiso temporal'."[167]

Las observaciones que asimismo hacían con respecto al contenido y las formas de esa "revolución" merecen una transcripción completa. Su valor radica en la facilidad con que nos permite acceder al pensamiento tercermundista, por lo cual preferimos evitar mutilaciones, por pequeñas que fuesen.

"No estará de más aclarar que el término 'revolución' ya hace tiempo se ha desligado de sus *connotaciones marxistas-leninistas*, para pasar a formar parte del lenguaje común y de las ideas claves de los grandes estudiosos de la historia. Dicha palabra es empleada no sólo por grupos cristianos o sacerdotes a los que se califica de 'revolucionarios', sino también por diversos autores de 'ética cristiana' y de 'doctrina social' de la Iglesia.

Algunos llegan a pensar que, así entendido el término, la revolución no sólo es éticamente aceptable, sino obliga-

toria en las actuales circunstancias.

No sabemos en qué documento del magisterio de la Iglesia *haya sido condenada* la revolución *así entendida*, ni a qué doctrina contenida en ese magisterio, se opone.

Pero la insistencia de la declaración en hablar de revolución social, nos hace pensar que la Comisión Permanente vería la malicia de la revolución en el hecho de que ella sea 'social', como si la única revolución éticamente legítima en algunos casos fuera la 'política'.

De este modo, quedarían legitimadas por la moral cristiana y por la Iglesia, las 'revoluciones' palaciegas provocadas en la Argentina por las élites de poder y que no han consistido sino en sustituir a algún general por otro general."[168]

Nuevamente, apoyaban su argumentación en los documentos del Vaticano II, la Populorum Progressio y Medellín.

Misión de la Iglesia ante los cambios

Desde otro punto de vista, los tercermundistas consideraban la resistencia de la Iglesia a los cambios históricos como una constante de su conducta ante los distintos períodos de transición. La expansión el mensaje evangélico en medio de la sociedad esclavista no se produjo sin traumas, pero dio como resultado una sociedad distinta, como la feudal, más humana que la precedente a los ojos de los tercermundistas. La transición del feudalismo al capitalismo, a su vez, halló a la Iglesia muy atada a los poderes políticos de corte absolutista.

"En el marco de esta nueva sociedad se realizan las revoluciones latinoamericanas, —resume el MSPTM— nuevamente condenadas por la postura oficial de la Iglesia unida a la Corona Española, pero aceptadas por el Clero nativo, que tiene en ellas una participación muy activa."[169]

No hace falta demasiado perspicacia para descubrir el interés de los tercermundistas en pasar revista a las actitudes de la Iglesia a lo largo de la historia: legitimar sus posiciones a partir de antecedentes históricos de peso. Si el bajo clero había participado activamente en la Primera Revolución de Independencia, los tercermundistas continuaban esa línea para impulsar la Segunda Emancipación. Si, en principio, se ha opuesto a los transformaciones, "la Iglesia termina aceptando el nuevo orden de cosas que surge de estas revoluciones. Los miembros del clero que participaron en ellas hoy son considerados como próceres y la Iglesia no deja de ver en ellos a los precursores de su propia nueva situación."[170]

"Lo menos que podemos concluir sobre esto es lo siguiente: a la Iglesia, como cuerpo visible, le faltó el sentido de lo profético, no supo ver por dónde pasaba el Espíritu de Dios empujando la historia".[171]

"Estamos hoy ante una nueva conmoción del mundo y ante una nueva era en América latina, y ante *la segunda emancipación* de América, ante su desesperado forcejeo por escapar a su dependencia de las grandes potencias que se han repartido el mundo".[172]

"(...) Esta verdadera revolución de las conciencias y de las profundas exigencias de los pueblos de Latinoamérica, está en marcha. Ella se realizará con nosotros, sin nosotros o contra nosotros".[173]

La opción por el socialismo

En este punto, la respuesta del MSPTM atacaba la mutilación al texto citado por la Comisión Permanente sobre socialización de los medios de producción, utilizado para censurarlo. Según los tercermundistas, "para hacernos este reproche pareciera que la Comisión Permanente necesitó podar el texto de nuestra más rica expresión explicativa del mismo". En efecto, la frase omitida en el párrafo agregaba a la consideración sobre la necesaria "erradicación definitiva y total de la propiedad privada de los medios de producción", la siguiente aclaración: "Vale decir: erradicar para siempre el concepto de la empresa basada en el lucro como incentivo para el trabajo."[174]

Esta conclusión era justificada a partir de las fuentes típicas, la Populorum Progressio, el Mensaje de los 18 Obispos y Medellín. El socialismo al que aspiraban los tercermundistas era caracterizado como un proyecto en el cual existía un nivel "ético", orientado hacia el *hombre nuevo*, y otro, "técnico". Como este se componía de los

métodos, procesos y técnicas correspondientes a las distintas disciplinas encargadas de formular las medidas para alcanzar la "sociedad socialista", los tercermundistas declinaban hacer propuestas en este nivel. En cambio, sobre los aspectos éticos, afirmaban que ciertas pautas eran fundamentales:

"—Una sociedad en la que todos los hombres tengan acceso real y efectivo a los bienes materiales y culturales;
—Una sociedad en la que la explotación del hombre por el hombre constituya el delito más grave.
—Una sociedad cuyas estructuras hagan imposible esa explotación".[175]

También se mostraban preocupados por diferenciarse del modelo soviético, de sus "realizaciones imperfectas y aún aberrantes". En ese sentido, creían que "el socialismo no implica necesariamente los errores del colectivismo totalitario, de ateísmo y la persecución religiosa. Es falso identificar el socialismo con el 'stalinismo', sus persecuciones y sus crímenes. La prensa capitalista, por otra parte, ha creado una identidad y ha exhibido ese fantasma para aterrorizar y confundir".[176]

Finalmente, exponían las características principales que consideraban debía poseer ese proyecto socialista: nacional, popular, latinoamericano, humanista y crítico.[177]

La violencia

El documento tercermundista rechazaba expresamente la acusación de "violentos" y reiteraba, a la vez, la teoría de la "violencia institucionalizada", que justificaba la lucha violenta desde el pueblo. "... no han podido citar ningún documento del Movimiento donde se haga la apología de la violencia",[178] recordaban, mientras referían su posición a la tradición evangélica.[179] "Para el Evangelio y la tradición cristiana, el rechazo violento de la violencia infligida a los derechos radicales del ser hombre, está, no precisamente desautorizado, pero sí doblemente condicionado: 1) sólo es legítimo recurrir a ella como recurso extremo; 2) y

siempre que su uso no desencadene un mal mayor".[180]

"La Iglesia no ha desautorizado nunca a las fuerzas armadas, como recurso de un pueblo soberano, para defender sus legítimos derechos. Tampoco ha desautorizado el recurso de la violencia en el caso de una tiranía radical y prolongada."[181]

La posición del Movimiento se apoyaba incluso en la historia de la Iglesia, signada muchísimas veces por el recurso de la fuerza. Las Cruzadas, las guerras de Cristiandad en defensa del Santo Sepulcro, y los conflictos con príncipes europeos, daban fe de ello.

"En esta materia más valdría pedir público perdón de nuestras dudosas actitudes pasadas que hacer estridentes declaraciones de puritanismo, que, en todo caso, en nada contribuyen a esclarecer un momento tan arduo y tan difícil de nuestros pueblos latinoamericanos y de Argentina",[182] afirmaba el MSPTM, desde una osada posición revisionista.

Socialismo, violencia y jerarquía eclesiástica

Apoyados en esta interpretación de la violencia, el MSPTM declaraba que la instauración del socialismo podía o no ser producto de un proceso violento: "ello depende de quienes detentan privilegios", aclaraban basándose en Medellín.

Enfocando a la Jerarquía, reflexionaban: "es extraño que nuestros obispos se sientan conmovidos y recuerden que el uso de la violencia es ilegítimo sólo cuando son los poderosos quienes sufren el impacto. Quisiéramos que nuestros obispos condenasen por lo menos con tanta fuerza como lo hacen contra los revolucionarios la brutal represión policial, los salarios de hambre, la entrega al imperialismo, la situación de los aborígenes. En una palabra, la violencia opresora".[183]

Y avanzaban, en este sentido, manifestando las dificultades que encontraban numerosos sacerdotes para encolumnarse tras sus superiores jerárquicos. "Confesamos que a veces esta comunión nos resulta dolorosa, debido a que los explícitamente señalado en el Concilio y por los obispos en documentos oficiales, es por ellos mismos,

distintamente interpretado y no coherentemente practicado."[184]

En conclusión, la respuesta del MSPTM resultó contundente y mantuvo a salvo su pertenencia a la Iglesia. Los tercermundistas hicieron llegar las copias del trabajo en forma personal a cada obispo, eludiendo a la prensa. No hubo una réplica del Episcopado, aunque las expresiones individuales de algunos prelados fueron significativas: "... las sospechas de heterodoxia se han disipado. Estos curitas poseen un 95% de aciertos y un 5% de gaffes, producto del temperamento de algunos y la demagogia de otros".[185]

Nuevos problemas para los tercermundistas

El 7 de septiembre, la policía sorprendió a la cúpula montonera en William Morris, provincia de Buenos Aires. En el tiroteo murieron Gustavo Ramus y Fernando Abal Medina; Luis Rodeiro fue apresado y el resto consiguió escapar. Los muertos, co–fundadores de "Montoneros" y partícipes del asesinato de Aramburu, fueron despedidos por numeroso público, incluso religiosos y religiosas. En su mayoría católicos, los grupos que adhirieron al duelo reconocían a grandes rasgos orígenes nacionalistas y peronistas: la Alianza Libertadora Nacionalista, el Movimiento Nacionalista Tacuara, las Fuerzas Armadas Peronistas, el Movimiento de la Reconquista Argentina, las 62 Organizaciones Peronistas, la CGT de los Argentinos, el Sindicato Universitario de Derecho y el Sindicato Universitario Argentino.

En la parroquia de San Francisco Solano, el padre Hernán Benítez y los sacerdotes tercermundistas Mugica, Vernazza, Adur y Ricciardelli, oficiaron la misa de cuerpo presente. En un clima tenso, a menudo interrumpido por gritos y consignas, el padre Carlos Mugica digo: "No puedo sino pronunciar unas palabras de despedida para quienes fueron mis hermanos Carlos Gustavo y Fernando Luis, que eligieron el camino más duro y difícil por la causa de la dignidad del hombre. No podemos seguir con indefinición y con miedo, sin comprometernos. Recuerdo cuando con Carlos Gustavo hicimos un viaje al norte del país y allí lo vi

llorar desconsolado al ver la miseria y el triste destino de los hacheros. Fue fiel a Cristo, tuvo un amor concreto y real por los que sufren; se comprometió con la causa de la justicia, que es la de Dios, porque comprendió que Jesucristo nos señala el camino del servicio. Es un ejemplo para la juventud, porque tenemos que luchar para alcanzar la sociedad justa y superar el mecanismo que quiere convertirnos en autómatas. Que este holocausto —el de Abal Medina y Ramus— nos sirva de ejemplo."[186]

En aquellos días del '70 las palabras de Mugica no podían menos que desatar la ira de las autoridades. Por su parte, el padre Hernán Benítez despidió a ambos jóvenes en un tono provocativo y patético: "Abal Medina y Ramus fueron cristianos. pido perdón a Dios por la muerte de ellos, que fueron asesinados por la Nación, que no supo comprenderlos, darles un camino, colmar su sed de justicia. Su muerte, ante Dios, es un holocausto. La sociedad los ha juzgado, castigado y destruido, pero si tienen que responder ahora a la inquisitoria del Señor —¿has dado de comer al hambriento y de beber al sediento?—, ellos pueden responder que han dado sus vidas para que en el mundo no hubiera hambre ni sed. Nos sentimos responsables de estas vidas jóvenes tronchadas. En la misma Iglesia hay responsabilidad porque no escuchó su llamado angustioso por la justicia. Pido perdón a Dios, por el mal ejemplo que quizás hemos dado los sacerdotes, preocupándonos por cosas intrascendentes mientras el dolor y la injusticia nos rodeaba y torturaba a estos jóvenes, que prefirieron el duro camino para luchar por el pueblo y su justicia, silenciado pueblo, sin voz ni voto. Señor: te damos muchas gracias por estos muchachos. No eligieron el camino fácil. Esto podrá ser calificado de muchos modos, pero a los ojos de Dios es un holocausto. Pido perdón como cristiano y sacerdote, porque como miembro de esta sociedad no pude ofrecerles lo que ellos anhelaban".[187]

Los otros sacerdotes tuvieron consideraciones similares, pero los diarios sólo publicaron los mensajes de Mugica y Benítez. Ya en el cementerio de la Chacarita, el ambiente místico fue reconstituido por el hermano de Abal Medina. Ante la sepultura exhortó a la exaltada multitud: "... Recemos un Credo, que es lo que mantuvo a mi hermano en la lucha y por ese credo él murió (...). Frente a la

Argentina melancólica de ahora, estos cuerpos montoneros de la ciudad terrena que han alcanzado ya la Ciudad Celestial representan la Argentina prometida, que Dios quiso que naciera al amor de su coraje y su silencio".[188]

Tras los responsos tercermundistas frente a las tumba de Ramus y Abal Medina, la prensa, la Iglesia, el gobierno y las Fuerzas Armadas se sacudieron. Se solicitaron las sanciones más fuertes y finalmente se produjo la detención de Benítez y Mugica por la Policía Federal, bajo la acusación de apología del crimen. Tres días después fueron excarcelados, sin perjuicio de la continuación del proceso.

A fines de año, el 16 de diciembre exactamente, se conoció la sentencia judicial sobre los implicados en el "caso Aramburu". El sacerdote Alberto Carbone recibió una condena de dos años de prisión en suspenso, por el delito de encubrimiento. Sus ex compañeros del presidio de Villa Devoto, en el pabellón 23, le obsequiaron el día de su egreso del penal "una vieja camiseta con la firma de todos bordeando la imagen de una máquina de escribir Olivetti (la prueba del delito). 'Volvé Carbone', rezaba una leyenda".[189]

Mientras en Tribunales se leía la condena, miembros del MSPTM realizaban una manifestación de protesta frente al edificio. Carbone celebró su primera misa en libertad el 28 de diciembre, Día de los Santos Inocentes, en la capilla del colegio Sagrado Corazón.

Ante una nutrida concurrencia, comentó: "El hecho de que esta misa la celebremos el Día de los Santos Inocentes... es mera coincidencia", mientras, según un cronista, una sonrisa se dibujaba tras "unas gruesas gafas".[190]

En enero de 1971, se publicaba un informe "secreto" de inteligencia militar en la revista *Primera Plana*, en el cual se advertía sobre la peligrosidad del MSPTM.

El informe, elaborado supuestamente por la Jefatura II de Inteligencia del Estado Mayor Conjunto, se titulaba "El Tercer Mundo y la Iglesia Argentina". Clasificaba a los integrantes del MSPTM en tres categorías: *progresistas* (66%), "Involucra la mayoría del Movimiento. Poseen fundamentos racionales, autenticidad y formación suficiente. Son encomiables y merecen consideración y apoyo por parte de la Iglesia y el Gobierno"; *revolucionarios* (30%): "Son minoría. Más políticos que religiosos, carecen de formación y objetividad"; *subversivos* (4%): "Tienen participación activa en actos extremistas y padecen influencias foráneas y extremistas".[191]

Luego de hacer un análisis sobre las influencias intelectuales y políticas que reconocía el tercermundismo, el informe militar pronosticaba tiempos duros para éste: "O pierde virulencia y se desdibuja paulatinamente, o se ubica abiertamente en la ilegalidad. Su mística e ímpetu juvenil no conocen, desgraciadamente, la templanza y el equilibrio".[192]

Poco después, se acusaba a los tercermundistas de estar vinculados a un descubrimiento de explosivos en Santa Fe. El coronel Bassani Grande, jefe de Policía de esa provincia, declaró: "... No hay dudas que los causantes de esta situación como de otras similares que sufre el país son los malditos curas del Tercer Mundo".[193]

La reacción fue terminante, sin pruebas fehacientes de su acusación, el coronel debió renunciar. Sin embargo, el episodio reavivó los enfrentamientos verbales del '70. "... debe quedar bien claro que el infortunado epílogo no limpia las impurezas de la 'doctrina' malsana de quienes han renegado, quiéranlo o no, de votos solemnes y precisos, reiterada y suficientemente recordados por la más alta jerarquía eclesiástica y por todos aquellos que, sacerdotes y laicos, se mantienen fieles a su religión".[194]

La situación política se agravaba al calor de nutridas manifestaciones de protesta a través de todo el país. El "Viborazo", en la provincia de Córdoba, apuró el fin de la gestión de Levingston. El 23 de marzo, el general Lanusse asumía el Poder Ejecutivo luego de que la Junta Militar que él mismo integraba separara del cargo presidencial al efímero sucesor de Onganía. Lanusse llegaba a la Casa Rosada con el objetivo de convocar a un acuerdo político que facilitara la normalización institucional y descomprimiera la presión popular. Ese proyecto se conocería mas tarde como el "Gran Acuerdo Nacional" (GAN).

Durante el mes de abril, entretanto, una comisión integrada por Jorge Vernazza (MSPTM), Rafael Tello (Seminario de Villa Devoto), Pedro Bordoni (Consejo de Pastoral) y Julio Meinvielle ("antitercermundismo"), trató la situación interna de la Iglesia, y su actitud ante el Gobierno. Las reuniones de esta comisión se habían iniciados a fines del 70 con motivo del enfrentamiento entre la Comisión Permanente del Episcopado y el MSPTM.

El 17 de abril, entretanto, se reunían en Paraná secretarios y coordinadores del MSPTM con motivo del próximo encuentro nacional, a realizarse en Carlos Paz, Córdoba. El tema principal: preparación de un informe a discutir en el Encuentro sobre la realización peronismo–socialismo.

En junio, los diarios de la Capital dejaban "trascender" la preocupación gubernamental sobre un "vasto plan subversivo", en el que aparecían implicados los sacerdotes para el Tercer Mundo.

Una nota informaba sobre una supuesta reunión de coordinación subversiva llevada a cabo en el Uruguay. Allí habrían concurrido sacerdotes del Movimiento junto a dirigentes de un "Movimiento Revolucionario Nacional" y de la "Izquierda Revolucionaria", a fin de aportar datos e información vital para dichos planes subversivos. En un tramo del documento subversivo emanado de la reunión, se especificaban las actividades inmediatas a realizar: (concentración de material bélico) "... se resuelve movilizar para esta delicada misión a los núcleos ya agilizados que se denominan 'Montoneros' que cuentan con la decidida cooperación y encubrimiento de los sacerdotes del Tercer Mundo comprometidos".[195]

Más adelante, el "trascendido" intentaba quebrar la unidad del movimiento tercermundista, deslizando informaciones sobre actividades "conspirativas" por parte de supuestas facciones del tercermundismo.

"... respecto de los sacerdotes del Tercer Mundo comprometidos, es preciso actuar con cautela con aquellos que no han recibido adoctrinamiento directo de nuestros 'capitanes', a fin de evitar que lleguen a advertir prematuramente la esencia marxista del Movimiento, para lo cual las instrucciones finales les deben ser impartidas por los sacerdotes incluidos en el Grupo Rojo."[196]

Finalmente, el documento, atribuido a un "Movimiento Revolucionario para la Liberación de América Latina", desarrollaba una reseña del papel del tercermundismo en el espacio rural: "Los curas del Tercer Mundo, el año pasado, comenzaron a actuar en los centros ruralistas más importantes, han logrado ya que los campesinos tomen conciencia de que deben invadir pacíficamente las ciudades paralizándolas tan sólo con sus vehículos y elementos de labranza, sin armas, para evitar la represión. Con ello,

en poco tiempo más se habrá constituido una poderosa fuerza fácilmente manejable en el momento decisivo por los 'capitanes ruralistas'".[197]

El Cuarto Encuentro Nacional (Carlos Paz, Córdoba; 8 y 9 de julio de 1970)

En medio de este clima nuevamente enrarecido, el MSPTM convocó a su Cuarto Encuentro Nacional. El tema principal fue, obviamente, el análisis de la ofensiva que soportaba, la situación de miembros del Movimiento perseguidos en todo el país, y la necesaria coordinación de las respuestas a dar.

Por otra parte, algunas discrepancias comenzaron a agudizarse durante el cónclave; básicamente, se referían al alineamiento político de los integrantes del MSPTM.

El compromiso cada vez más intenso en la vida política del país obligaba a la discusión y a la opción política definida. El peronismo planteaba aquí, com para el resto de la sociedad, una línea divisoria. Mientras gran parte del Movimiento (un 90% aproximadamente) se volcaba ya francamente hacia el peronismo, en sus vertientes más radicalizadas: Juventud Peronista, Peronismo de Base o Peronismo Revolucionario, una minoría sustentaba posiciones socialistas no partidistas, descreyendo de la viabilidad de peronismo para acceder a la "nueva sociedad" que pregonaban.[198]

La síntesis de las deliberaciones se plasmó en el "Documento de Carlos Paz". Allí se renovaron las denuncias contra la dominación económico–social del pueblo, resaltando el crecimiento desmesurado de los intereses extranjeros en detrimento del capital nacional; contra el nuevo fraude organizado a través del "Gran Acuerdo Nacional" para perpetuar la marginación del peronismo. Haciendo un balance de la "Revolución Argentina" a cinco años del golpe, decían: "Después de varios años de solemne palabrerío confiesa su fracaso con el retorno a las mismas estructuras políticas que condenó por estériles. Sostenemos que el fracaso de la lamentable experiencia política de estos cinco años se debe, fundamentalmente, al hecho de no haber sido ni revolución ni argentina". (...) "Es

hora ya de que que de definitivamente aclarado que todos aquellos que detentan el poder y pretenden seguir elucubrando y practicando experiencias políticas, económicas y sociales con el pueblo se hacen culpables de la reacción explosiva de la desesperación."[199]

En el orden moral, el documento tercermundista fustigaba la demagogia, la deshonestidad, la deslealtad y la mentira oficiales. Se repudiaba la actitud de un "Ejército ayer popular, copado poco a poco por el imperialismo y la oligarquía nacional como su último resorte de poder" que "se ha ido colocando cada día más de espaldas al pueblo".[200] Se denunciaba la utilización del poder para el enriquecimiento personal y la presencia de numerosos generales retirados en los directorios de grandes empresas, tanto extranjeras como nacionales.

Asimismo, los tercermundistas criticaban duramente a la dirigencia sindical. Mientras reclamaban por la libertad de Ongaro, Tosco, Flores, etc., manifestaban su repudio por otros dirigentes a los que hacían responsables de que "la corrupción se haya enquistado en las mismas estructuras sindicales, al haberse ellos perpetuado en el poder por medio de maniobras inconfesables. Con esto se ha logrado que, sobre todo en los gremios más importantes, las mismas organizaciones obreras se constituyeran, a veces, en elementos negativos para la marcha de la verdadera revolución".[201]

Tampoco faltaba un párrafo referido a la Iglesia. Su tono era abiertamente crítico: "... el pueblo descubre, y por nuestra parte, como cristianos y como sacerdotes, confesamos y denunciamos las infidelidades de nuestra Iglesia a su misión".[202]

"Las reiteradas prohibiciones y advertencias acerca de pronunciamientos y opciones socio-políticas están solamente orientadas a frenar el proceso de liberación del pueblo." (...) "El tradicional apoyo que obispos, sacerdotes y laicos brindan a los poderosos y a la vigente 'estructuración injusta de nuestro país' no es puesto en crisis a la luz del Evangelio. Por el contrario, las públicas actuaciones de gran parte de la Jerarquía, sus hechos, son verdaderamente políticos (por ejemplo, sanciones contra sacerdotes extranjeros y nacionales, contra seminaristas y laicos). En especial, las publicitadas homilías del cardenal primado avalan sistemáticamente todas las maniobras del poder."[203]

Frente a estas constataciones adversas, el cónclave tercermundista rescataba la creciente fuerza de los sectores juveniles, estudiantiles y obreros en pos de su liberación.

Tras la clausura del IV Encuentro, parecieron reproducirse los incidentes con las fuerzas de seguridad.

En Neuquén, el obispo de Nevares se había negado a inaugurar una capilla en el cuartel cercano a El Chocón, a raíz de los episodios del año 70. En respuesta a esa actitud, el presidente Lanusse y el pro–vicario castrense, el obispo Bonamín, viajaron hasta el lugar y llevaron a cabo el acto. El obispo neuquino protestó enérgicamente por este procedimiento que, consideró, afectaba sus potestades en la diócesis.

En Resistencia y Rosario, varios sacerdotes fueron apresados, en circunstancias confusas, por fuerzas de seguridad; permanecieron detenidos por casi un mes. A raíz de ello, los tercermundistas convocaron a un acto de protesta en la Catedral de Rosario. La intervención policial culminó con unos cincuenta sacerdotes en la cárcel.

Entretanto, se hacía pública la detención y tortura de Norma Morello, colaboradora del obispo Devoto en Goya. Cientos de sacerdotes reclamaron enérgicamente al ministro del Interior y a las más altas autoridades eclesiásticas por el cese de estos ataques.

El Documento sobre "El Ministerio Sacerdotal dentro de la misión liberadora de la Iglesia en América latina" (septiembre de 1971)

La proximidad del Sínodo Mundial de Obispos, a realizarse en Roma, fue ocasión para que el movimiento tercermundista promoviera junto a otros grupos sacerdotales latinoamericanos la redacción de un documento conjunto. La razón: la desconfianza hacia las representaciones episcopales ("si bien en muchos países nos hemos podido expresar satisfactoriamente, estimulados por los correspondientes Episcopados, en otros fue evidente el carácter restrictivo —y aún tendencioso— de las consultas efectuadas").

La carta enviada a Roma contenía una breve interpretación del proceso histórico latinoamericano y de la misión de la Iglesia en él. Básicamente, repetía las palabras de Medellín, aunque profundizaba en los aspectos referidos al rol sacerdotal. En este sentido, se mencionaba el peso negativo de una formación inspirada en modelos europeos y la importancia de las misiones extranjeras. "Los sacerdotes nativos se vienen formando desde tiempo atrás en pautas e instituciones con impronta europea. Sólo hemos podido aprender una teología elaborada desde una determinada perspectiva cultural e histórica que no es la nuestra." [204]

Por otro lado, reconocía diversas circunstancias que impedían al pueblo sentir como sus pastores al clero en general: "una catequesis que no acaba de encontrar sus propias pautas antropológicas", un lenguaje distinto y lejano al del pueblo, la falta de identificación con sus problemas. "El pueblo es creyente; pero la institución eclesiástica, a nivel de sus ministros, no es popular", se afirmaba.

Más adelante, el documento se refería a la misión de la Iglesia latinoamericana en la coyuntura de los años setenta. Consideraba que estaba ante un momento de decisión, en el cual el curso de los acontecimientos podía superarla.

Precisamente por ello manifestaban su preocupación por la necesidad de revitalizar el mensaje de Medellín, dado que percibían que esa línea no era "suficientemente alentada, ni en la práctica ni en las palabras. Como si un temor de llevar a la práctica lo proyectado inundara muchos ánimos, se perciben inicios de que aquel proyecto es soslayado, abandonado y aún públicamente impugnado o desprestigiado, dentro de la misma Iglesia. Reaparece así una ambigüedad y una cautela que nos desconciertan".[205]

El peligro que advertían los firmantes del documento no era ficticio; tres años después, la marcha atrás era evidente, con diferencias de grado entre los distintos países. "Está en juego la conciencia que la Iglesia se hace actualmente de su misión; esto es, de la forma histórica que ha de adoptar su misión en este momento y lugar", afirmaban los tercermundistas.

La falta de acción de la Iglesia era atribuido a las posturas tradicionales de los cuerpos episcopales. Ante esa situación, los sacerdotes justificaban sus puntos de

vista de la siguiente manera: "Nuestra búsqueda de solidaridad con el pueblo se ha traducido también, a veces, en tensiones que no deseamos, con algunos de los que conducen la Iglesia. El habernos unido en grupos, o en movimientos, o el haber manifestado opiniones públicamente ha sido usado para presentarnos como sectores rebeldes o sindicales por la lucha de nuestros derechos. No ha sido esa la intención ni es la realidad".[206]

Esa necesidad de comprometerse solidariamente con los pobres llevaba a los tercermundistas a avanzar en la búsqueda amplia de remedios concretos. El camino era espinoso pero la conclusión era tajante: "La sucesiva toma de conciencia de la situación latinoamericano nos ha ido mostrando cada vez con mayor claridad el *carácter político de los problemas y de las soluciones*. La situación de injusticia y dependencia, económica y social, encuentra su raíz política en el proyecto histórico de dominación del cual han surgido". (...) "De aquí que nuestra postura pastoral, nuestra palabra y acción, alcancen, más allá de lo económico y social, la dimensión política de la presente situación histórica." [207]

Obviamente, los roces con la jerarquía eclesiástica giraban alrededor de estas posiciones y, explícitamente, el documento concluía con un verdadero "petitorio".

Tras afirmar que "en un momento histórico en que se detecta la raíz política de graves y urgentes problemas, parece ineludible y necesario que los grupos religiosos y culturales, sometan a análisis y juicios la estructura política de la sociedad y el ejercicio del poder",[208] los sacerdotes pedían una acción decidida para definir la misión liberadora de la Iglesia, el apoyo a la participación religiosa en el discernimiento y realización de opciones transformadoras y una actitud más favorable desde los obispo. "... Solicitamos se tenga más confianza en el Espíritu que en la letra y se nos deje buscar dentro de esa misión de la Iglesia los *modos de vivir, actuar y predicar* que nos permitan integrarnos al pueblo (...) Esperamos, en particular, que el reconocimiento que el Concilio y Pablo VI hicieron del *trabajo* como una forma válida de la misión sacerdotal lleve a nuestros obispos no ya a trabar sino a apoyar y promover a aquellos sacerdotes que quieren asumir en esa forma su ministerio (...) Deseamos especialmente que nuestros

obispos reconozcan en nosotros, sacerdotes latinoamericanos, el derecho y el deber —como respuesta a la exigencia real de nuestros pueblos— de comprometernos en una acción política que ponga la fuerza de la Palabra de Dios al servicio de la liberación."[209]

Angelelli

A fines de 1971, nuevos problemas se producían en La Rioja, donde el obispo Enrique Angelelli venía llevando a cabo una activa tarea en la línea tercermundista. Al apoyo a los peones rurales, expresado en la colaboración para la organización de los sindicatos de Trabajadores Rurales (Famatina) y de Mineros (Olta); la creación de CODETRAL (Cooperativa de Trabajo de Aminga), sumaba su gestión ante las autoridades en pos de la atención básica necesaria de las regiones marginales.

Con la ayuda del diario *El Independiente* y su programa radial de los domingos, Angelelli era un foco de denuncia constante para el Gobierno. El hostigamiento que le hacían grupos de "Tradición, Familia y Propiedad" y bandas parapoliciales, culminó con la prohibición del espacio radial por parte de la gobernación, las misas y mensajes de Angelelli desaparecieron así abruptamente.

Poco después, el sacerdote Aguedo Pucheta, activo colaborador del obispo entre los trabajadores rurales, sufría un grave atentado. Los reclamos ante el Gobierno no produjeron resultados efectivos.

Nuevamente Carbone

El 6 de enero de 1972, el sacerdote Alberto Carbone volvió a ser detenido. Esta vez la acusación era también muy grave: participación armada en un ataque subversivo a la sede de la Subprefectura Naval, en Zárate, realizado tres días antes. En el atentado, cuya autoría fue atribuida a "Montoneros", habían resultado seriamente heridos dos suboficiales de la Prefectura, aunque el objetivo principal del ataque (robo de armas) no fue alcanzado.

La detención de Carbone se realizó en base a un

identikit armado a partir de las informaciones suministradas por el personal de Prefectura y otros testigos civiles. El cabo Aguilar, uno de los heridos, afirmó haber visto a Carbone portando una ametralladora al ingresar al puesto militar.

La sustanciación del proceso judicial se extendió hasta abril del 72. Las discrepancias entre los testigos, varias contradicciones importantes alrededor de las señas físicas del atacante, y una coartada efectiva impidieron la condena de Carbone.[210]

Por esos días, una delegación del MSPTM participaba en Santiago de Chile del "Primer Encuentro Latinoamericano de Cristianos por el Socialismo".

Durante el mes de marzo, un encuentro extraordinario del Movimiento se llevó a cabo en Carlos Paz, con la participación de sacerdotes que no pertenecían expresamente a él. Por lo menos la mitad de los ciento cincuenta asistentes, no eran miembros activos. Se trató la situación nacional y los documentos emanados del Sínodo Mundial de Obispos; se hicieron presentes los obispos Angelelli y Brasea. Se reclamó por la libertad de Carbone y otros sacerdotes.

En un año crítico para la situación política, en que la convocatoria a elecciones se combinaba con el ascenso de la guerrilla y la descomposición del régimen militar, el Movimiento se encontraba asediado pero en el apogeo de su fuerza y popularidad.

Sin embargo, el aumento de la violencia tendía lentamente a neutralizar su capacidad de movilización entre el pueblo: el terror desde ambos flancos comenzaría a paralizar a las masas, trocándose su protagonismo por el de las balas. En abril, por ejemplo, el ERP atentaba en un mismo día contra el ejecutivo de la FIAT, Oberdan Sallustro, en Buenos Aires, y el general Juan Carlos Sánchez, comandante del Segundo Cuerpo de Ejército, en Rosario.

El 22 de agosto, por su lado, oficiales de la Armada fusilaban a mansalva a una veintena de guerrilleros del ERP, FAR y Montoneros. El grupo se había entregado tras cubrir la fuga de los máximos dirigentes de la guerrilla, poco después de escapar del penal de Rawson. Trasladados a la base naval "Almirante Zar", se les aplicó la "ley de fugas". El relato de tres sobrevivientes confirmaría el fusilamiento.[211]

En La Rioja, dos sacerdotes colaboradores del obispo Angelelli, Antonio Gill y Enrri Praolini eran detenidos por la Policía Federal.

Junto al gremialista Carlos Illanes, el sacerdote Gill recibió la prisión preventiva. EL obispo Angelelli reclamó airadamente por el hecho: "...esto es una celada bien puesta para hacer aparecer a la Iglesia en un gran escándalo. Lo que significa esto es hacer un golpe repercusivo. Porque lo que les ha llamado permanentemente la atención y los desorienta, es que en La Rioja no haya ningún hecho subversivo. Hay una psicosis promovida por el miedo y esto no es de acá, es nacional. Decir Tercer Mundo hoy en día en el país, es poco menos que decir sacar al diablo del infierno; decir Tercer Mundo es decir marxismo, subversión, etc.".[212] Refiriéndose a la posición del Episcopado decía: "no hemos ayudado a nuestro pueblo a clarificar las cosas ya orientar los problemas. Por eso nacen otros movimientos y nace también el Tercer Mundo de sacerdotes. Lo cual significa que si nosotros hubiéramos asumido como cuerpo episcopal, todo lo que debimos asumir, no existiría, no haría falta el Movimiento del Tercer Mundo".[213]

El Quinto Encuentro Nacional (Carlos Paz, Córdoba; agosto de 1972)

Este Encuentro sería, a la postre, el último de características nacionales, el último como "Movimiento". Marcó el punto máximo de elaboración teórica presentado por los tercermundistas sobre la interpretación del proceso de liberación nacional, que parecía llegar a concretarse a corto plazo.

Realizado en Carlos Paz, asistieron a él unos 140 sacerdotes de 32 diócesis. Adhirieron CAR y CONFER, las confederaciones de religiosas y religiosos, respectivamente.

En el documento final, titulado "Dependencia o Liberación", el MSPTM entregó un verdadero resumen de su pensamiento político. Explicaba que la Argentina estaba signada por la puja entre dos proyectos históricos: el de la dependencia y la explotación, por un lado, y el de la liberación nacional y social, por el otro. Analizaba cómo el primero había llegado al punto final de su crisis, cómo el triunfo del segundo se tornaba inminente, determinando que su "sujeto revolucionario es el pueblo oprimido, liderado por la clase trabajadora".[214] Reconociendo que el peronismo era el grado máximo de conciencia política alcanzado por este sujeto, el MSPTM resaltaba la diferencia de actitudes que representaba la ofensiva lanzada a partir de 1968–69: "El pueblo percibe que su actitud ofensiva se manifiesta en las movilizaciones populares, cada vez más frecuentes, violentas y masivas; en la resistencia pasiva, unas veces, activa otras; con la exigencia de las bases para que sus dirigentes sindicales y políticos respondan lealmente a los intereses populares; en la organización y maduración política de los sectores marginados; en el accionar desinteresado de la juventud contra todo lo que signifique apoyo al 'status quo'; en la aparición y accionar de los grupos armados que hacen patente, en forma dramática, el carácter radical del enfrentamiento vigente".[215]

El objetivo final de este proceso debía ser el acceso al poder para construir el "socialismo nacional", transformación política y económica, pero eminentemente ética. Esa "ética de liberación" tendría los siguientes valores fundamentales, que enfrentarían a los de la "ética de opresión" burguesa:

"—a la explotación, el egoísmo y el individualismo se oponen los valores de justicia, entrega y conciencia social;
"—al afán de lucro, comercialización y acaparamiento de bienes se opone una valoración del trabajo, de lo gratuito y un deseo de compartir con todos;
"—a la 'sociedad de consumo' se opone una sociedad basada en la producción de los bienes necesarios y su justa distribución entre todos;
"—al lujo y al derroche se opone una disciplina de austeridad;
"—al menosprecio y la indiferencia ante el débil, se oponen el respeto y la comprensión por toda persona;
"—al 'derecho' que da el poder, se opone la igualdad de oportunidades que surge de la misma dignidad de todo hombre;

"—al privilegio que da el dinero y la autoridad prepotente se opone la voluntad de servicio fundada en el amor."[216]

Para terminar con est breve comentario del documento, señalemos que entregaba un esbozo de lo que debía representar el "socialismo nacional" para la Argentina y América latina, y el papel en dicho proceso por parte de la Iglesia y los cristianos.

En septiembre, con motivo de la Asamblea Anual del Episcopado, el MSPTM enviaba una carta a los obispos donde reforzaban sus expresiones de denuncia: "...No ignoramos que el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo provoca sospechas y es observado con una carga de prejuicios. Probablemente haya entre ustedes quienes quieran decirnos muchas cosas o plantearnos una serie de interrogantes, cuya legitimidad admitimos porque reconocemos nuestras propias limitaciones. Sin embargo, les preguntamos: ¿cuándo el Episcopado Argentino nos ha llamado a dialogar para descubrir lo que somos y lo que pretendemos? Muchos de ustedes no se han dejado llevar, tal vez, por las distorsiones, calumnias y mentiras que sectores interesados y la 'prensa seria' del país han implementado intencionalmente contra nosotros".[217] Entre otros reclamos tenía preponderancia la necesidad de ser escuchados y consultados por el Episcopado, al que volvían a recordar sus compromisos del Documento de San Miguel: "En efecto, sabemos que lo original de la misión de la Iglesia es invitar a la conversión del corazón, obra de la gracia del Señor que pasa; pero también es parte esencial de su misión el denunciar los pecados estructurales, que nuestro egoísmo ha cristalizado en estructuras opresoras en lo político, en lo jurídico, económico y social, que hicieron ustedes en Medellín y en San Miguel. ¿O es que la 'estructuración injusta' (San Miguel, Just. 3), que ustedes proclamaron hace tres años ha desaparecido en Argentina?"[218]

Perón en escena

Los tiempos políticos se aceleraban. Entre octubre y noviembre se ultimaron los detalles para el retorno de

Perón. Madrid era un hervidero de políticos, gremialistas, intelectuales, artistas, periodistas y militantes de todas las edades. Los sacerdotes para el Tercer Mundo también estaban representados en las figuras de Jorge Vernazza y Carlos Mugica. El acercamiento al general Perón, consecuencia de la progresiva identificación con la masa peronista, podía rastrearse hasta principios del '69 cuando los sacerdotes tercermundistas merecieron una conceptuosa carta del anciano líder. En aquella oportunidad, Perón había destacado su accionar, haciéndoles llegar su "palabra de aliento y encomio porque ellos representaban la Iglesia con que siempre he soñado".[219] Aprovechaba la ocasión para contrastar la actitud tercermundista con la del Episcopado: "...tuvimos en contra al Episcopado Argentino que, ahora, un cuarto de siglo después, parece que quiere rectificarse. En la pretendida apostasía de las masas, la Iglesia tiene también su parte de culpa porque, por intermedio de su jerarquía eclesiástica olvidó a menudo al Pueblo para seguir a las oligarquías y a los poderosos que no fueron precisamente los preferidos de CRISTO. O la Iglesia vuelve a CRISTO o estará en grave peligro en el futuro que se aproxima a velocidades supersónicas".[220]

Ante la coyuntura del '70, cuando el peronismo presionaba constantemente por elecciones sin proscripción, Perón llevaba adelante su estrategia de sumar y no restar fuerzas. Por eso expresaba la "satisfacción que sentimos al contemplar que los jóvenes sacerdotes del Tercer Mundo se unan a nosotros en esta larga lucha por la defensa de los desheredados y, su presencia en las Villas Miseria y las zonas de pauperización creadas por la desaprensión y el abandono de los poderes públicos, es una obra de bien que conmueve nuestra más profunda solidaridad, porque acompaña al viejo empeño de nuestros objetivos humanistas. (...) Nosotros no somos absolutistas ni sectarios: todo el que lucha por nuestros ideales comunes, es un compañero en la tarea de hacer el bien por el bien mismo. La obra de los Sacerdotes puede ser extraordinaria dentro o fuera de las filas del Movimiento Nacional Justicialista en la persuasión de la verdad como en la formación espiritual necesaria para imponerla".[221]

Los contactos entre ambas partes fueron cada vez más asiduos hasta que el 17 de noviembre de 1972, Vernazza

y Mugica formaron parte de la delegación multisectorial que acompañó el regreso de Perón en el "charter" de Alitalia. Los llamados al orden de la Jerarquía parecían impotentes para frenar el activismo de los tercermundistas.

Tras la llegada de Perón comenzó una agotadora ronda de encuentros con personalidades y grupos políticos de todo tipo. El Secretariado Nacional del MSPTM y los coordinadores se reunieron en Santa Fe, el 4 de diciembre, para evaluar el significado del hecho. En el comunicado que emitieron manifestaban que era un triunfo popular, pero advertían contra la posibilidad de un "repliegue táctico de la oligarquía", que aceptaba la vuelta del líder para "frenar las luchas de una masa cuya sola presencia es ya un hecho revolucionario". Para evitar la maniobra, el MSPTM recomendaba que Perón se pusiera al frente de esas luchas "no para realizar cualquier tipo de pacificación, sino para *lograr la unión del Pueblo Trabajador y explotado contra sus opresores*, única forma de suprimir las diferencias que impiden la verdadera paz". Fruto de las discusiones internas del Movimiento, los párrafos del comunicado reflejaban alternativamente la esperanza y el recelo ante las futuras actitudes de Perón: "El Pueblo intuye y en gran parte es consciente de que la presencia del Líder en el país será válida y eficaz en la medida en que contribuya a cuestionar las bases mismas del sistema imperial–capitalista que lo oprime. En esa medida contribuirá a la construcción de la *Patria Socialista*, único camino para la liberación y para la auténtica pacificación nacional".[222]

Finalmente, el 6 de diciembre, se reunieron con el general Perón unos sesenta sacerdotes del MSPTM, en Vicente López. El encuentro se abrió con una extensa exposición de Perón, en la cual discurrió sobre algunos tópicos de rutina de su pensamiento: evolución de la situación mundial, esencia del justicialismo, tercera posición y Tercer Mundo, el imperialismo y su presencia en el país, la unidad latinoamericana, el socialismo nacional y las tareas de la Iglesia.

Estos últimos dos temas eran los que despertaban mayores expectativas entre los tercermundistas.

Sobre el "socialismo nacional", las palabras de Perón fueron ambiguas, generales: "Hoy el mundo, señores, ha abandonado los esquemas capitalistas. Va a un sistema

socialista. De eso no hay que asustarse, porque hoy el socialismo va desde el internacionalismo dogmático del comunismo, hasta las monarquías socialistas nórdicas de Europa. (...) Dentro de esos dos extremos hay cien mil graduaciones de socialismo, que se practican de distinta manera en cada una de las partes en que se los instala".[223]

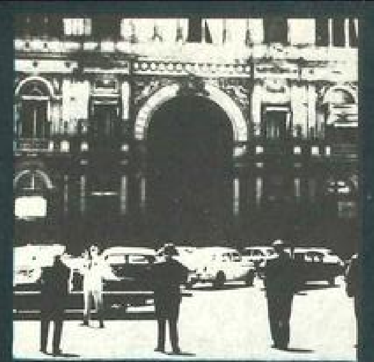
Con respecto a la misión de la Iglesia, Perón se permitió opinar que "debe cambiar su mentalidad". Reconoció el valor que había tenido el Concilio Vaticano II en ese sentido, y calificó de "dura y difícil" la tarea de los sacerdotes en el país, debido a la situación de miseria. Tratar de resolver esos problemas. (...) La tarea de la Iglesia no es seguir convenciendo a los que estamos convencidos, sino que hay que empezar a convencer a los que no se han convencido todavía".[224]

Las preguntas de los sacerdotes asistentes se dirigieron a obtener precisiones sobre las características que debía adoptar el socialismo en el país, la misión sacerdotal, el peligro de una nueva alianza entre la oligarquía y el poder extranjero.

El encuentro con el líder justicialista no disipó las dudas y desacuerdos. Un sacerdote participante hace este balance: "En el diálogo aparece con claridad la ambivalencia de sus declaraciones. Si bien la mayoría de los concurrentes se mostraron entusiasmados con la perspectiva que abría este encuentro de Perón con el pueblo, una minoría salió del encuentro con vivos temores de que el proyecto de Perón tuviese muy poco que ver con los intereses de liberación por los que tanto se había luchado".[225]

Aun así, el MSPTM emitió un comunicado sobre los resultados de la entrevista donde constataban que "el creciente anhelo de liberación y justicia del pueblo argentino se expresa en forma constante y de modo mayoritario a través del movimiento peronista liderado por el general Perón y actualmente apoyado por múltiples grupos políticos y sociales".[226]

(Continúa y concluye en el tomo 2)

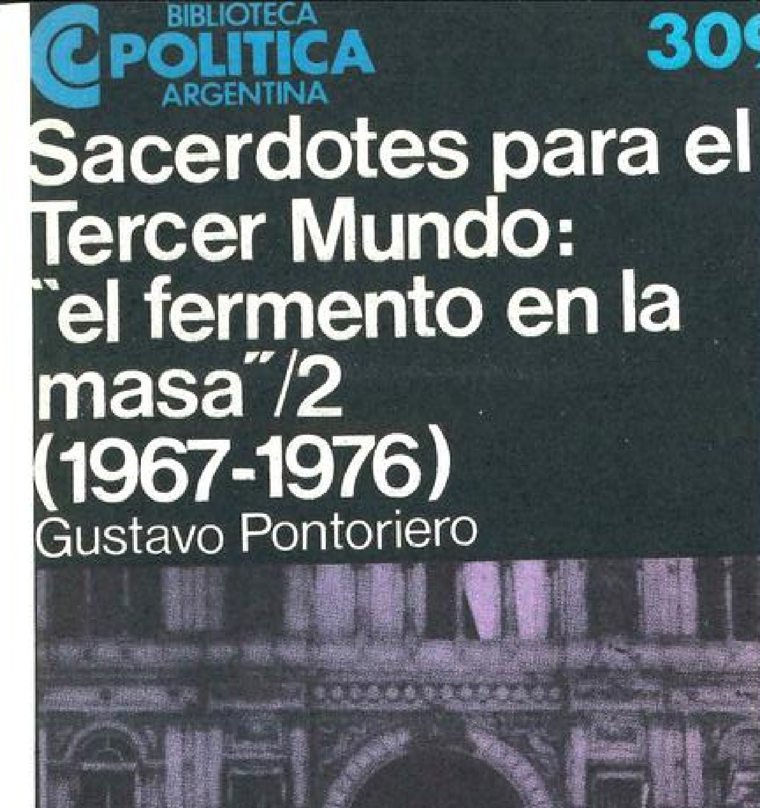


A 37.000=

El Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo no ha merecido la atención que le correspondía por parte de la investigación histórica, tal vez por dificultad en el acceso a las fuentes escritas y por el general hermetismo de sus protagonistas, consecuencia de la persecución de que fueron víctimas y que pagaron con numerosas muertes.
El historiador Gustavo Pontoriero narra documentadamente las alternativas de este Movimiento, integrado por sacerdotes desde su creación, crecimiento, debilitamiento y ulterior desaparición. La corriente tercermundista hunde sus raíces en la experiencia de los "curas obreros", iniciada entre el joven clero nacional a mediados de los años 50. Emergió con ímpetu en la década del 60, ofreciendo un canal alternativo a una gran cantidad de jóvenes que se sentían marginados de los problemas nacionales.
Este interesante texto demuestra también que el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo dejó su impronta en el pensamiento de la Iglesia argentina, porque gracias a su acción, la reflexión teológica incorporó temas como "liberación", "revolución", "violencia", "pueblo", "socialismo", "fe y compromiso político". Ayuda, además, a la comprensión de una decisiva etapa del proceso argentino contemporáneo.

Volumen simple (S)

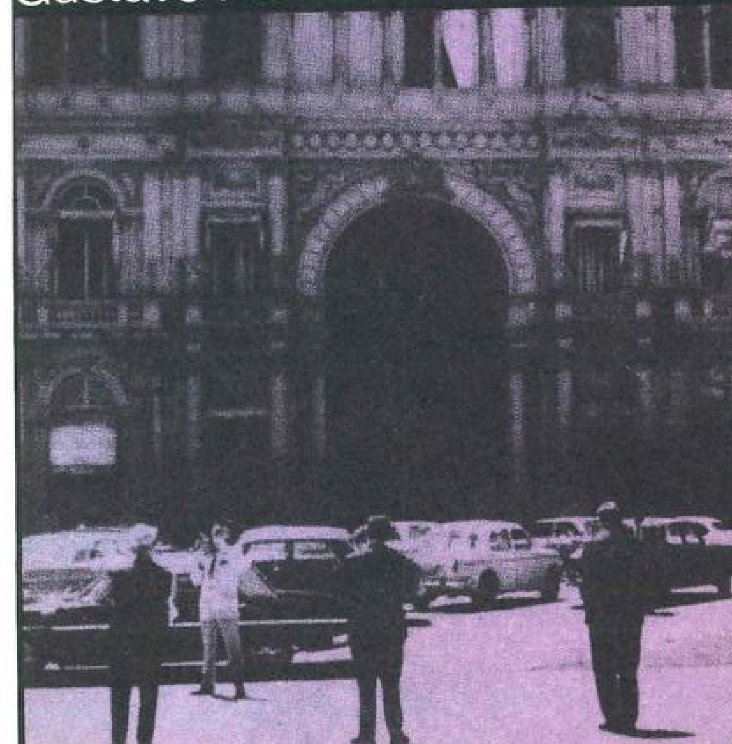
Centro Editor de América Latina



BIBLIOTECA POLITICA ARGENTINA 309

Sacerdotes para el Tercer Mundo: "el fermento en la masa"/2 (1967-1976)

Gustavo Pontoriero



BIBLIOTECA
POLITICA
ARGENTINA

Sacerdotes para el Tercer Mundo: "el fermento en la masa"/2 (1967-1976)

Gustavo Pontoriero

CENTRO EDITOR DE AMERICA LATINA

(1991)

Dirección: Oscar Troncoso
Secretaría de redacción: Margarita B. Pontieri
Asesoramiento artístico: Oscar Díaz
Diagramación: Oscar Sammartino
Coordinación y producción: Natalio Lukawecki, Fermín E. Márquez



Hecho el depósito de ley. Libro de edición argentina. Compuesto por ECE Graph, Esmeralda 625, 3º "G", Tel. 322-6812. Impreso en Carbet, La Rosa 1080 Adrogué, Prov. de Bs. As. Encuadernado en Haley, Av. Mosconi 640, Lomas del Mirador, Pcia. de Bs. As. Distribuidores en la República Argentina: Capital: Mateo Cancellaro e Hijos, Echeverría 2469, 5º "C", Buenos Aires; Interior: Dipu S.R.L., Azara 225, Capital.
Impreso en mayo de 1991

ISBN: 950-25-1578-1-

IV

CRISIS, REPRESION Y FIN DEL MSPTM (1973–1976)

El año 1973 marcaría paradójicamente la disolución del Movimiento, a raíz de dos problemas fundamentales. El primero de ellos era la disensión casi irreconciliable entre los sacerdotes que apoyarían al peronismo en el poder y los que se negaban a una postura tan explícita. El segundo, la decisión de numerosos miembros de avanzar en el cuestionamiento de ciertos aspectos de la vida sacerdotal: básicamente, el abandono del celibato. Esto configuraba obviamente, un enfrentamiento total con la jerarquía eclesiástica.

Las disputas alrededor de estas cuestiones no habían sido nunca dirimidas en el seno del Movimiento. La política interna había sido siempre la de dejar en libertad de acción a sus miembros en cuanto a sus opciones políticas y personales. Pero como Movimiento no podía sustentar posturas totalmente contrarias a las disposiciones de la Iglesia: el resultado de ello debía ser lisa y llanamente la expulsión, el aislamiento, la sectarización.

El punto de inflexión que representaban las elecciones del 11 de marzo de 1973 aceleraban la resolución del conflicto político dentro del Movimiento. Ideológicamente, había derivado desde posiciones heterogéneas como las del documento del II Encuentro (1969), mixtura de desarrollismo y socialismo humanista, hacia posturas más homogéneas inspiradas en la izquierda nacional y el peronismo (documentos del II, IV y V Encuentro), entre el '70 y el '72.

Ante la coyuntura electoral, el grueso del movimiento tercermundista se volcó al peronismo, apoyándose en los vínculos establecidos con la Juventud Peronista y el Movimiento Villero Peronista, principalmente. El sacerdote Carlos Mugica era el adalid de esta corriente. Incluso su nombre fue barajado como candidato a diputado nacional por el FREJULI, aunque finalmente la declaración del Episcopado sobre la prohibición de participación política del clero pesó para que Mugica desistiera.[227]

A partir de las elecciones, los tiempos históricos se

aceleraron vertiginosamente. En un breve lapso de cinco meses, se sucedieron el triunfo de Cámpora, el conflicto entre las líneas internas del peronismo, la masacre de Ezeiza, el retorno definitivo de Perón y el desplazamiento de Cámpora y la izquierda peronista. Por su parte, la actividad guerrillera no mermó sino que se intensificó.

Las actividades de los tercermundistas se vieron notablemente afectadas por estos acontecimientos. Las diferencias con respecto al peronismo se agudizaron ahora que estaba en el poder. Las acciones de gobierno se tornaban, por otra parte, confusas, mientras que el frente opositor al tercermundismo dentro de la comunidad católica se hacía fuerte tras la "derechización" del gobierno peronista entre 1974 y 1975.

En agosto de 1973, los líderes del MSPTM se encontraron en Santa Fe para coordinar la continuidad de las tareas en la forma más apropiada. Allí se hicieron patentes las profundas discrepancias entre los grupos de Capital Federal (más verticalistas tanto en lo religioso como en lo político) y los del resto del país. Los focos principales del MSPTM por número, activismo y liderazgo eran Capital y Gran Buenos Aires, Córdoba, Litoral y Nordeste. El cónclave evaluó las condiciones represivas en que venía trabajando el Movimiento desde su nacimiento, y estimó la necesidad o conveniencia de disolver la organización nacional ante la posibilidad de un incremento de dicha situación. Se seguiría trabajando a nivel de las bases, manteniendo las estructuras regionales, pero con un perfil mucho más bajo ante la sociedad.

Más allá de las verdaderas razones de esta decisión, era evidente que las condiciones políticas habían cambiado. En primera instancia, el acceso del peronismo al poder opacó la "actividad pública" del MSPTM: si la opción había sido por el peronismo, el objetivo estaba cumplido y, de allí en más, las realizaciones correspondían a los políticos. El MSPTM debía reservarse el derecho al disenso y la denuncia, mientras continuaba en su línea pastoral, pero las condiciones se mostraban confusas para esa tarea. Y aquí comenzaba a jugar un segundo factor: ¿podía el MSPTM arrogarse el papel de mero espectador ante un proceso al que había impulsado bajo condiciones más adversas?; ¿podía comprometerse, por otra parte, en una situación confusa en la cual la "derechización" era el horizonte político más cercano?

La posibilidad de colaborar con el gobierno en áreas como salud, vivienda, etc., se desdibujaron rápidamente: el mismo Mugica abandonó sus tareas de asesoramiento en el Ministerio de Bienestar Social, a raíz de sus choques con el ministro López Rega. El traslado de los "villeros" de Retiro, donde Mugica había luchado durante años, a los monoblocks de Ciudadela Norte, en el Gran Buenos Aires, marcaba el enfrentamiento. Las "comisiones" villeras, organizadas por Mugica y otros sacerdotes, se habían opuesto desde los años de Onganía al traslado.

Por otro lado, la ruptura de Perón con "Montoneros" y otras fracciones guerrilleras peronistas, la persistencia del ERP y otras organizaciones armadas no peronistas en sus ataques, contribuyeron decisivamente a complicar cualquier actuación del tercermundismo en su estilo de movilización y concientización de los pobres.

En abril de 1974, dos sacerdotes fueron detenidos mientras trabajaban entre los marginados del Chaco, bajo la acusación de pertenecer al ERP. El 1º de mayo, se producía la famosa "expulsión" de los Montoneros de la Plaza de Mayo. Los locales de la JP sufrían atentados dinamiteros diariamente, mientras el terror paraestatal de la "TRIPLE A" lopezrreguista afinaba la puntería.

El "desbande" del tercermundismo se empezaba a percibir en la falta de presencia, en el aglutinamiento de curas dispersos alrededor de algún obispo progresista, en la incorporación de algunos a organizaciones guerrilleras (como en los casos de Jorge Adur y Rafael Yacuzzi, por ejemplo), y en la notoria retirada de muchos tercermundistas a "cuarteles de invierno".

El asesinato del padre Carlos Mugica

El movimiento villero se movilizó a fines de marzo para protestar por la erradicación de los pobladores de Villa Saldías, en Retiro. Más de 2000 villeros marcharon hasta el Ministerio de Bienestar Social y entre ellos estaba Mugica y otros tercermundistas. La marcha terminó en tragedia cuando, en una confusa escaramuza, el dirigente

villero Alberto Chejolán fue asesinado en plena calle a raíz de un escopetazo. El gobierno intentó acallar el hecho pero fue imposible. El diario *Noticias*, vocero de "Montoneros", publicó en primera plana una secuencia fotográfica que demostraba cómo el disparo había partido de un grupo policial que controlaba a los manifestantes.[228] *El Descamisado*, semanario montonero, fue cerrado por el gobierno cuando, a raíz del caso Chejolán, acusó al ministro López Rega por el crimen.

Unas semanas después, exactamente en la noche del 11 de mayo, Mugica era asesinado por una ráfaga de ametralladora frente a la entrada de la parroquia de San Francisco Solano, en el barrio de Mataderos. Acababa de oficiar misa y se retiraba acompañado por el sacerdote Jorge Vernazza y otros allegados. "Ahora más que nunca hay que estar junto al pueblo", confió a Vernazza mientras agonizaba en una cama del hospital Salaberry, donde rápidamente había sido trasladado.

El crimen conmovió a la opinión pública y cayó como un rayo sobre el movimiento tercermundista. Nadie se atribuía el hecho y las sospechas se dirigían tanto a la "Triple A" como a los mismísimos "Montoneros". De hecho, el funeral de Mugica en la parroquia de San Francisco Solano y en su capilla de Cristo Obrero, en la villa Comunicaciones de Retiro, fue escenario de violentos enfrentamientos entre sectores del peronismo. Las coronas enviadas por agrupaciones de la izquierda peronista fueron destruidas por los villeros; los diputados de la "Tendencia" Leonardo Bettanin y Juan Carlos Añón, agredidos por la multitud al grito de "¡Asesinos!" y "¡Traidores!". Una columna de la Juventud Peronista Regional I fue recibida a golpes de puño y cadenazos por sectores ortodoxos del peronismo, pese a lo cual lograron acompañar al cortejo fúnebre hasta la Recoleta. "Mugica leal, te vamos a vengar"; "Apoyo a los leales, amasijo a los traidores", coreaban los grupos enfrentados a la "Tendencia" al paso de sus columnas.

La confusión reinante era total. Diez días antes, los "Montoneros" habían roto con Perón. A fines de abril, el movimiento tercermundista, reducido a grupos inconexos, había fracasado en un intento de reactivación impulsado por Mugica. El 29 de abril, un documento elaborado a tal fin fue dado a conocer en la Capital. El mismo reconocía una

línea verticalista tanto en lo político como en lo eclesiástico. Planteaba el reconocimiento de una autoridad legitimada por el voto popular, rechazando proyectos basados en un socialismo dogmático y alejado de la verdadera revolución nacional. "En definitiva no son las minorías 'lúcidas' o las 'élites intelectuales' quienes han de decidir y mucho menos imponer un ideal revolucionario importado, sino el pueblo mayoritario",[229] manifestaba el documento del 29 de abril, considerado por Mugica como el "acta de refundación del movimiento tercermundista". La ruptura con los tercermundistas "de izquierda" era tajante.

Lo mismo planteaba el texto con respecto a los grupos que, habiendo abandonado el celibato, pretendían seguir perteneciendo al Movimiento. A pesar del acuerdo mayoritario con respecto a la necesidad de que el celibato fuese optativo, el documento se definía por la aceptación lisa y llana de esa ley de la Iglesia. En un artículo publicado en *La Opinión* el mismo día en que se anunciaba su muerte, Mugica calificó a estos grupos como ultras en lo religioso y lo político. "Esta posición lleva a la minimización del ministerio sacerdotal en favor de una radical temporalización y politización. Obedece a un esquema ideológico que vuelve a estos sectores ultracríticos con relación a la nueva realidad política." (...) Son "ultraminoritarios, políticamente desesperados y en abierta contradicción con el actual sentir y la expresa voluntad del pueblo".[230]

Estas posturas "leales" de Mugica hacia Perón, en momentos en que éste fulminaba a la izquierda peronista, motivarían las sospechas lanzadas sobre los "Montoneros". El silencio de sus dirigentes máximos, incluido el mismo Firmenich (a quien Mugica había casado), sólo sirvió para consolidar las versiones más diversas. Finalmente, una serie de notas necrológicas aparecidas en el periódico montonero con la firma de Firmenich no alcanzarían para alejar al grupo armado de la sospecha. El jefe montonero recordó su antigua amistad con Mugica, aunque dejó aclaradas sus diferencias políticas con el desaparecido sacerdote.[231] Investigaciones posteriores culparían alternativamente a los "Montoneros" y a la "Triple A" por el crimen, sin llegarse a dilucidar cabalmente las responsabilidades.

El 1º de julio fallecía el general Perón y el vacío político

se acentuaría progresivamente. El Nuncio Apostólico se sumaba al pesar popular con una reflexión llamativa: "La muerte del general Perón constituye una gran pérdida para el cristianismo y el continente americano. El mensaje y la obra del mandatario argentino desaparecido tenía un origen evangélico y son una obra y un mensaje que queda para el pueblo argentino y para el mundo".[232] La violencia crecía día a día, mientras el poder de López Rega alcanzaba su máxima expresión. Un entredicho con la Iglesia marcaría no obstante el preaviso para su caída: como ministro de Bienestar Social organizaba para la Navidad del '74 un acto religioso conducido por un obispo perteneciente a la autodenominada "Iglesia Católica Apostólica Ortodoxa". La actitud del ministro, de reconocida afinidad con la astrología y el espiritismo, fue duramente criticada por la Jerarquía a través de un comunicado.

Los últimos meses del gobierno peronista se verían teñidos por el incremento de la ola de violencia, a la cual serían arrastrados numerosos sacerdotes ligados a la línea del tercermundismo, o simplemente comprometidos con su comunidad. En febrero de 1975, fue secuestrado y asesinado el padre José Tedeschi, en Bernal (provincia de Buenos Aires). El 21 de marzo, desconocidos asesinaron al padre Carlos Dorniak en Bahía Blanca. En septiembre, el cura Elio Rouger era detenido en Tucumán; jamás volvería a aparecer. En noviembre, el Ejército detuvo al sacerdote Santiago Renevot, en Formosa. La presión efectuada por todo el clero, con huelgas de hambre y suspensión de misas, obtuvo su excarcelación. Pero Renevot, que era francés, fue expulsado del país.

En el mes de noviembre, se produjo un atentado explosivo en la parroquia de Sierra Grande, luego del apoyo prestado por el obispo Hesayne y sus sacerdotes a 300 mineros detenidos por el Ejército y la policía a raíz de un movimiento huelguístico.

El 6 y 7 de diciembre, dos sacerdotes de la diócesis de Goya fueron detenidos por fuerzas de seguridad. En enero del '76 secuestraban al cura Miguel Angel Urusa Nicolau en Rosario; aún permanece desaparecido. El 13 de febrero de 1976, se produjo el crimen del padre Francisco Soares y su hermano inválido en la casa parroquial, en Tigre. Previamente habían denunciado a varios policías como los

torturadores y asesinos de una catequista de la diócesis de San Isidro.

Incremento de la represión durante el Proceso

Tras el golpe de estado de marzo del '76, la persecución de los tercermundistas y cristianos comprometidos en su línea se exacerbó. Los militares consideraban llegado el momento de extirpar el mal del seno de la Iglesia. Los planes de lucha contra la subversión contemplaban las acciones a realizar en el ámbito religioso, donde "la existencia de una corriente de sacerdotes progresistas con algunos de sus integrantes enrolados con el oponente u otras de renovadores, no pueden condicionar el alto concepto del clero argentino, ni justifica un alejamiento de la Iglesia, tan necesaria para la consecución de los Objetivos Básicos que se apoyan en los valores de la moral cristiana".[233]

Entretanto, la lista de desapariciones y asesinatos se incrementaba; el 5 de febrero había sido secuestrado en Córdoba el hermano de Lasalle, Julio San Cristóbal. El 8 de marzo, desaparecía Pedro Fourcade, tras ser detenido en la ciudad de Buenos Aires. Fue visto más tarde en el campo de concentración "La Ribera", siendo presumiblemente asesinado. En mayo, caía asesinada la decana de la Facultad de Humanidades de la UCA de Mar del Plata, la doctora Maggi.

El 23 de mayo, los sacerdotes jesuitas Francisco Jálics y Orlando Yorio fueron secuestrados en la villa de emergencia del Bajo Flores. Prisioneros en la Escuela de Mecánica de la Armada (ESMA), permanecieron como detenidos–desaparecidos hasta ser liberados el 23 de octubre. Años después, Yorio declararía ante la CONADEP: "...la persona que me interrogaba perdió la paciencia, se enojó diciéndome: 'Vos no sos un guerrillero, no estás en la violencia, pero vos no te das cuenta que al irte a vivir allí (en la villa) con tu cultura, unís a la gente, unís a los pobres y unir a los pobres es subversión...'. (...) Alrededor de los días 17 o 18 volvió el otro hombre que me había tratado respetuosamente en el interrogatorio y me dijo: '...usted es un cura idealista, un místico, diría yo, un cura piola, solamente tiene un error que es haber interpre-

tado demasiado materialmente la doctrina de Cristo. Cristo habla de los pobres, pero cuando habla de los pobres habla de los pobres de espíritu y usted hizo una interpretación materialista de eso, y se ha ido a vivir con los pobres materialmente. En la Argentina, los pobres de espíritu son los ricos y usted, en adelante, deberá dedicarse a ayudar más a los ricos que son los que realmente están necesitados espiritualmente'."[234]

Bajados en un helicóptero en la localidad de Cañuelas, lograron salir del país.

El 4 de junio, grupos armados uniformados y de civil, presuntamente pertenecientes a la Marina, realizaron un operativo en San Miguel, buscando al sacerdote asuncionista Jorge Adur. Al no hallarlo, se llevaron a dos seminaristas de la comunidad de los religiosos asuncionistas, Carlos Antonio Di Pietro y Raúl Eduardo Rodríguez. Nunca más se supo de ellos. El mismo día, fue secuestrado y asesinado el seminarista obrero Juan Ignacio Isla Casares, de la parroquia Nuestra Señora de la Unidad (Olivos), cuyo cura párroco era Jorge Adur.

Adur lograría eludir el cerco y salir del país a fines del '76. Incorporado a los "Montoneros" en el exterior, en 1978 obtendría el consentimiento de la congregación asuncionista para ejercer como capellán del "Ejército Montonero". En 1980, hallándose en Río de Janeiro con motivo de la visita del Papa Juan Pablo II, sería secuestrado por efectivos militares argentinos. La Conferencia Episcopal Brasileña denunciaría el hecho a las autoridades pero Adur jamás volvería a aparecer.

La masacre de los Padres Palotinos

Cuando la Iglesia en su conjunto comenzaba a sentirse sacudida por la serie de crímenes, el 4 de julio, se producía una verdadera masacre en plena Capital. Durante la madrugada, un grupo de tareas asesinó a sangre fría a los sacerdotes Alfredo Leaden, Pedro Duffau y Alfredo Kelly, y a los seminaristas Salvador Barbeito y Emilio Barletti, todos miembros de la comunidad de los Palotinos de la Parroquia San Patricio. Con la sangre de los muertos pintaron leyendas en paredes y alfombras: "Así vengamos

a nuestros compañeros de Coordinación Federal"; "Esto les pasa por envenenar la mente de la juventud" y otras sobre su pertenencia al tercermundismo. Leaden, de 57 años, era delegado de la Congregación de Palotinos irlandeses; Duffau, de 65, era profesor; Kelly, de 40, dirigía el Seminario de la Catequesis de Belgrano y ejercía como profesor en el Colegio de las Esclavas del Santísimo Sacramento.

El ex–inspector de la Policía Federal, Peregrino Fernández, declararía a la Comisión de Derechos Humanos de la ONU, en Ginebra, años después: "...entre la actividad ejercida por el Ministerio del Interior, estaba la vigilancia sobre aquellos sacerdotes denominados 'tercermundistas', habiendo un archivo de 300 nombres con informaciones detalladas sobre la actividad de cada uno de ellos. En referencia al caso de los Padres Palotinos, el declarante posee en su poder una agenda telefónica de uno de los sacerdotes, que guardó como prueba de que dicha documentación se encontraba en dependencias del Ministerio del Interior en la época de referencia".[235]

La reacción de varios obispos ante el cariz que tomaban los acontecimientos motivó una carta de la Comisión Ejecutiva de la CEA en el mes de junio, dirigida a la Junta Militar, pidiendo aclaraciones sobre presos y desaparecidos. En julio, el arzobispo de Santa Fe, Vicente Zazpe, reclamó a las autoridades respuestas sobre las desapariciones.

El 14 de julio, la Conferencia Episcopal envió una nota reservada al general Videla, manifestando su preocupación por "los graves hechos que han sucedido últimamente y en forma antes desconocida al país, hiriendo íntimamente el corazón de la Iglesia: nos referimos naturalmente al incalificable asesinato de una comunidad religiosa de la Parroquia de San Patricio, en Buenos Aires". Llamaba la atención además sobre la ola de desapariciones y crímenes absolutamente impunes. "Nos preguntamos ¿que fuerzas tan poderosas son las que con toda impunidad y con todo anonimato pueden obrar a su arbitrio en medio de nuestra sociedad?"[236]

Pero nada podía detener la furia asesina. Pocos días después, el 17 de julio, se producía un nuevo hecho violento. Los sacerdotes Gabriel Longueville y Carlos de

Dios Murias, colaboradores del obispo Enrique Angelelli, fueron secuestrados en El Chamical por un grupo que se identificó como Policía Federal. El 19, sus cuerpos acribillados aparecieron en los alrededores de la Base Aérea de El Chamical. Los cadáveres tenían signos de torturas. El obispo Angelelli clamó por justicia en sus funerales y dedicó todo su tiempo a reunir datos sobre los hechos.

El 22 de julio, entretanto, el presidente Videla recibía a los miembros de la Comisión Ejecutiva del Episcopado. El tema de la reunión: la represión contra los miembros de la Iglesia. Hasta el Papa se expedía en una carta hecha pública por el Episcopado sobre la dramática situación.

El 3 de agosto, Angelelli decidió retornar a La Rioja, satisfecho con la información obtenida sobre los crímenes. Pero esa madrugada, mientras conducía personalmente su "Fiat multicarga" con la compañía del sacerdote Arturo Pinto, fue encerrado por otro automóvil y arrojado afuera de la ruta. La camioneta de Angelelli volcó y dio varios tumbos. Pinto se salvó de milagro pero el cuerpo del obispo fue hallado con su nuca destrozada. La carpeta con la información reunida desapareció. El funeral del obispo Angelelli convocó la presencia de diez obispos y una multitud de sacerdotes, religiosos y laicos.

El mismo día de la muerte "accidental" de Angelelli, un sacerdote norteamericano, James Weeks, y cinco seminaristas eran secuestrados en la ciudad de Córdoba. Trasladados al campo de detención "La Ribera" fueron interrogados bajo la acusación de tener vínculos con los "Montoneros". La intervención de la embajada norteamericana salvó a Weeks de una muerte segura. Liberado, fue expulsado del país y regresó a los Estados Unidos. Hacía once años que había llegado a la Argentina. En Washington prestó declaración ante el Subcomité de Organizaciones Internacionales de la Cámara de Representantes, el 28 de septiembre de 1976. Allí relató pormenorizadamente los apremios a los que fue sometido y las experiencias de otros detenidos como él.

El 12 de octubre, el sacerdote irlandés Patrick Rice fue secuestrado en Capital Federal. Permaneció como detenido–desaparecido en diferentes centros clandestinos hasta el 3 de diciembre, luego de ser "legalizada" su situación, fue expulsado del país. Años después, Rice colaboró con la

CONADEP y prestó testimonio durante el juicio a las juntas militares.

El 11 de noviembre, en Tucumán, el religioso católico Luis Oscar Gervan se sumó a la lista de víctimas. El 27, sucedió lo mismo con el sacerdote Pablo Gazzarri.

Gazzarri trabajaba en la parroquia de Nuestra Señora del Carmen, en Villa Urquiza (Capital), y había recibido amenazas de muerte desde la masacre de los Palotinos. Gazzarri estaba a punto de ingresar a la orden de los Hermanitos de Charles de Foucauld. Detenido en la vía pública por personal uniformado de la Policía Federal, Gazzarri fue visto posteriormente en la ESMA en muy malas condiciones físicas. Las autoridades eclesiásticas reclamaron por él, en especial el obispo Pironio, pero nada más se supo de él. Prisioneros de la ESMA afirmaron que fue "trasladado" en enero de 1977.

La represión en los colegios religiosos

La guerra sin cuartel desatada contra todo aquello que oliera a tercermundismo se extendió paulatinamente de los individuos a las instituciones. La clausura por decreto de las editoriales Claretiana y Paulina en octubre fue seguida por las presiones de todo tipo que se lanzaron para obtener la defenestración de la "Biblia Latinoamericana". La obra cuestionada aparecía como el primer producto elaborado por el Episcopado Latinoamericano a partir de las reflexiones teológicas sobre la "liberación". En la Argentina, la disputa alcanzó ribetes extremos hasta que el 30 de octubre el Episcopado aceptó la edición latinoamericana del libro santo, pero criticaba algunas notas, ilustraciones y fotos.

El ámbito cultural estaba bajo la lupa de la Junta Militar; esta fijaba en sus directivas: "Deberá darse importancia a las medidas de diverso tipo relacionadas con el control de los colegios religiosos, tarea que han resuelto asumir activamente las autoridades eclesiásticas".[237]

Para detectar los posibles focos subversivos ocultos en las instituciones educativas, los militares pensaban obtener la colaboración de los niveles jerárquicos de la Iglesia, y especialmente la ayuda de los capellanes militares. "El

estrecho acercamiento que se pretende en todas las diócesis a fin de obtener el apoyo sin retaceos en la lucha contra la subversión, permitirá detectar problemas de tipo subversivo en los que estén o puedan estar involucrados miembros del clero."[238]

Hacia fines de 1976 los mecanismos estaban bien aceitados y la máquina represiva comenzó a operar. El 4 de noviembre fue atacada con explosivos la Librería Catequista (Capital) y a continuación sucedió lo mismo con el Instituto de Cultura Religiosa Superior. Fueron allanados en impactantes operativos conjuntos, la parroquia del Santísimo Redentor y el Colegio San Miguel (29 de noviembre); la Casa de las Hermanas de los Pobres de San José (28 de noviembre); el Colegio del Sagrado Corazón (9 de diciembre) y se divulgó por los medios gráficos una "lista" de presuntos "colegios subversivos": uno en la calle Talcahuano, otro dirigido por sacerdotes asuncionistas en San Martín de Tours, otro más ubicado en Villa Tesei, Hurlingham, en manos de franciscanos venidos de Yugoslavia. Trascendían sospechas sobre otra institución situada en la calle Guise y más colegios en Mataderos, Vicente López, Palermo Chico, Boedo y Caballito. Se los acusaba de utilizar la Biblia Latinoamericana, catequesis liberadora y adoctrinamiento marxista.

El caso del Colegio San Miguel, ubicado en pleno Barrio Norte, fue quizás el más resonante y el que descubrió a la opinión pública las persecuciones que sufrían muchos religiosos. El 29 de noviembre de 1976, en un operativo conjunto del Ejército, la Infantería de Marina, la Guardia de Infantería, la Brigada de Explosivos y agentes de seguridad de la Policía Federal, se neutralizó a la circulación un amplio radio alrededor del colegio, se allanó el edificio y dependencias parroquiales y se detuvo finalmente a cuatro sacerdotes: Andres Baqué, Ignacio Racedo Aragón, Bernardo Canal Feijóo y Daniel Haldky. Todos ellos pertenecían a la Comunidad de Sacerdotes Lourdistas y fueron acusados de diseminar entre los alumnos propaganda marxista, apología de los "Héroes de Trelew", e ideas tercermundistas.

Previamente al operativo militar, los sacerdotes "izquierdistas" habían sido advertidos por leyendas pintadas en aerosol sobre el frente del colegio y sus adyacencias. Un

grupo de padres hizo, asimismo, declaraciones públicas acusando a los sacerdotes de tener un "compromiso ideológico iniciando una abierta apología de la subversión y continuando con un encendido elogio de sus máximos dirigentes. (...) En el mimeógrafo del Colegio San Miguel se imprimen volantes de la organización subversiva declarada ilegal en el año 1975, la misma que se adjudica orgullosamente gran parte de los crímenes y asesinatos cometidos en el país. Es intolerable que desde un colegio religioso saliera la propaganda de quienes derramaban la sangre de auténticos argentinos".[239]

La prensa se hizo eco rápidamente de éste y otros operativos similares en colegios religiosos, dando a conocer nuevos datos sobre el alcance que la Junta Militar daba al "peligro tercermundista". Bajo títulos catástrofe, el diario *La Razón* divulgó párrafos de un "severo informe castrense": "Se verifica la actuación —especialmente en la catequesis y actividades paralelas— de cierto personal no controlado por las familias ni por el Estado, que constituye un vehículo ideal de concientización de los adolescentes y destrucción de los valores fundamentales de la vida escolar".[240] Al día siguiente, se ampliaba la información bajo el título "Hay nuevas informaciones sobre la forma en que se inocula el veneno marxista en la mente de los niños".[241] Allí se transcribía parte de un "secreto informe hecho llegar al más alto nivel educacional sobre las actividades en los colegios religiosos": "...muchos colegios religiosos se resisten —y es de suponer que lo sigan haciendo de no mediar una acción prudente pero enérgica del ministerio— a proporcionar los datos personales y antecedentes de sus catequistas, capellanes, etcétera. Es de hacer notar que, contraviniendo expresas y relativamente recientes normas de la Santa Sede, en numerosos institutos católicos los equipos catequísticos están integrados por ex-sacerdotes, ex-religiosas y ex-religiosos cuya frustración vocacional los lleva a ser resentidos, fácilmente captables por tendencias marxistas y agentes conscientes e inconscientes de obstrucción de valores y del principio de autoridad. Es raro el caso de ex-religiosos y ex-sacerdotes que en la tarea docente no sean factores de disociación. En lo que respecta a los catequistas civiles, es de hacer notar que, en general, se trata de elementos inmaduros e inseguros, cuyo accio-

nar entre adolescentes de casi su misma edad se convierte indefectiblemente en factor de indisciplina. Agréguese a lo que antecede el hecho de que casi siempre se trata de jóvenes 'tercermundistas', con puntos de vista muy particulares en materia de orden, jerarquía y disciplina, que se convierten en verdaderos demoledores de todo principio de autoridad. Su informalismo y demagogia ha sido, en numerosos colegios, origen del resquebrajamiento de la disciplina y de conflictos con los docentes y hasta con las familias de los alumnos".[242]

Evidentemente, no hacía falta que los colegios entregaran los antecedentes de su personal, dado que los servicios de inteligencia parecían disponer de todo lo necesario para efectuar estos diagnósticos.

Ante el alud de versiones, sospechas y acusaciones, la Jerarquía se vio en la paradoja de tener que salir a defenderse, y de modo indirecto, proteger a los tercermundistas. En los primeros días de diciembre se reunió la Comisión Permanente del Episcopado para tratar el delicado asunto. En el comunicado difundido posteriormente, declaraban: "Esta Comisión Permanente ha estudiado con detenimiento y preocupación la situación difícil creada a los colegios católicos por distintas circunstancias y manifiesta: a) Durante las últimas semanas se han repetido insistentemente publicaciones periodísticas y opiniones de grupos que atacan la enseñanza impartida en algunos colegios católicos. Ante lo cual, esta Comisión Permanente quiere reconocer el enorme balance positivo en la tarea educadora de más de dos mil colegios católicos en todos los niveles existentes en la República, los cuales han contribuido eficazmente a plasmar y afianzar el sentido humano y cristiano en nuestra tradición argentina, habiéndolo hecho algunos de ellos desde los comienzos de nuestra vida civilizada. Si existieran en ellos actividades u orientaciones debidamente comprobadas que afectaran la doctrina de la Iglesia o los intereses fundamentales del país, el Episcopado no dudaría en reprobarlos y en tomar las medidas que correspondieren. Mientras tales pruebas no aparezcan claramente, pedimos a la opinión responsable y muy especialmente a los cristianos, no apresurarse a producir confusiones y condenas, injustas por prematuras, que afectan a personas e instituciones y esperar, en cambio, el pronunciamiento de la Iglesia o de la autoridad que correspondiere".[243]

Más allá de estos problemas, las autoridades militares lograron a corto plazo restablecer sus relaciones con la cúpula de la Iglesia, aunque no por ello dejarían de cumplir con sus planes.

La lista de víctimas crecería durante 1977 con los sacerdotes Carlos Bustos (detenido–desaparecido el 8 de abril en Buenos Aires) y Mauricio Silva Iribarnegaray (detenido–desaparecido el 14 de junio); el obispo de San Nicolás de los Arroyos, Carlos Ponce de León ("accidentado" el 11 de julio); las monjas francesas Alice Domon y Leonie Duquet, y el seminarista Marcos Cirio.

Otros religiosos detenidos y luego expulsados del país fueron Néstor García, José Czerepack, Julio Suan, Rafael Yacuzzi, Luis López Molina y Bernardo Canal Feijóo. Entre los presos reconocidos por el Poder Ejecutivo se contaban Francisco Gutiérrez, Raúl Troncoso, Hugo Mathot, Francisco J. Martín, René Nievas, Gianfranco Testa, Silvio Luizzi, Elías Muse, Joaquín Núñez y Omar Dinelli.

Debe agregarse a todos ellos una numerosa lista de laicos (catequistas, dirigentes gremiales, docentes, profesionales, etc.) que cayeron también en medio de la ola de violencia desatada en su contra.

V

CONCLUSIONES

A lo largo de este trabajo hemos podido comprobar que el movimiento tercermundista surgió como un canal alternativo para la protesta social ante el cierre de la vida política, gremial y cultural.

En este sentido, el período dictatorial que se extendió desde 1966 hasta 1973 no hizo más que abonar el terreno para que la prédica y el accionar del tercermundismo adquirieran una fuerza realmente importante.

Así como otros fenómenos sociales surgidos durante la década del sesenta (como el movimiento de rock nacional, el hippismo vernáculo o la guerrilla, según importantes trabajos de investigación)[244] ofrecieron un canal de participación alternativo, el tercermundismo expresó y dio cabida a una enorme cantidad de jóvenes que se sentían apartados de los problemas nacionales y que buscaban la posibilidad de manifestarse.

El Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo nunca fue un todo homogéneo y mantuvo su unidad y poder de atracción mientras identificó con claridad a un oponente: el régimen militar.

A partir del retorno a la vida democrática, ese referente se desvaneció y el Movimiento entró en un período de crisis irreversible (1973–1974). Al mismo tiempo que la apertura de los canales de participación tradicionales (partidos, sindicatos, universidades, medios de comunicación, etc.) le quitaron caudal a su poder de convocatoria, el Movimiento sufrió una definitiva fractura ideológica y religiosa.

La actitud a adoptar frente al peronismo en el poder los dividió ácidamente y las disputas sobre el acatamiento de las rígidas leyes de la Iglesia hicieron crisis al fin.

Al descomprimirse el tiempo de la protesta social y abrirse un paréntesis de esperanza frente a la nueva coyuntura política, su perfil se desdibujó.

El golpe decisivo en medio de esta etapa de confusión y debilitamiento lo asestó la ola represiva que lo envolvió entre 1974 y 1976. Los asesinatos, los secuestros, el exilio

forzado interno y externo, las amenazas y la intimidación condujeron al tercermundismo a la dispersión, a la desmovilización, al repliegue.

La corta duración del MSPTM no fue obstáculo, sin embargo, para que dejaran realmente una marca en el pensamiento de la Iglesia, herencia que ha fructificado quizá con más fuerza en el resto de América latina que en la Argentina. Con sus documentos y actividades se inicia prácticamente la reflexión teológica y la incorporación de temas como "liberación", "revolución", "violencia", "pueblo", "socialismo", "fe y compromiso político", etcétera.

Algunos, como Domingo Bresci,[245] consideran que "sus postulados fueron reconocidos por el cuerpo social y eclesial a tal punto que muchos de ellos son encontrados hoy en documentos como el difundido desde Puebla del Episcopado Latinoamericano o en la encíclica Laborem Exercens u otros discursos de Juan Pablo II, en la corriente de la Teología de la Liberación y en las nuevas vivencias de las comunidades cristianas".

Notas

[1] Citado en: Julio Flores, "La Iglesia en el Tercer Mundo" (*Transformaciones* nº 75, pág. 125).
[2] La crisis se advertía, para la Argentina, en la reducción del número de cuadros religiosos: sacerdotes diocesanos y religiosos; religiosos no sacerdotes y religiosas; seminaristas y nuevas vocaciones sacerdotales. Consultar al respecto: Nicolás Rosato, *Panorama estadístico de la Iglesia Argentina*. Bs. As., 1976, pág. 2.
[3] Las sesiones conciliares atravesaron constantes roces entre los grupos conservadores (las delegaciones de Italia, España, Portugal, Filipinas, Yugoslavia, Irlanda y la mayoría de las representaciones latinoamericanas y africanas) y los grupos innovadores nucleados alrededor de los cardenales Bea, Alfrink, Koening, Frings, el patriarca Máximo IV y algunos delegados de América latina y Africa. Un bloque moderado, liderado por los cardenales Montini (luego Pablo VI), Wyszynski, Gracias y Suenens, trataba de limar asperezas. Dos temas provocaban básicamente los enfrentamientos: la posición de la Iglesia ante los poderes temporales y la posibilidad de que los católicos tuvieran distintas opciones políticas, incluido el socialismo.
[4] Papa Juan XXIII, encíclica "Mater et Magistra", nº 43.
[5] Idem, nº 171.
[6] Papa Juan XXII, encíclica "Pacem in Terris", nº 43.
[7] Idem, nº 157.
[8] Idem, nº 158.
[9] Idem, nº 159. Este párrafo marcaba un gran contraste con la política anterior de la Iglesia que castigaba con prohibiciones, limitaciones y excomulgaciones el trato con el comunismo. Ver, por ejemplo, la encíclica "Divini Redemptoris" del Papa Pío XI (1937).
[10] Papa Pablo VI, constitución pastoral "Gaudium et Spes", nº 21.
[11] Cfr. "Kommunist", órgano del Comité Central del PCUS, abril de 1964 (citado en: *La revolución de la Iglesia latinoamericana*, Hugo Latorre Cabal, pág. 15).
[12] Papa Pablo VI, encíclica "Populorum Progressio", nº 32. En Wall Street se la llegó a considerar como 'marxismo recalentado".
[13] Idem, nº 31.
[14] Las ideas de Teilhard sobre la relación entre la Iglesia y el mundo de posguerra causaban no pocos resquemores dentro del ámbito católico. La difusión de su pensamiento, la problemática del celibato y demás cuestiones de la vida sacerdotal implicarían una gama de temas que abarcó el tercermundismo, mucho más amplia que la socioeconómica.
[15] Declaración y volante firmado por 16 sacerdotes (Jorge Pascale, Rodolfo Geltman, Antonio Caviggiolo, Eliseo Morales, Jorge Giordano, Julio Iocco, Alejandro Mayol, Miguel Mascialino, San-

tiago O'Farrell, Andrés Lanson, Francisco Diana, Marcelo Soler y Alberto Carbone) y la Juventud Universitaria Católica de Buenos Aires (11-8-65).

[16] Sobre los grupos políticos católicos consultar: Ricardo Parera, *Los demócrata-cristianos argentinos: testimonio de una experiencia política*. Bs. As., Ed. Buseni, 1986.

[17] *Joe Baxter* integró Tacuara y el SUD (Sindicato Unido de Derecho). En 1962 lideró la escisión izquierdista que fundó el MNRT (Movimiento Nacionalista Revolucionario Tacuara). En 1963, organizó y dirigió junto a José Luis Nell, Jorge Caffatti y otros el asalto al Policlínico Bancario. En 1964, el grupo fue desarticulado por la Policía Federal. Muchos fueron encarcelados. Baxter buscó en Vietnam la acción que ya no encontraba en la Argentina. En 1967, participó de la Conferencia de la OLAS, en La Habana. De regreso en el país encontró en el ERP (Ejército Revolucionario del Pueblo) un nuevo puesto de batalla. Sin embargo, en 1972, encabezó la escisión de la "fracción roja" (ultra-trotskista). Falleció en 1973, como consecuencia de un accidente aéreo en Orly, Francia. *José Luis Nell,* compañero de ruta de Baxter en el MNRT, fue detenido en 1964, pero posteriormente protagonizó una espectacular fuga de los Tribunales. Fugado al exterior, en 1965 reapareció en Montevideo, donde colaboró con otros ex MNRT en la formación de la guerrilla tupamara. Integrado al peronismo revolucionario, pasó a combatir junto a los "Montoneros". Herido de gravedad en la columna durante la "masacre de Ezeiza", el 20 de junio de 1973, Nell sufrió una parálisis que lo llevó al suicidio en septiembre de 1974. A principios de ese año, había roto con "Montoneros" por diferencias políticas.

El MNRT fue el antecedente directo de la FAP (Fuerzas Armadas Peronistas). Nell, Caride y Zavala Rodríguez, algunos de sus principales dirigentes, pasarían luego a "Montoneros". *Carlos Caride,* fundador de la primera Juventud Peronista en 1958, participó también del tacuarismo. En 1962 fue a la cárcel bajo la acusación de asesinar a una joven durante un ataque a un mitin universitario. En 1968, creó las FAP junto con Envar El Kadre y otros. Desmembradas por la Gendarmería en Taco Ralo, las FAP se reconstruyeron y hasta 1972 fueron el grupo armado peronista más organizado. Caride fue detenido en Buenos Aires en 1969 y permaneció en la cárcel hasta 1973. En 1974, volvió a ser detenido por su militancia en "Montoneros", grupo al que se había integrado con una fracción de las FAP. Fue abatido, finalmente, durante los años del Proceso. *Miguel Zavala Rodríguez* era un abogado de larga militancia en el peronismo. En 1963 integró el CAEH (Centro Argentino de Economía Humana) de tendencia socialcristiana. En 1968 fue co-fundador de las FAP, siendo detenido tras el desastre de Taco Ralo. En 1973, incorporado a "Montoneros", integró la lista de candidatos a disputados nacionales del FREJULI. En 1974, tras la renuncia de los diputados peronistas de la "Tendencia" en disidencia con las reformas al Código Penal impulsadas por Perón, Zavala Rodríguez llegó a ocupar un escaño. Sin embargo, en septiembre del mismo año, renunció al cargo ante el aislamiento al que lo sometía el bloque peronista, en 1975, apareció como consejero político del Movimiento Peronista Auténtico, brazo político del montonerismo, junto a Framini, Cepernic y Bidegain; y director del periódico partidario *El Auténtico*. En la Navidad del '76, ya producido el golpe militar, Zavala Rodríguez fue abatido en Buenos Aires durante un enfrentamiento con la policía.

[18] Denominación que identifica a un grupo de intelectuales de diversas extracciones políticas, entre los que se destacaron Juan José Hernández Arregui (sabattinismo radical), quien acuñó el nombre; Arturo Jauretche (forjismo); Rodolfo Puiggrós "Comunismo); Jorge Abelardo Ramos (trotskismo); Enrique Rivera (trotskismo); John William Cooke (peronismo revolucionario); Eduardo Astesano, Ismael Viñas, Silvio Frondizi, Jorge Eneas Spilimbergo y otros. Este grupo, con sus matices, llegó a valorar positivamente al peronismo a partir de su programa nacionalista-antiimperialista y popular. Zcercó al movimiento peronista a miles de jóvenes universitarios y profesionales de clase media que militaban en las distintas fracciones de la izquierda.

Hernández Arregui caracterizó a este movimiento intelectual de la siguiente manera: "En la Argentina, como producto de la transformación del país y de la evolución y confrontación de las ideas, ha crecido una tendencia que puede calificarse genéricamente como 'izquierda nacional'. Por izquierda nacional, en un país dependiente, debe entenderse en sentido lato, la teoría general aplicada a un caso nacional concreto, que analiza a la luz del marxismo, en tanto método de interpretación de la realidad, y teniendo en cuenta, en primer término, las peculiaridades y el desarrollo de cada país, la economía, la historia y la cultura en sus contenidos nacionales defensivos y revolucionarios, y coordina tal análisis teórico, con la lucha práctica de las masas contra el imperialismo, en el triple plano nacional, latinoamericano y mundial, en este orden.

Esta tendencia, en la Argentina, acusada falsamente por las derechas y las izquierda colonizadas de trotskista, no forma un grupo ideológico unitario ni parece destinada a convertirse en partido. Sus representante gravitan de una manera efectiva, sobre todo a través de su labor escrita, en la formación política de la clase obrera y en el cambio mental de vastos sectores sociales, particularmente en la masa estudiantil y los estratos inferiores de la clase media."

En *La formación de la conciencia nacional (193001960),* Juan

José Hernández Arregui, Buenos Aires, Editorial Plus Ultra, 1960 (1º edición); pág. 475-476.

[19] Juventud Universitaria Católica, "Documento al Episcopado Argentino", marzo de 1966 (citado en: Alejandro Mayol y otro, *Los católicos posconciliares en la Argentina*: pág. 137).

[20] Carlos Mugica, *Peronismo y Cristianismo,*, pág. 84.

[21] Carlos Eroles, *Juventud argentina de Iglesia*, pág. 65.

[22] "Principales coincidencias de la reunión de Quilmes" (en: Juan Luis Segundo y otros, *Iglesia latinoamericana: ¿protesta o profecía?* pág. 98 a 103).

[23] José Miguens, "La Iglesia ante el cambio social en la Argentina" (en: Lucio Gera y otros, *La Iglesia y el país*, pág. 52-54).

[24] Norberto Habegger, "Apuntes para una historia" (en: Alejandro Mayol y otros, *op. cit.*, pág. 163). Habegger fue un importante activista católico, militante de la Juventud Demócrata-cristiana. Se acercó al peronismo a partir del trabajo en las villas de emergencia y su vinculación con la CGT de los Argentinos. En 1968, fundó junto a Horacio Mendizábal y otros jóvenes peronistas al "Comando Descamisados", cuyo jefe máximo a partir de 1969 sería Dardo Cabo. Vinculado a "Descamisados", el grupo armado "Ejército Nacional Revolucionario" (ENR) sería luego el responsable de las ejecuciones de Vandor y Alonso, en 1969 y 1970, respectivamente. A fines de 1972, los "Descamisados" se integraron a "Montoneros". Después el golpe militar de 1976, Habegger y Mendizábal integraron la conducción en el exterior. Habegger fue secuestrado por el Ejército en Río de Janeiro en 1978 y jamás apareció. Mendizábal, detenido en 1975, había logrado fugar espectacularmente con la ayuda de su abogado cuando, en enero de 1976, se hallaba en Tribunales. Ya en el exterior fue nombrado jefe del "Ejército Montonero" y miembro de la Conducción Nacional del "Partido Montonero" (1979). Durante la "contraofensiva" montonera de 1979, comandó las Tropas Especiales de Agitación (TEA) y fue muerto a tiros por el Ejército en pleno Buenos Aires.

[25] Denominación que identifica a la corriente del catolicismo que privilegia una relación directa con los grupos de poder y el acceso al aparato estatal para obtener la construcción y conservación de una "sociedad católica". La integración que proponen con el poder temporal los lleva a hacer prevalecer las ideas de jerarquía, autoridad, orden social, y a luchar contra los "errores", heterodoxias o ataques a la doctrina a través de cualquier medio.

[26] *Primera Plana*, 19 de enero de 1971, pág. 53.

[27] Rogelio García Lupo, "Los cursillos de Cristiandad: partido secreto de Onganía"; publicado en *Marcha* (Montevideo), el 27 de diciembre de 1968. (en: *Mercenarios y monopolios en la Argentina*. Buenos Aires, Ed. Legasa, 1984; pág. 13).

[28] Norberto Habegger, *op. cit.*, pág. 166.

[29] Idem, pág. 166.

[30] La Universidad había subsistido un mes a la clausura de la vida política del país.

[31] Tanto la dictadura brasileña como la argentina se inspiraban en los principios de la "Doctrina de la Seguridad Nacional". Ambas combinaban un anticomunismo militante, el alineamiento con el Occidente cristiano, el desarrollismo dependiente como modelo de crecimiento y un estilo tecno-burocrático de gobierno.

[32] En: Roberto Baschetti (comp.), *Documentos de la Resistencia Peronista* (1955-1970). Buenos Aires, Puntosur editores, 1988; pág. 411.

[33] Idem, pág. 354.

[34] Norberto Habegger, *op. cit.*, pág. 165.

[35] Editorial del nº 1 de la revista *Cristianismo y Revolución* (en: Alejandro Mayol y otros, *op. cit.*, pág. 272).

[36] Carta al Episcopado, del equipo y colaboradores de la revista *Cristianismo y Revolución* (en: Alejandro Mayol y otros, *op. cit.*, pág. 286).

[37] "Oración para rezar en común durante la Misa del Día del Trabajador", Comando Camilo Torres (en: Alejandro Mayol y otros, *op. cit.* pág. 315).

[38] Fernando Abal Medina y Norma Arrostito, co-fundadores de "Montoneros", participaron en el secuestro y asesinado del Gral. Aramburu en 1970. Abal Medina fue abatido por la policía en septiembre de ese año junto a Gustavo Ramus, en tanto que Arrostito fue capturada por un "grupo de tareas" de la ESMA en diciembre de 1976. Permaneció en cautiverio hasta enero de 1978 mientras que comunicados oficiales habían anunciado su "muerte en enfrentamiento". Fue ejecutada en la ESMA, según testigos, vía envenenamiento. Arturo Lewinger fue co-fundador de las FAR. Llegó a oficial superior de la organización "Montoneros" después de 1972. Fue abatido en Mar del Plata el 25 de mayo de 1975 al intentar la liberación de dos detenidos en la seccional 2º. Roberto Quieto, líder de las FAR tras la muerte de Carlos Olmedo en 1970. En 1972, estando detenido en el penal de Rawson, logra fugar a Chile. En octubre de 1973, acuerda con Firmenich la fusión de FAR y Montoneros. En 1975 es secuestrado en San Isidro y jamás reaparece.

[39] "Carta de Juan Domingo Perón a Juan García Elorrio", Madrid, 20 de julio de 1969 (en: Roberto Baschetti, *op. cit.*, pág. 408).

[40] Norberto Habegger, *op. cit.*, pág. 173.

[41] Carlos Mugica, *op. cit.*, pág. 84. Textualmente decía Mugica: "...lo que realmente ha sido importante en esta evolución que está experimentando la Iglesia ha sido el sentimiento de culpa experimentado por muchos sacerdotes que aparecieron identificados con la oligarquía, con los opresores del pueblo. En el derrocamiento de Perón el clero se sintió a posteriori partícipe, colaboró

en la caída de Perón, e inmediatamente después de la caída de Perón muchos sacerdotes experimentamos que estábamos marginados del pueblo."

[42] Carlos Mugica, *op. cit.*, pág. 34.

[43] Hugo Latorre Cabal, *La revolución de la Iglesia latinoamericana;* pág. 53.

[44] Richard Gillespie, *Soldados de Perón. Montoneros*, pág. 85.

[45] "Evangelio y subversión". Firmado por Miguel Ramondetti, Andrés Lanson, J. Naves, T. von Schulz, S. O'Farrell, M. Catarineu y otros. (en: Juan Luis Segundo y otros, *op. cit.*, pág. 106).

[46] Idem, pág. 106.

[47] "Mensaje de los 18 Obispos del Tercer Mundo" (en: MSPTM, *Sacerdotes para el Tercer Mundo. Crónica, documentos, reflexión;* pág. 26)

[48] La carta decía: "Adherimos plenamente al texto del mensaje de 18 Obispos del Tercer Mundo, nos comprometemos a trabajar con todas nuestras fuerzas para poner en práctica, aquí en nuestro país, el contenido evangélico y profético de este documento. Deseamos vivamente que nuestros Obispos también se adhieran públicamente a las ideas de este mensaje, que no es más que una explicitación y ampliación del Concilio y de la encíclica Populorum Progressio a la realidad del Tercer Mundo y, por ende, de América Latina. Sobre todo en este momento en que los pueblos y las razas pobres toman conciencia de sí mismos y de la explotación de la cual todavía son víctimas, este mensaje dará valor a todos los que sufren y luchan por la justicia, condición indispensable de la paz."

[49] Para esa época el movimiento obrero argentino estaba dividido en tres grandes grupos: el *participacionista*, liderado por Rogelio Coria (UOCRA), que buscaba colaborar constantemente con el régimen militar; el *vandorista*, nucleado en la CGT "Azopardo" bajo la tutela de Augusto Timoteo Vandor (UOM); y el de la *CGT "de los Argentinos"*, conducido por Raimundo Ongaro (Gráficos). mientras el segundo fluctuaba entre el enfrentamiento y la conversación con el gobierno, el tercero albergaba a los gremios más castigados por la política económica (estatales, ferroviarios, obreros de las zonas del Interior atacadas por los planes de racionalización).

[50] Ongaro tenía posturas muy características del discurso tercermundista: "(...) A mi juicio, la tendencia cristiana revolucionaria tiene ante sí la gran oportunidad histórica de pasarle el plumero a los Evangelios que se vivieron en la época de Cristo y nunca más se cumplieron; tiene la oportunidad de socializar a esa Iglesia prostituida a los poderes materiales, concubina de cuanto millonario hubo al frente de los Estados, al frente de los ejércitos y al frente de las oligarquías. Hay que reiterar en nuestro tiempo el Sermón de la Montaña poniéndose al lado y a favor de los que

tienen hambre y sed de justicia. Hay que volver a tomar el látigo que no toman los monseñores... el látigo se usaba en la época de Cristo porque no había otra cosa más dura que reemplace al látigo, como hizo el padre Camilo Torres". (Roberto Baschetti, *Documentos de la Resistencia Peronista*, pp. 360-65).

[51] Raimundo Ongaro, discurso a los trabajadores del 1º de Mayo de 1968 (en: Roberto Baschetti, *op. cit.*, pág. 283-284).

[52] "A los Obispos de América Latina", junio de 1968 (en: MSPTM, *Sacerdotes para el Tercer Mundo. Crónica, documentos, reflexión;* pág. 46).

[53] Idem, p. 47. Los sacerdotes citan un párrafo del Documento básico preliminar para la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano.

[54] Idem, p. 47.

[55] El enfoque de la dependencia surgió a principios de los sesenta como alternativa al pensamiento desarrollista, impugnando la viabilidad de un desarrollo autónomo de los países subdesarrollados dentro del marco del capitalismo. "La dependencia —según Pedro Paz— es concebida como un sistema de relaciones de dominación, mediante el cual parte del excedente generado en la periferia es apropiado concentradamente por la fracción hegemónica de la burguesía de los países dominantes, y/o transferido hacia el centro". Este sistema de dominación generaba, según algunos autores, una "dependencia interna" ante la alianza de los grupos económicos más importantes con el capital extranjero. Mientras el primer enfoque nutrió proyectos políticos nacionalistas, desarrollistas, antiimperialistas, pero no anticapitalistas, el segundo apareció sosteniendo los programas antiimperialistas y anticapitalistas que apostaban a una sociedad socialista.

[56] Idem, pág. 48.

[57] Idem, pág. 48.

[58] Idem, pág. 50.

[59] El Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM) fue creado en 1955. Su primera Conferencia se había realizado en Río de Janeiro, en 1958, además de numerosas reuniones extraordinarias. La última antes de Medellín se había realizado en Mar del Plata en octubre de 1966. En aquella ocasión, el gobierno militar de Onganía presionó para impedir la concurrencia de Helder Cámara pero no pudo lograrlo.

[60] Medellín: Justicia, 3.2.

[61] Medellín: Justicia, 3.3.

[62] Idem.

[63] Medellín: Paz, 2.2.2.

[64] Medellín: Paz, 2.2.4.

[65] Medellín: Conclusiones pastorales.

[66] MSPTM, *op. cit.*, pág. 13.

[67] MSPTM, *op. cit.*, págs. 52-53.

[68] Idem, págs. 55-56.
[69] Ver, por ejemplo, *Informaciones Católicas Internacionales* del 2 de diciembre de 1969.
[70] MSPTM, *op. cit.*, pág. 56.
[71] Idem, pág. 56.
[72] Idem, págs. 57-59.
[73] Idem, pág. 59.
[74] Idem, pág. 61.
[75] En: Alejandro Mayol y otros, *op. cit.*, pág. 179.
[76] MSPTM, *op. cit.*, pág. 65.
[77] Idem, págs. 66-67.
[78] En: Alejandro Mayol y otros, *op. cit.*, pág. 177.
[79] Idem, pág. 380.
[80] Idem, pág. 381.
[81] Idem, pág. 388.
[82] Idem, pág. 389.
[83] Idem, pág. 389.
[84] Idem, pág. 389.
[85] Idem, pág. 390.
[86] Idem, pág. 391.
[87] Idem, pág. 392.
[88] MSPTM, *op. cit.*, pág. 16.
[89] Idem, pág. 16.
[90] En: MSPTM, *op. cit.*, pág. 69.
[91] Idem.
[92] Un elemento importante dentro del movimiento obrero, y enrolado precisamente en la CGT de los Argentinos, comienza a ser el "clasismo". Sindicatos, por ejemplo, como SITRAC y SITRAM o el LyF de Tosco.
[93] En: Alejandro Mayol y otros, *op. cit.*, pág. 73.
[94] Idem, pág. 73.
[95] Idem, págs. 73-74.
[96] Idem, pág. 77.
[97] Idem, págs. 79-80.
[98] Discurso de Onganía, 4 de junio de 1969.
[99] MSPTM, *op. cit.*, pág. 89.
[100] Idem, pág. 90.
[101] Idem, pág. 91.
[102] Idem, pág. 91.
[103] Cfr. Gral. Alejandro. A. Lanusse, *Mi testimonio*, cap. 3º.
[104] Yacuzzi: Carta abierta al Gral. Onganía (en: Alejandro Mayol y otros, *op. cit.*, págs. 396-398).
[106] Para esta época se destacaba dentro del peronismo revolucionario la figura el mayor Bernardo Alberto. Delegado de Perón durante los sesenta, fue asesinado en la noche del 23 de marzo de 1976, en las vísperas del golpe militar. SU visión de los cristianos en la coyuntura era muy marcada: "Todo cristiano si es

sincero, en esta época, como en todas, debe ser un revolucionario. Si no es un mistificador o es un ingenuo que cree que su obligación está en la defensa de un 'orden' que la propaganda ha llamado 'occidental y cristiano' y que en la realidad nos hace ver que ese orden está basado en formulaciones políticas, económicas y sociales que buscan como objetivo fundamental la explotación del hombre por parte de los poderosos". (En Roberto Baschetti, *op. cit.*, págs. 336-337. Tomado de un artículo aparecido en "Cristianismo y Revolución" de abril de 1969.)
[107] Sobre el ENR, ver nota nº 24.
[108] *La Nación*, 1-7-69, pág. 20.
[109] En un informe elevado a posterior por Rockefeller al presidente Nixon llamaba la atención sobre la necesidad de apoyar a los gobiernos militares que se multiplicaban por toda América Latina. Resaltaba el rol de la elite militar ante el fracaso de las capas medias para conducir hegemónicamente los procesos de ajuste económico. Confiado en la influencia que ejercían sobre las oficiales latinoamericanos los cursos de adiestramiento/adoctrinamiento en Panamá y Estados Unidos, Rockefeller los exaltaba como "una fuerza de gran importancia para el cambio social constructivo".
[110] El "Ejército de Liberación Nacional" fue el embrión de las FAR y estaba comandado por Carlos Olmedo. EL nombre pretendía referir su accionar al del "ELN" que Ernesto Guevara dirigiese en Bolivia.
[111] *La Prensa*, 11-7-69, pág. 5.
[112] MSPTM, *op. cit.*, pág. 19. El diario que publicó la nota fue *La Razón*.
[113] Idem, págs. 92-93.
[114] Idem, pág. 93.
[115] Idem, pág. 93.
[116] Idem, pág. 94.
[117] Cfr.: *Inédito*, nº 68, octubre 1969; y *Extra*, nº 55, febrero 1970.
[118] *La Nación*, 5-12-69, pág. 22.
[119] *Revista del CIAS*, nº 189, pág. 15.
[120] MSPTM, *op. cit.*, pág. 105.
[121] Idem, pág. 107.
[122] *Revista del CIAS*, nº 189. Pertenece a la Orden Jesuita.
[123] Obvia referencia al MSPTM.
[124] El origen de la denominación "Teología de la Liberación" estuvo dado por un informe encargado al sacerdote peruano Gustavo Gutiérrez en julio de 1968, sobre la interpretación del desarrollo latinoamericano. Al mismo tiempo que el MSPTM crecía en la Argentina, otros grupos similares se desarrollaban por toda América Latina: ONIS en Perú, GOLCONDA en Colombia, Iglesia Joven y Cristianos por el Socialismo en Chile, Sacerdotes para el Pueblo en México, etc. Para una historia breve de su origen y

evolución histórica, así como un esbozo de los lineamientos principales de la "Teología de la Liberación", consultar: Samuel Silva Gotay, "El pensamiento religioso" (en: Leopoldo ZEA [coord.], *América Latina en sus ideas*, México, Siglo XXI editores, 1986; págs. 118-157). Contiene, asimismo, una extensa bibliografía seleccionada sobre el tema.

[125] La figura de Agustín Tosco como dirigente gremial y referente político de la izquierda marxista se acrecentó después del "Cordobazo". Las constantes persecuciones y las reiterados encarcelamientos no lograron quebrar su actividad. Sus contactos son sacerdotes o líderes tercermundistas como Nasser o Mugica, personales y epistolares, confirman la pluralidad de matices ideológicos que observaban con interés el accionar del MSPTM. Tosco falleció en 1975, en la clandestinidad, como resultado de la imposibilidad de tratar adecuadamente una enfermedad que lo aquejaba. En un reportaje concedido a *El Diario* de Santa Fe, el 20 de septiembre de 1970 había expresado lo siguiente al serle requerida una opinión sobre la violencia: "Mi opinión sobre la violencia es la misma que ha sido definida por la reunión del Episcopado Latinoamericano en Medellín. Latinoamérica sufre de una violencia institucionalizada que oprime al hombre, lo frustra e impide su realización al mínimo nivel de la dignidad humana. Esta violencia ha engendrado su respuesta que en muchos casos corresponde —como dice Medellín— a una legítima defensa. Esto no significa sustentar como medio político la violencia ni como objetivo humano. Nosotros sostenemos que el hombre es un ser de paz que busca su redención. Pero en definitiva los grandes responsables de la situación en crisis, de violencia, no son los que actúan en respuesta sino quienes la generan basados en un concepto discriminatorio de la sociedad en la cual deben existir círculos privilegiados y grandes masas humanas postergadas".

[126] MSPTM, *Sacerdotes para el Tercer Mundo. Crónica, documentos, reflexión*, pág. 110.

[127] Cfr., revista *Envido*, nº 4, junio 1970.

[128] "Comunicado de Santa Fe" (en: MSPTM, *op. cit.*, pág. 112).

[129] Idem, pág. 115.

[130] "Ante el secuestro del Gral. Aramburu y la destitución del Gral. Onganía" (en: MSPTM, *op. cit.*, pág. 116).

[131] *Revista del CIAS*, nº 195-196, pág. 24.

[132] El padre Hernán Benítez era una figura relevante por sus anteriores actividades como asesor de la Fundación Eva Perón; confesor de Evita; director de la Revista de la Universidad de Buenos Aires y mediador entre Perón y el Vaticano en 1947.

[133] "Sacerdotes de Córdoba ante los sucesos de La Calera" (en: MSPTM, *op. cit.*, pág. 118).

[134] Idem.

[135] Cfr., *El Cronista Comercial* del 8 de agosto de 1970.

[136] Francisco de Paula Oliva, "Los Sacerdotes para el Tercer Mundo y la prensa nacional" (en: *Revista del CIAS*, nº 195-196).

[137] *La Razón*, 16 de julio de 1970, pág. 12.

[138] Rubén Dri, *La Iglesia que nace del pueblo*, pág. 10.

[139] *La Razón*, 18 de julio de 1970, pág. 1.

[140] Comunicado Nacional del 25-7-70 (en: MSPTM, *op. cit.*, pág. 121).

[141] *La Razón*, 28 de julio de 1970, pág. 1.

[142] Entre ellos: monseñor Octavio Derisi (rector de la UCA), monseñor Enrique Lavagnino, Guillermo Furlong, Julio Meinvielle, Agustín Luchía Puig, Luis Etcheverry Boneo y José María Lombardero.

[143] *La Nación*, 2 de agosto de 1970, pág. 1.

[144] Idem.

[145] *La Nación*, 2 de agosto de 1970, pág. 14.

[146] Idem.

[147] Algunos de los firmantes eran: Eugenio Alvear, Martín de Alzaga, Martín Achával, Carlos Adrogué, Eduardo Arroyo Benegas, Norberto Agrelo, Ezequiel Bustilo, Julia Elena R. de Bunge, Hugo Bunge Guerrico, Alberto Benegas Lynch, María Rosa Coll Benegas, César Carman, Alberto Dodero, Enrique Duhau, Florencio Etcheverry Boneo, Enrique García Merou, Elvira C. de Garza Paz, Enrique de Gandía, Sara D. de Méndez Lynch, Daniel Larriqueta, Santiago Lanusse, Vicente Massot, Miguel A. Martínez de Hoz, Enrique Patrón Costas, José María Paz Anchorena, Diego Ramos Mejía, Pablo Terán Nogués, Jorge D. Urquiza Anchorena y Rodolfo Zuberbühler. Entre los militares figuraban el almirante Isaac Rojas, el contraalmirante Sánchez Sañudo, el coronel Juan J. Montiel Forzano, los generales Federico Toranzo Montero, Cecilio y Bernardino Labayru, los capitanes de fragata Julio Anelli, Alberto Antonini y Rolando Franco, y el vicealmirante Jorge Desimoni.

[148] *La Nación*, 2 de agosto de 1970, pág. 14.

[149] El grupo se autodenominaba como "laicos asistidos por el mandato del Apostolado Seglar" y contaba entre sus integrantes con Jorge Alvarez Colodrero, Gerardo Ancarola, Germán Bidart Campos, Estanislao del Campo Wilson, Jorge García Venturini, Rafael García Ledesma, Manuel Ordóñez, Arturo Seeber y Carlos A. de la Vega.

[150] *La Nación*, 4 de agosto de 1970, pág. 10.

[151] Mariano Grondona, "Cristianismo y subversión" (en: revista *Mercado*, nº 56, 6-8-70, págs. 11-12).

[152] *La Nación*, 5 de agosto de 1970, pág. 10.

[153] La nómina se completada con los obispos Moisés Blanchoud, Germiniano Esorto, José Miguel Medina, Manuel Tato, Jorge Kémerer, Carlos Cafferata, Manuel Marengo, Antonio Rossi y

Olimpo Karesma.
[154] "Declaración de la Comisión Permanente del Episcopado", Introducción (en: *Documentos del Episcopado [1965-1981]*. Colección completa del magisterio postconciliar de la Conferencia Episcopal Argentina. Buenos Aires, Editorial Claretiana, 1982, pág. 120).
[155] Cita perteneciente al "Comunicado de Santa Fe". Ver pág. 54.
[156] "Declaración de la Comisión Permanente..." (en: *op. cit.*, pág. 124).
[157] "Comunicado de los coordinadores Regionales del MSPTM", Córdoba, 27 de junio de 1969.
[158] Idem.
[159] Documento "Justicia", perteneciente a la "Declaración de San Miguel" de la CEA (1969) (en: *op. cit.*, pág. 80).
[160] Cfr., revista *Víspera*, nº 24-25, 1971, pág. 111.
[161] "Nuestra reflexión: carta a los Obispos Argentinos" (en respuesta a la declaración de la Comisión Permanente del Episcopado), (en: *Polémica en la Iglesia. Obispos argentinos y sacerdotes del Tercer Mundo*, pág. 48).
[162] Idem, pág. 49 (subrayado del autor).
[163] Idem, pág. 49.
[164] Idem, pág. 50.
[165] Idem, pág. 50.
[166] Idem, pág. 51.
[167] Idem, pág. 86.
[168] Idem, págs. 87-88.
[169] Idem, pág. 90.
[170] Idem, pag. 90.
[171] Idem, pág. 92.
[172] Idem, pág. 92.
[173] Idem, pág. 92.
[174] Idem, pág. 95
[175] Idem, págs. 106-107.
[176] Idem, pág. 107.
[177] *Nacional* por el respeto a la idiosincrasia y necesidades del pueblo así como por su rechazo de toda dominación extranjera; *popular* porque es el pueblo quien participa y decide su destino, crea sus organizaciones y controla a sus dirigentes; *latinoamericano*, porque cre imprescindible la solidaridad e integración con el resto de América Latina para alcanzar la liberación; *humanista*, dado que el hombre debe primar por sobre cualquier otro interés, teniendo la posibilidad de realizarse cultural, espiritual y éticamente; y *crítico*, porque toda realización temporal es imperfecta y debe renovarse y mejorar constantemente.
[178] Idem, pág. 110.
[179] Las citas del Evangelio aparecen permanentemente cuando los sacerdotes tercermundistas tratan de demostrar la raíz puramente evangélica de su pensamiento, siendo Mateo y Lucas los más utilizados.

[180] Idem, pág. 114.
[181] Idem. pág. 115.
[182] Idem. pág. 115.
[183] Idem pag 119
[184] Idem, pág. 122.
[185] Monseñor Miguel Medina; citado en *Primera Plana*, nº 416, del 19 de enero de 1971, pág. 52.
[186] *La Nación*, 12 de septiembre de 1970, pág. 6.
[187] Idem.
[188] Idem.
[189] *Primera Plana*, nº 416, 19 de enero de 1971, pág. 55.
[190] Idem, pág. 55.
[191] Idem, pág. 51.
[192] Idem, pág. 52.
[193] *Crónica*, 20 de febrero de 1971.
[194] Editorial del diario *La Prensa* del 1º de mazo de 1971.
[195] *La Nación*, 5 de junio de 1971, pág. 20.
[196] Idem.
[197] Idem.
[198] Cfr., por ejemplo, revista *Envido*, nº 4, septiembre de 1971; Rolando Concatti, *Nuestra opción por el peronismo;* Carlos Mugica, *Peronismo y cristianismo*.
[199] *Víspera*, nº 24-25, 1971, pág. 120.
[200] Idem, pág. 121.
[201] Idem, pág. 122.
[202] Idem, pág. 122.
[203] Idem, pág. 123.
[204] Idem, pág. 127.
[205] Idem, pág. 127.
[206] Idem, pág. 128.
[207] Idem, pág. 129.
[208] Idem, pág. 129.
[209] Idem, pág. 130 (subrayado del autor).
[210] Carbone pudo probar que asistió a una función cinematográfica en la Sala del Instituto de Cultura Religiosa Superior (Rodríguez Peña 104, Capital) la noche del suceso. La versión el portero de la Casa del Clero, que afirmó ver regresar a Carbone a las 2 de la madrugada (el ataque fue a las 3 en Zárate y la ruta desde la Capital estaba en reparaciones) y luego desayunar a las 8, disipó definitivamente las sospechas. Por otra parte, el dictamen del fiscal Jorge González Novillo consideraba la miopía de alto grado de Carbone y sus condiciones físicas y de edad como impedimentos relevantes que llevaban a descartar la hipótesis de su participación en el hecho (Cfr., Boletín del Centro de Documentación del CIAS, nº 1, 1º de junio de 1972).

[211] Cfr., Francisco Urondo, *La Patria Fusilada,* Ediciones de Crisis, Buenos Aires, 1973. Urondo, poeta y periodista, se había incorporado a las FAR a fines de los sesenta. Arrestado en 1972, fue liberado el 25 de mayo de 1973 en virtud de la amnistía sancionada por el Congreso. En la noche del 24, con el penal de Villa Devoto tomado por los presos, Urondo entrevistó a los tres sobrevivientes de la matanza: María Antonia Berger, Alberto Miguel Camps (ambos de FAR) y Ricardo René Haidar (Montoneros). Urondo fue designado posteriormente director del Departamento de Letras de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA (1973). En septiembre de 1974, ya integrado a "Montoneros", pasó a la clandestinidad, volcándose a actividades militares. El 17 de junio de 1976, en medio del desbande montonero, cayó en una emboscada en Mendoza, suicidándose con una cápsula de cianuro luego de agotar sus municiones. Tampoco Berger, Camps y Haidar lograrían franquear con vida el "Proceso", 2-12) *Clarín,* 7 de septiembre de 1972 (citado en Boletín del Centro de Documentación del CIAS, nº 2, 13 de septiembre de 1972, pág. 8).
[213] Idem.
214 "Dependencia o Liberación" (en: MSPTM, *Los sacerdotes para el Tercer Mundo y la actualidad nacional,* pág. 102).
[215] Idem.
[216] Idem.
[217] "Carta del MSPTM a la Asamblea de los obispos argentinos", Santa Fe, 28 de septiembre de 1972 (en: MSPTM, *op. cit.,* pág. 9).
[218] Idem, pág. 13.
[219] "Carta del Gra. Perón a los sacerdotes del MSPTM" (en: *Víspera,* nº 24-25, 1971, pág. 124).
[220] Idem, pág. 124.
[221] Idem, pág. 125.
[222] "Ante el regreso de Perón" (en: MSPTM, *op. cit.,* pág. 119. El subrayado aparece como redondilla en el original).
[223] "Perón: misión de la Iglesia" (en: Boletín del Centro de Documentación del CIAS, nº 7, 20 de junio de 1973, pág. 7).
[224] Idem, pág. 9.
[225] Rubén Dri, *op. cit.,* pág. 106. Ver además revista *Así,* diciembre de 1972.
[226] "Entrevista de 60 sacerdotes del MSPTM con el Gral. Perón", 9 de diciembre de 1972 (en: MSPTM, *Los sacerdotes para el Tercer Mundo y la actualidad nacional,* pág. 120.
[227] Sobre los fundamentos del apoyo al FREJULI, ver, por ejemplo: "Declaración el MSPTM-Avellaneda" (en: revista *Envido,* nº 9, mayo de 1973).
[228] Ver: *Noticias,* 26 de marzo de 1974, pág. 1; *Militancia peronista para la liberación,* nº 38, 28 de marzo de 1974, pág. 8; y *El Descamisado,* nº 46, 2 de abril de 1974.

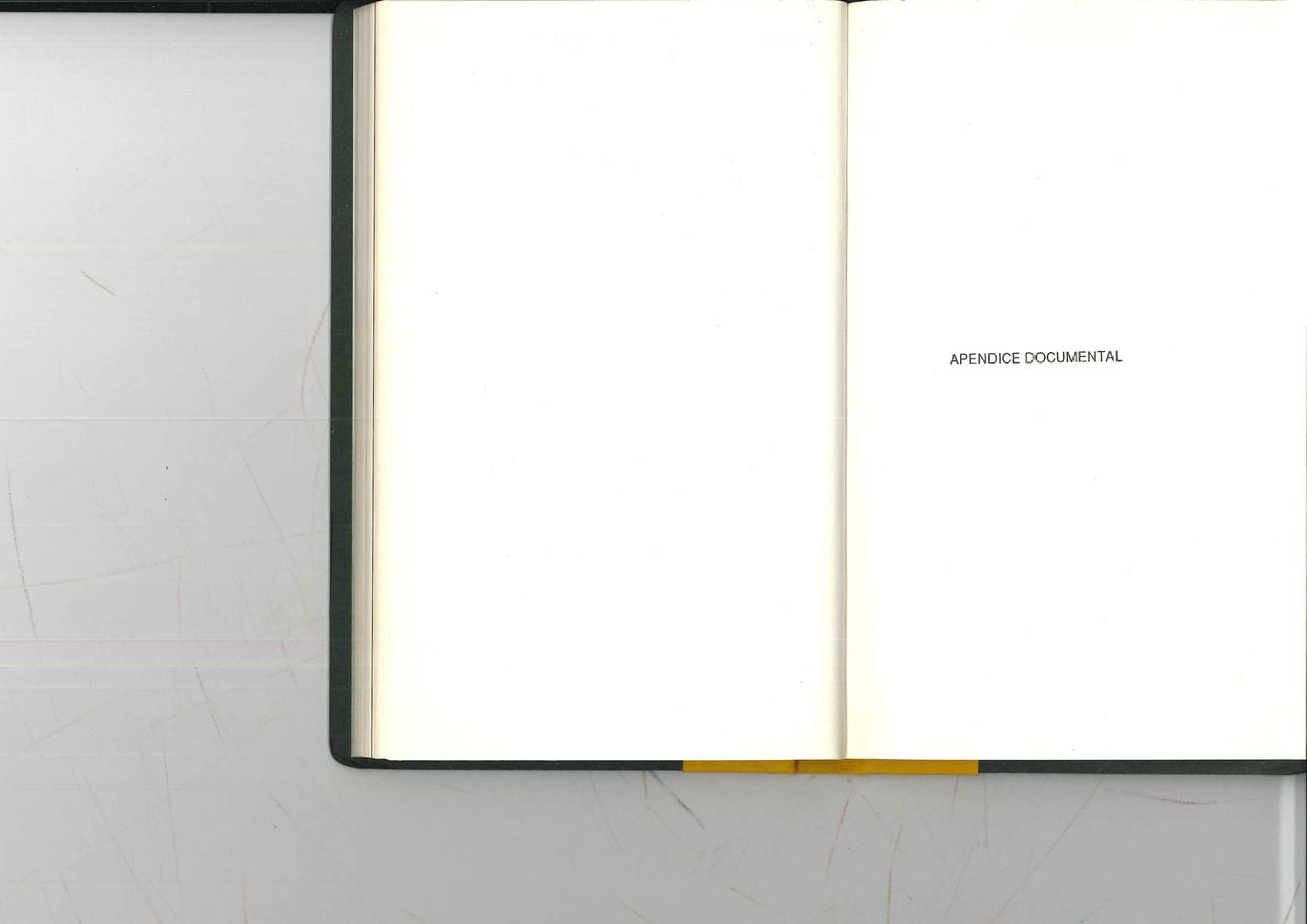
[229] Documento del MSPTM del 29 de abril de 1974. en: *Víspera,* septiembre de 1974, año 8, nº 35, págs. 4-5.
[230] *El Cronista Comercial,* 30 de abril de 1974, pág. 14; *La Opinión,* 12-5-74.
[231] *El Peronista,* nº 5, 21 de mayo de 1974.
[232] Ver: Domingo Bresci, "Panorama de la Iglesia católica en la Argentina, 1958-1984" (en: *Sociedad y Religión,* nº 5, diciembre 1987, pág. 71).
[233] Directiva del Comando en Jefe del Ejército nº 504/77. Anexo 5: ámbito religioso; págs. 1-2.
[234] CONADEP, *Nunca más,* EUDEBA, Buenos Aires, 1984, pág. 349.
[235] Idem, pág. 357.
[236] Cfr., Jorge A. Soneira y Juan Lumermann, *Iglesia y Nación,* pág. 71.
[237] Directiva del Comando en Jefe del Ejército nº 504/77. Anexo 5: ámbito religioso, págs. 2-2.
[238] Idem.
[239] *La Nación,* 22 de diciembre de 1976, pág. 1. "Comunicado de la Unión de Padres de Familia del Colegio San Miguel".
[240] *La Razón,* 1º de diciembre de 1976, pág. 1.
[241] El diario *Buenos Aires Herald* llamó la atención sobre el lenguaje utilizado por la prensa y comparó este titulado con el mensaje dejado por los asesinos de los Padres Palotinos. Ver, editorial del día 3 de diciembre de 1976, firmado por Robert Cox.
[242] *La Razón,* 2 de diciembre de 1976, pág. 1.
[243] "Declaración de la Comisión Permanente de la CEA" (en: *La Nación,* 4 de diciembre de 1976, pág. 7).
[244] Consultar, por ejemplo: Claudia Hilb y Daniel Lutzky, *La nueva izquierda argentina: 1960: 1980.* Biblioteca Política Argentina, 70, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1984; Pablo Vila, "Rock nacional, crónicas de la resistencia juvenil", en Jelin, Elizabeth (comp.): *Los nuevos movimientos sociales/1. Mujeres. Rock nacional.* Biblioteca Política Argentina, 124, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1985; y Alfredo Beltrán Fuentes, *La ideología antiautoritaria del rock nacional.* Biblioteca Política Argentina, 278, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1989.
[245] Domingo Bresci, *op. cit.,* pág. 69.

Bibliografía

"Argentina: mientras el Presidente Onganía consagra el país a la Virgen, algunos obispos y sacerdotes denuncian la miseria del pueblo" (en: *Informaciones Católicas Internacionales* nº 350, 2 de diciembre de 1969)
"En Argentina, los sacerdotes salen a la calle" (en: *Informaciones Católicos Internacionales* nº328, 2 de enero de 1969).
Battistella, Giulio: *Argentina. Una chiesa contradittoria: perseguitata e consevatrice.* Bologna, Emi-Quaderni ASAL nuova serie nº 12, 1979.
Boasso, Fernando: *¿Qué es la Pastoral Popular?* Buenos Aires, Editorial Patria Grande, 1975.
—"Una situación argentina: anécdota y problema" (en: *Revista del CIAS*, Nº 195-196, agosto-septiembre de 1970)
Bojorge, Horacio; *Retrato de Camilo Torres.*
Bresci, Domingo: "Panorama de la Iglesia Católica en Argentina, 1958-1984" (en: *Sociedad y Religión*, nº5, diciembre 1987).
Camara, Helder: *Iglesia y desarrollo.* Buenos Aires. Ed. Búsqueda, 1973.
Devoto, Alberto: *Una respuesta al clamor de los pobres.* Buenos Aires, Ed. Búsqueda, 1968.
Dodson, Jimmie Michael: *Religious innovation and the politics of Argentina: a Study of the Movement of Priets for the Thirld World.* Ph. D. Dissertation, Indiana University, 1974.
Dri, Rubén: *La iglesia que nace del pueblo.* Buenos Aires, Ed. Nueva América, 1987.
Eggers Lan, Conrado: *Cristianismo, marxismo y revolución social.* Buenos Aires, Ed. Jorge Alvarez, 1964.
—*Izquierda, peronismo y socialismo nacional.* Buenos Aires, Ed. Búsqueda, 1972.
—*Peronismo y liberación nacional.* Buenos Aires, Ed. Búsqueda, 1973.
—*Violencia y estructuras.* Avellaneda, Ed. Búsqueda, 1970.

Eroles, Carlos: *Juventud argentina e Iglesia.* Buenos Aires, Ed. Paulinas, 1982.
Farrell, Gerardo: *Iglesia y pueblo en Argentina *1860-1974).* Buenos Aires, Ed. Patria Grande, 1976.
Flores, Julio: "La Iglesia en el Tercer Mundo" (en: *Transformaciones* nº 75, 1972)
Forni, Floreal: "Catolicismo y peronismo" (en: *Unidos,* nº 14 abril 1987, nº 17, diciembre 1987 y nº 18, abril 1988).
Gera, Lucio y Rodríguez Melgarejo, Guillermo: "Apuntes para una interpretación de la iglesia argentina" (en: *Víspera,* año IV, nº 15, febrero 1970; pág. 59-88).
Gera, Lucio: "La misión de la Iglesia y del presbítero a la luz de la teología de la liberación" (en: *Pasos,* nº 14, 14 de agosto de 1972; pág. 1-21).
Gera, Lucio; Sily, Alberto; Miguens, José; Suárez, Francisco y O'Farrell, Justino: *La Iglesia y el país.* Buenos Aires, Ed. Búsqueda, 1967.
Gerassi, John (ed.): *Revolutionary priest.* Harmondsworth, Penguin, 1973.
Habegger, Norberto: *El desafío de los argentinos* (en: *Mensaje,* XVIII, nº 183, octubre 1969).
—*Camilo Torres: el cura guerrillero.* Buenos Aires, Peña Lillo Editor, 1967.
Laje, Enrique: *Apuntes sobre Iglesia y liberación: la liberación desde la realidad argentina.*
Latorre Cabal, Hugo: *La revolución de la Iglesia latinoamericana.* México, Cuadernos de Joaquín Moritz, 1969.
Luzzi, Jacinto: "Cómo se gestó la Teología de la Liberación" (en: *Revista del CIAS,* nº 347).
—"¿Qué es el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo?" (en: *Estudios,* nº 614, septiembre 1970).
Mayol, Alejandro; Habegger, Norberto; Armada, Arturo: *Los católicos posconciliares en la Argentina.* Buenos Aires, Ed. Galerna, 1970.
Mc Geagh, Robert: *Relaciones entre el poder político y el poder eclesiástico en la Argentina.* Buenos Aires, Itinerarium S.A., 1988.
Mignone, Emilio Fermín: *Iglesia y dictadura.*
Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo: *Sacerdotes para el Tercer Mundo. Crónica, documentos, reflexión.* Buenos Aires, Publicaciones del MSPTM, 1970. (Edición preparada por Domingo Bresci y Rolando Concatti, con la colaboración de Lucio Gera.)

—*¿Qué son los Sacerdotes para el Tercer Mundo?* Buenos Aires, Publicaciones del MSPTM, 1971.
—*Nuestra Reflexión: versión definitiva.* En tono a la declaración de la Comisión Permanente del Episcopado Argentino del día 12 de agosto de 1970. Buenos Aires, Publicaciones del MSPTM, 1970.
—Los Sacerdotes para el Tercer Mundo y la actualidad nacional. Buenos Aires, Ed. La Rosa Blindada, 1973.
—*El Pueblo ¿dónde está?.* Buenos Aires, Publicaciones del MSPTM, 1975.
—*Nuestra opción por el Peronismo.* Mendoza, Publicaciones del MSPTM–Regional Mendoza, 1972 (redactado por el presbítero Rolando Concatti).
"Un movimiento revolucionario en la Iglesia: los 'Sacerdotes para el Tercer Mundo' de Argentina" (en: *Informaciones Católicas Internacionales,* nº 381, 1º de abril de 1971; pág. 21 a 27).
Mugica, Carlos: *Peronismo y cristianismo.* Buenos Aires, Ed. Merlín, 1973.
—*Una vida para el pueblo.* Buenos Aires, Ed. Pequén, 1984.
Musto, Osvaldo: *Tercer Mundo.* Buenos Aires, Ed. Paulinas, 1975.
Ossa, Manuel: "Argentina: iglesia y política" (en: *Mensaje,* XIX, nº 193, octubre 1970).
de Paula Oliva, Francisco: "Los sacerdotes del Tercer Mundo y la prensa nacional" (en: *Revista del CIAS,* nº 195–196).
Polémica en la Iglesia. Obispos argentinos y sacerdotes del Tercer Mundo. Avellaneda, Ed. Búsqueda, 1970.
Sacheri, Carlos A.: *La Iglesia clandestina.* Buenos Aires, Ediciones del Cruzamante, 1970.
Scannone, Juan Carlos: "La Teología de la Liberación" (en: *Revista del CIAS,* nº 221).
Segundo, Juan Luis y otros: *Iglesia latinoamericana: ¿protesta o profecía?.* Avellaneda, Ed. Búsqueda, 1969.



APENDICE DOCUMENTAL

Documento Nº 1: "Mensaje de los 18 Obispos del Tercer Mundo" (1967)

15 de agosto de 1967

Presentación

Frente a los movimientos profundos que actualmente sublevan a las masas obreras y campesinas del Tercer Mundo, algunos obispos, pastores de estos pueblos, dirigen este mensaje a sus sacerdotes, a sus fieles y a todos los hombres de buena voluntad. Esta carta prolonga y adapta la encíclica sobre el desarrollo de los pueblos.

Desde Colombia y Brasil hasta Oceanía y China, pasando por el Sahara, Yugoslavia y el Medio Oriente, la luz del Evangelio esclarece las preguntas que, casi siempre las mismas son planteadas por todas partes.

En el momento en que los pueblos pobres, toman conciencia de sí mismos y de la explotación de la cual todavía son víctimas, este mensaje dará valor a todos los que sufren y luchan por la justicia, condición indispensable de la paz.

El mensaje

1. Como obispos de algunos de los pueblos que se esfuerzan y luchan por su desarrollo, nosotros unimos nuestra voz al llamado angustioso del Papa Paulo VI en la encíclica "Populorum Progressio" con el fin de precisar sus deberes a nuestros sacerdotes y fieles, y para dirigir a todos nuestros hermanos del Tercer Mundo algunas palabras de aliento.

2. Nuestras Iglesias situadas en el Tercer Mundo se ven mezcladas en el conflicto en el que se enfrentan ahora no sólo Oriente y Occidente, sino los tres grandes grupos de pueblos: las potencias occidentales enriquecidas en el siglo pasado, dos grandes países comunistas transformados en grandes potencias y, finalmente, ese Tercer Mundo que busca cómo escapar del dominio de los grandes y

desarrollarse libremente.

Inclus dentro de las naciones desarrolladas, ciertas clases sociales, ciertas razas o ciertos pueblos no han obtenido todavía el derecho a una vida verdaderamente humana. Un empuje irresistible lleva a estos pueblos pobres hacia su promoción para liberarse de todas las fuerzas de opresión. Si bien la mayoría de las naciones han logrado conquistar su libertad política, son todavía raros los pueblos económicamente libres. Son igualmente raros aquellos donde reina la igualdad social, condición indispensable de una verdadera fraternidad, ya que la paz no puede existir sin justicia. Los pueblos del Tercer Mundo forman el proletariado de la humanidad actual, explotados y amenazados en su existencia misma, por aquellos que se arrogan el derecho exclusivo, porque son los más fuertes, de ser los jueces y los policías de los pueblos materialmente menos ricos. Ahora bien, nuestros pueblos no son ni menos honestos ni menos justos que los grandes de este mundo.

I. Libertad ante los sistemas políticos, económicos y sociales

3. En la evolución actual del mundo, se han producido o se están produciendo revoluciones. Ello no tiene nada de sorprendente. Todos los poderes ya establecidos han nacido, en una época más o menos lejana, de una revolución, es decir, de una ruptura con un sistema que ya no aseguraba el bien común y de la instauración de un nuevo orden más apto para procurarlo. No todas las revoluciones son necesariamente buenas. Algunas no son más que revueltas palaciegas y no producen más que cambios de opresión del pueblo. Algunas hacen más mal que bien, "engendrando nuevas injusticias..." (Populorum Progressio Nº 31).

El ateísmo y el colectivismo a los cuales ciertos movimientos sociales creen deben ligarse, son peligros graves para la humanidad. Pero la historia muestra que ciertas revoluciones eran necesarias y se han desprendido de su antirreligión momentánea produciendo buenos frutos. Ninguna lo prueba más que la que en 1789 en Francia

permitió la afirmación de los derechos del hombre (cfr. Pacem in Terris). Muchas de nuestras naciones han debido, o deben, operar estos cambios profundos. ¿Cuál debe ser la actitud de los cristianos y de las Iglesias frente a esta situación? Paulo VI ya ha esclarecido nuestro camino por medio de la encíclica sobre el progreso de los pueblos (Populorum Progressio Nos. 30/31/32).

4. Desde el punto de vista doctrinal, la Iglesia sabe que el Evangelio exige la primera y radical revolución: la conversión, la transformación total del pecado en la gracia, del egoísmo en amor, del orgullo en servicio humilde. Y esta conversión no es solamente interior y espiritual, sino que se dirige a todo el hombre, corporal y social al mismo tiempo que espiritual y personal. Tiene un aspecto comunitario lleno de consecuencias para la sociedad entera, no sólo para la vida terrenal, sino sobre todo para la vida eterna en Cristo, quien desde las alturas, atrae hacia El a toda la humanidad. Tal es a los ojos del cristianismo el desarrollo integral del hombre. De esta manera, el Evangelio ha sido siempre, visible o invisiblemente, por la Iglesia o fuera de las Iglesias, el más poderoso fermento de las mutaciones profundas de la humanidad desde hace veinte siglos.

5. Sin embargo, en su peregrinación histórica terrenal, la Iglesia ha estado prácticamente siempre ligada al sistema político, social y económico que, en un momento de la historia, asegura el bien común o, al menos, cierto orden social. Por otra parte las Iglesias se encuentran de tal manera ligadas al sistema, que parecen estar confundidos, unidos en una sola carne como en un matrimonio. Pero la Iglesia tiene un solo esposo, Cristo. La Iglesia no está casada con ningún sistema, cualquiera que éste sea, y menos con el "imperialismo internacional del dinero" (Populorum Progressio), como no lo estaba a la realeza o al feudalismo del antiguo régimen, y como tampoco lo estará mañana con tal o cual socialismo.

Basta con examinar la historia para ver que la Iglesia ha sobrevivido a la ruina de los poderes que en un tiempo creyeron deber protegerla o poder utilizarla. Actualmente la doctrina social de la Iglesia, reafirmada por el Vaticano II, la ha rescatado ya de este imperialismo del dinero, que parece ser una de las fuerzas a las cuales estuvo ligada durante algún tiempo.

6. Después del Concilio se elevaron voces enérgicas que pedían que terminara con esta colusión temporal de la Iglesia y el dinero denunciada de diversos lados. Ciertos obispos[1] han dado ya el ejemplo. Nosotros mismos tenemos el deber de hacer un examen serio de nuestra situación respecto de este problema, y de liberar nuestras Iglesias de toda servidumbre respecto de las grandes finanzas internacionales. "No se puede servir a Dios y al dinero."

7. Frente a la evolución actual del imperialismo del dinero, debemos dirigir a nuestros fieles, y plantearnos nosotros mismos, la advertencia que dirigió a los cristianos de Roma el vidente de Patmos frente a la caída inminente de esa gran ciudad prostituida en el lujo gracias a la opresión de los pueblos y al tráfico de esclavos: "Salid, pueblo mío; partid, no sea que solidarios de sus faltas vayáis a padecer sua plagas" (Apoc. 18,4).

8. En cuanto a lo que la Iglesia tiene de esencial y de permanente, es decir, su fidelidad y su comunión con Cristo en el Evangelio, nunca es solidaria de ningún sistema económico, político y social. En el momento en que un sistema deja de asegurar el bien común en beneficio del interés de unos cuantos, la Iglesia no debe no solamente denunciar la injusticia sino además separarse del sistema inicuo, dispuesta a colaborar con otro sistema mejor adaptado a las necesidades del tiempo, y más justo.

II. Fidelidad al pueblo

9. Esto vale para los cristianos, así como para sus jefes jerárquicos y para las Iglesias. En este mundo nosotros no tenemos ciudades permanentes, ya que nuestro jefe Jesucristo quiso sufrir fuera de la ciudad (Heb. 13, 12–14). Que nadie de nosotros permanezca vinculado a los privilegios o al dinero, sino que esté listo a "poner sus bienes en común... ya que en estos sacrificios encuentra Dios placer" (Heb. 13, 16). Incluso si no hemos sido capaces de hacerlo de buen grado y por amor, sepamos por lo menos reconocer la mano de Dios que nos corrige como hijos en los acontecimientos que nos obligan a este sacrificio (Heb. 12, 5).

10. Nosotros no juzgamos ni condenamos a nadie de los que frente a Dios han creído o creen deber exilarse para salvaguardar su fe o la de sus descendientes. Los únicos que deben ser condenados con energía son los que expulsan a las poblaciones oprimiéndolas material o espiritualmente, o tomando sus tierras.

Los cristianos y sus pastores deben permanecer en el pueblo sobre la tierra que es suya. La historia muestra que no es bueno a largo plazo que un pueblo se exilie lejos de su tierra y se refugie en otra parte. Se debe, o bien defender su tierra contra un agresor injusto extranjero, o aceptar los cambios de régimen que se imponen en su país.

Es una falta de los cristianos no ser solidarios de su país y de su pueblo en el momento de la prueba, sobre todo si dichos cristianos son ricos y huyen en realidad solamente para salvar su riqueza y sus privilegios. Ciertamente una familia o una persona puede estar obligada a emigrar para buscar trabajo conforme al derecho de emigración (cfr. Pacem in Terris). Pero los éxodos masivos de cristianos pueden causar situaciones lamentables. Es sobre su tierra, en su pueblo, donde los cristianos son llamados normalmente por Dios para realizar su vida en solidaridad con sus hermanos de alguna religión, cualquiera que ésta sea, para ser ellos los testigos del amor que Cristo tiene a todos.

11. En cuanto a nosotros, sacerdotes y obispos, tenemos el deber más apremiante todavía de permanecer en nuestro lugar, ya que somos los vicarios del Buen Pastor, que lejos de huir como los mercenarios en el momento del peligro, permanecen en medio de la multitud, listos a dar su vida por los suyos (Jn. 10, 11–18). Si Jesús ordenó a sus apóstoles pasar de ciudad en ciudad (Mt. 10, 23), es únicamente en el caso de persecución personal a causa de la fe; esto es diferente de los casos de guerra o de revolución que conciernen a todo un pueblo con el cual debe sentirse solidario el pastor. Este debe permanecer en el pueblo. Si todo el pueblo decidiera exilarse, el pastor podría seguir a la multitud. Pero él no puede salvarse solo, ni con una minoría de aprovechados o de miedosos.

12. Más aún, los cristianos y sus pastores deben saber reconocer la mano del Todopoderoso en los acontecimientos que, periódicamente, deponen a los poderosos de sus tronos y elevan a los humildes, devuelven a los ricos las

manos vacías y sacian a los hambrientos. Actualmente, "el mundo pide, con tenacidad y virilidad, el reconocimiento de la dignidad humana en toda su plenitud, la igualdad social de todas las clases".[2] Los cristianos y todos los hombres de buena voluntad no pueden más que adherirse a este movimiento, incluso si tienen que renunciar a sus privilegios y a sus fortunas personales, en beneficio de la comunidad humana en una socialización más grande. La Iglesia no es de ninguna manera la protectora de las grandes propiedades. Ella pide, con Juan XXIII, que la propiedad sea repartida a todos, porque la propiedad tiene, ante todo, un destino social.[3] Paulo VI recordaba hace poco la frase de San Juan: "Si alguno que goce de las riquezas del mundo ve a su hermano en la necesidad y le cierra sus entrañas, ¿cómo habitará en él el amor de Dios?" (I Jn. 3, 17), y la frase de San Ambrosio: "La tierra se ha dado a todo el mundo y no solamente a los ricos". (Populorum Progressio, Nº 23).

13. Todos los padres, tanto orientales como occidentales, repiten el Evangelio: "Comparte tu cosecha con tus hermanos. Comparte la recolección que mañana estará podrida. ¡Atroz avaricia la que deja enmohecer todo antes que darlo a los menesterosos!" "¿A quién hago daño guardando lo que me pertenece?", responde el avaro. "¿Pero cuáles son, díme, los bienes que te pertenecen? ¿De dónde los ha sacado? Te pareces a un hombre que, tomando un lugar en el teatro quisiera impedir que los otros entren, pretendiendo gozar solo del espectáculo al que todos tienen derecho. Así son los ricos: se declaran dueños de los bienes comunes que han acaparado porque han sido los primeros en ocuparlos. Si cada uno no guardara más de lo que es necesario para sus necesidades cotidianas y dejara lo superfluo a los indigentes, la riqueza y pobreza serían abolidas... Al hambriento pertenece el pan que tú guarda. Al hombre desnudo, el abrigo que está en tu ropero. Al descalzo, los zapatos que se pudren en tu casa. Al miserable, el dinero que tienes oculto. Así oprimes a tanta gente que podrías ayudar... No, no es tu capacidad lo que se condena aquí, sino tu negativa a compartir" (San Basilio, Homilía 6 contra la riqueza).

14. Teniendo en cuenta ciertas necesidades para ciertos progreso materiales, la Iglesia, desde hace un siglo, ha

tolerado al capitalismo con el préstamo a interés legal y demás costumbres poco conformes con la moral de los profetas y del Evangelio. Pero ella no puede más que regocijarse al ver aparecer en la humanidad otro sistema social menos alejado de esta moral. Tocará a los obispos de mañana, según la invitación de Paulo VI, reconducir a sus verdaderas fuentes cristianas estas corrientes de valores morales que son la solidaridad, la fraternidad, la socialización (cfr. Eclessiam Suam).

Los cristianos tienen el deber de mostrar "que el verdadero socialismo es el cristianismo integralmente vivido en el justo reparto de los bienes y la igualdad fundamental de todos".[4] Lejos de contrariarse con él, sepamos adherirlo con alegría, como a una forma de vida social mejor adaptada a nuestro tiempo y más conforme con el espíritu del Evangelio. Así evitaremos que algunos confundan Dios y la religión con los opresores del mundo de los pobres y de los trabajadores, que son, en efecto, el feudalismo, el capitalismo y el imperialismo. Estos sistemas inhumanos han engendrado a otros que, queriendo liberar a los pueblos, oprimen a las personas si caen dentro del colectivismo totalitario y la persecución religiosa. Pero Dios y la verdadera religión no tienen nada que ver con las diversas formas del dinero de la maldad (mamona iniquitatis). Por el contrario, Dios y la verdadera religión están siempre con los que buscan promover una sociedad más equitativa y fraternal entre todos los hijos de Dios en la gran familia humana.

15. La Iglesia saluda con orgullo y alegría una humanidad nueva donde el honor no pertenece al dinero acumulado entre las manos de unos pocos, sino a los trabajadores, obreros y campesinos. Pues la Iglesia no es nada sin Aquel que sin cesar le da su ser y su hacer. Jesús de Nazareth, quien durante tantos años ha querido trabajar con sus manos para revelar la eminente dignidad de los trabajadores. "El obrero es infinitamente superior a todo dinero", como recordaba un obispo en el Concilio.[5]

Otro obispo, de un país socialista, declaraba igualmente" "Si los obreros no llegan a ser de alguna manera propietarios de su trabajo, todas las reformas a las estructuras serán ineficaces. Incluso si los obreros a veces reciben un salario más alto en algún sistema económico,

ellos no se contentarían con estos aumentos de salarios. Ellos, en efecto, quieren ser propietarios y no vendedores de su trabajo. Actualmente los obreros son cada vez más conscientes de que el trabajo constituye una parte de la persona humana. Pero la persona humana no puede ser vendida ni venderse. Toda compra o venta del trabajo es una especie de esclavitud... La evolución de la sociedad progresa en este sentido, y con seguridad dentro de ese sistema del que se afirma no ser tan sensible como nosotros en cuanto a la dignidad de la persona humana, es decir, el marxismo" (F. Franic, obispo de Split, Yugoslavia, el 4/10/1965).

16. Es decir que la Iglesia se regocija de ver desarrollarse en la humanidad formas de vida social, donde el trabajo encuentra su verdadero lugar, que es el primero. Como lo reconocía el archipreste Vitali Borovoi en el Consejo Ecuménico de las Iglesias, hemos incurrido en el error de acomodarnos a principios jurídicos paganos heredados de la antigua Roma, pero en este terreno, Occidente no ha pecado menos que Oriente. "De todas las civilizaciones cristianas, la Bizantina es la que más ha contribuido a santificar simplemente el mal social. Adoptó sin objeción toda la herencia social del mundo pagano y le confirió la unción sacral. El derecho civil del imperio romano pagano fue conservado bajo la vestidura de la tradición eclesiástica, durante mucho más de mil años en Bizancio y en la Europa medieval, y durante siglos en Rusia a partir de la época (siglo XVI) en que nuestro país comenzó a considerarse como el heredero de Bizancio."

"Pero esto es radicalmente opuesto a la tradición social del cristianismo primitivo y de los padres griegos, a la predicación misionera de nuestro Salvador y al contenido de las enseñanzas de los profetas del Antiguo Testamento que no envejecen jamás" (C.E.E. Consejo Ecuménico de las Iglesias: 12/7/66, Iglesia y Sociedad, Ginebra).

III. Fidelidad a la palabra de Dios

17. Que nadie busque en nuestras palabras alguna inspiración política. Nuestra única fuente es la Palabra de Aquél que habló por medio de los profetas y de los apóstoles. La Biblia y el Evangelio denuncian como pecado contra Dios todo golpe a la dignidad del hombre creado a su imagen. Dentro de esta exigencia de respeto a la persona humana, los ateos de buena fe se unen ahora a los creyentes para un común servicio a la humanidad en su búsqueda de justicia y de paz. Igualmente nosotros podemos dirigir con confianza a todos palabras de aliento, ya que para todos es necesario mucho valor y fuerza para llevar a buen término la inmensa y urgente tarea que es la única que puede salvar al Tercer Mundo de la miseria y del hambre y librar a la humanidad de la catástrofe de una guerra nuclear. "Nunca más la guerra, abajo las armas."[6]

18. El pueblo de los pobres y los pobres de los pueblos, en medio de los cuales nos ha puesto el misericordioso como pastores de un pequeño rebaño, saben por experiencia que deben contar con ellos mismos y con sus propias fuerzas, antes que con la ayuda de los ricos.

Ciertamente algunas naciones ricas o algunos ricos de ciertas naciones, dan una ayuda apreciable a nuestros pueblos, pero sería una ilusión esperar pasivamente una libre conversión de todos aquellos de quienes nuestro padre Abraham nos advierte: "Ellos no escucharán ni siquiera a alguien que resucite de entre los muertos" (Lc. 16, 31).

Es ante todo a los pueblos pobres y a los pobres de los pueblos a quienes corresponde realizar su propia promoción. Que vuelvan a tener confianza en ellos mismos, que se instruyan saliendo del analfabetismo, que trabajen con tenacidad para construir su destino, que se cultiven utilizando todos los medios que la sociedad moderna pone a su alcance, como la escuela, la radio y las publicaciones, que escuchen a los que pueden despertar y formar la conciencia de las masas y sobre todo la palabra de sus pastores. Que éstos les dispensen íntegramente la Palabra de la Verdad y el Evangelio de la justicia. Que los laicos militantes de los movimientos apostólicos comprendan y pongan en práctica la exhortación de nuestro Papa Paulo VI: "...corresponde a los laicos, por su libre iniciativa y sin esperar pasivamente consignas y directivas, penetrar de espíritu cristiano la mentalidad y las costumbres, las leyes y las estructuras de su comunidad de vida. Los cambios son necesarios, las reformas profundas, indispensables;

deben emplearse resueltamente para animarlas del espíritu evangélico..." (Populorum Progressio, Nº 81).

En fin, que los pobres y los trabajadores se unan, ya que únicamente la unión hace la fuerza de los pobres para exigir y promover la justicia en la verdad.

19. El pueblo tiene, ante todo, hambre de verdad y de justicia, y los que han recibido la misión de instruirlo y educarlo deben hacerlo con entusiasmo. Algunos errores deben ser derivados con urgencia: No, Dios no quiere que haya ricos que aprovechen los bienes de este mundo explotando a los pobres. No, Dios no quiere que haya pobres siempre miserables. La religión no es el opio del pueblo. La religión es una fuerza que eleva a los humildes y rebaja a los orgullosos, que da pan a los hambrientos y hambre a los hartos. Ciertamente Jesús nos previno que siempre habría pobres entre nosotros (Juan, 12, 8), pero es porque siempre habrá ricos para acaparar los bienes de este mundo y de igual manera ciertas desigualdades debidas a las diferencias de capacidades y a otros factores inevitables.

Pero Jesús nos enseña que el segundo mandamiento es igual al primero, ya que no se puede amar a Dios sin amar a sus hermanos los hombres. El nos previene que todos los hombres seremos juzgados por una sola frase: "Tuve hambre y me dieron de comer... Yo era aquel que tenía hambre" (Mt. 25, 31–46). Todas las grandes religiones y sabidurías de la humanidad hacen eco de esta frase. Así el Corán anuncia la última prueba a la que son sometidos los hombres en el momento del juicio de Dios: "¿Cuál es esta prueba? La de redimir a los cautivos, de alimentar durante la carestía al huérfano... o al pobre dormido en el suelo... y de hacerse una ley de la misericordia" (Sour, 90, 11–18).

20. Tenemos el deber de compartir nuestro pan y todos nuestros bienes. Si algunos pretenden acaparar para ellos mismos lo que es necesario a los otros, entonces es un deber de los poderes públicos imponer el reparto que no se hace voluntariamente. El Papa Paulo VI lo recuerda en su última encíclica: "El bien común exige, a veces, la expropiación, si, a causa de su extensión, de su explotación deficiente o nula, de la miseria que de ello resulta a las poblaciones, del daño considerable producido a los intereses del país, algunas posesiones sirven de obstáculo a la prosperidad colectiva. Al afirmarlo con claridad, el Concilio ha recordado no menos claramente, que la renta disponible no es cosa que queda abandonada al libre capricho de los hombres; y que las especulaciones egoístas deben ser eliminadas. Ya no podrá admitirse que los ciudadanos, provistos de rentas abundantes, provenientes de los recursos y de la actividad nacional, transfieran una parte considerable de ellas al extranjero para su beneficio personal, sin preocuparse del daño que hacen sufrir por ello a su patria" (Populorum Progressio, Nº 24).

No se puede admitir tampoco que ricos extranjeros vengan a explotar a nuestros pueblos pobres bajo el pretexto de hacer comercio o industria, como no puede tolerarse que algunos ricos exploten a su propio pueblo.

Notas

[1] Cf. "Populorum Progressio" cita el ejemplo del lamentablemente desaparecido obispo de Talca (Chile) Manuel Larrain.

[2] Intervención en el Concilio del Patriarca Máximo IV, el 27/10/64.

[3] Mater et Magistra, Nº 22.

[4] Intervención del Patriarca Máximo IV en el Concilio, el 28/9/65.

[5] Intervención de Mgr. G. Hakim, arzobispo de Galilea, en el Concilio el 10/11/64.

[6] Paulo VI, en la ONU.

Documento Nº 2: "Informe sobre la Violencia" (Primer Encuentro Nacional del MSPTM, 1968)

A los obispos de América latina

Junio de 1968

II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, Medellín (Colombia)

Sacerdotes de varios países latinoamericanos, inquietos por la situación en que se debate la mayoría de la población de América latina y preocupados por la ubicación de nuestra Iglesia frente a esa situación, con filial respeto nos dirigimos a los Pastores de nuestro continente.

Es nuestro deseo presentarles nuestra inquietud y hacerlos participar de nuestra preocupación.

Se habla cada día con más insistencia de la "violencia en el continente latinoamericano". Muchos comienzan a preocuparse. Algunos sienten temor. Nosotros queremos situarnos ante ella como pastores del pueblo de Dios y ministros del Evangelio del Amor que procuran interpretar los "signos de los tiempos".

Desde esta perspectiva, nos sentimos en la obligación de afirmar, ante nuestros obispos y eventualmente ante el mundo, el resultado fundamental de nuestra reflexión pastoral: *América latina, desde hace varios siglos, es un continente de violencia.*

Se trata de la violencia que una minoría de privilegiados, desde la época de la Colonia, practica contra la mayoría inmensa de un pueblo explotado. Es la violencia del hambre, del desamparo y del subdesarrollo. La violencia de la persecución, de la opresión y de la ignorancia. La violencia de la prostitución organizada, de la esclavitud legal pero efectiva, de la discriminación social, intelectual o económica.

América latina es actualmente un Continente de violencia porque existen en ella grandes regiones donde el promedio de calorías diarias por habitante oscila entre 1500 y 2000, cuando lo normal para el desarrollo de la vida

humana son 2800 a 3000 calorías. Grandes regiones donde más del 70% de los niños presenta síntomas de desnutrición, con todas las consecuencias físicas, psíquicas e intelectuales que esto supone.

En cuanto a la situación económica de Latinoamérica, la realidad no es menos irritante, sobre todo si se la compara con la de otras regiones. "El grado de desarrollo económico puede medirse en parte por el nivel medio de ingresos que apenas alcanza a 300 dólares al año per cápita sin olvidar las grandes diferencias que median entre los diversos países latinoamericanos, y entre los diversos grupos sociales dentro de cada país. Este ingreso equivale a un tercio de lo que obtiene el europeo y a la séptima parte del ingreso del norteamericano. El ritmo de crecimiento económico es tan lento que tan sólo en cuarenta y cinco años alcanzaría el nivel de ingreso europeo" (Documento Básico Preliminar para la Segunda Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, pág. 4).

Esa misma violencia se manifiesta en el orden educacional, habitacional, político e incluso religioso. "América latina nos muestra una población de casi 50% de analfabetos, sin contar el número de analfabetos funcionales entre la población adulta" (Documento Básico, pág. 7). La población marginal urbana "... forma barrios enteros en la periferia de la ciudades, construidos con materiales de deshecho, donde los bajos niveles de vida, la falta de saneamiento, el hacinamiento y el tamaño mismo de los tugurios, la hace vivir en situación infrahumana. Otros viven apiñados en casas viejas, en la parte antigua de la ciudad" (Documento Básico, pág. 5). En América latina "...se vive una democracia más formal que real, donde falta en ocasiones auténtica libertad de organización. Los sistemas políticos están caracterizados por distintas formas de oligarquía... En muchos países el grupo militar constituye un poderoso grupo de presión que pasa a ser decisivo en la política" (Documento Básico, pág. 10). "La Iglesia ha sido afectada por esta hipertrofia de lo político. Allí donde ella es lareligión oficial, sus jefes religiosos son identificados con el poder político. En otras partes se los ve ligados a las clases dominantes y a los poderosos. La Iglesia constituye también un cierto grupo de poder. Ella, por desgracia, ha permanecido a veces callada frente a los abusos del poder

civil y militar..." (Documento Básico, pág. 10).

Llamamos a esto "violencia" porque no se trata de la consecuencia fatal e inevitable de un problema técnicamente insoluble, sino del fruto injusto de una situación voluntariamente sostenida.

Somos cada día más conscientes de que la causa de los grandes problemas humanos que padece el continente latinoamericano radica fundamentalmente en el sistema político, económico y social imperante en la casi totalidad de nuestro países. Sistema basado en "la ganancia como motor esencial del progreso económico, la competencia como la ley suprema de la economía, la propiedad privada de los medios de producción como un derecho absoluto", que Pablo VI denuncia en la Populorum Progressio.

Es el sistema que desangra cada año el presupuesto nacional de nuestros países al destinar sumas enormes a gastos militares inútiles, para la defensa de los intereses de minorías privilegiadas, mientras nuestros pueblos siguen sumidos en el hambre, en la ignorancia y el aislamiento porque "no se cuenta con medios" para montar industrias, edificar escuelas y construir caminos.

Es el sistema que permite el avance arrollador del "imperialismo internacional del dinero" (Populorum Progressio) que, encubierta o descaradamente, introduce en nuestros países impidiendo un auténtico desarrollo continental. Imperialismo que se hace cada día más poderoso al utilizar nuestra mano de obra barata cuando implanta en nuestros países sus industrias manufactureras o al succionar nuestras riquezas naturales cuando "compra materia prima a América latina a bajo precio y le vende productos manufacturados necesarios para el desarrollo cada vez a precios más elevados" (Documento Básico, pág. 5). Es el mismo imperialismo que luego pretende engañar a nuestros pueblos, haciendo aparecer como "préstamo" benévolo lo que, en realidad, sólo es una manera diferente de "negociar" en el plano internacional.

Todo esto no es más que un pálido esbozo del panorama multisecular del estado de violencia causado por las estructuras de poder —económico, político, social y cultural— sean éstas nacionales o internacionales, que pretenden dominar a nuestros pueblos.

Pero, desde hace algún tiempo, se está engendrando un nuevo elemento en este panorama de miseria y de injusticia. Es el hecho de una rápida toma de conciencia de un pueblo explotado que intuye y constata las posibilidades reales de su liberación. Para muchos estas liberación es imposible sin un cambio fundamental en las estructuras socio–económicas de nuestro continente. No pocos consideran ya agotadas todas las posibilidades de lograrlo por medio puramente pacíficos.

Debido al poder de represión que utilizan las minorías privilegiadas para impedir este proceso de liberación, muchos no ven otra solución más que el empleo de la fuerza por parte del pueblo. A esta conclusión están llegando también muchos militantes cristianos que reflexionan con sinceridad su vida a la luz del Evangelio.

Nosotros, ministros del Evangelio de Jesucristo, a quienes nuestra misión sacerdotal nos ha colocado en medio de ese pueblo para proclamar la Palabra de Verdad y de Justicia, nos sentimos obligados a interpretar este panorama a la luz de la Revelación cristiana.

Esa luz nos permite ver con claridad que no se puede condenar a un pueblo oprimido cuando éste se ve obligado a utilizar la fuerza para liberarse, sin cometer con él una nueva injusticia. Si esa condenación viniese de la Iglesia Latinoamericana, ésta aparecería una vez más como el "opio de los pueblos", al servicio de aquellos que durante siglos han practicado la violencia de la explotación y la opresión produciendo el hambre, la ignorancia y la miseria.

Por otra parte, resultaría imposible comprender a una Iglesia que se contradice a sí misma al condenar la violencia de quienes pretenden hoy liberarse de la opresión de un sistema injusto mientras rinde homenaje a los héroes de una independencia política que no fue conseguida precisamente por medios no violentos.

Consideramos que no es propio de la jerarquía eclesiástica como tal, determinar las formas técnicas que constituyan la solución más eficaz y objetiva de un problema de orden temporal. Pero tampoco lo es impedir que los hombres, cristianos o no, la busquen en un amplio margen de libertad, acorde con los principios evangélicos de fraternidad y justicia.

Creemos que tampoco corresponde a la Jerarquía como tal proclamar las formas concretas de un cambio

radical en las estructuras humanas. Estimamos, sin embargo, que forma parte de su misión específica la denuncia profética de las situaciones de injusticia que hacen necesario ese cambio. Por otra parte, no oponerse a la violencia de los opresores equivaldría a provocar indirectamente la violencia legítima de los oprimidos.

Estos hechos y reflexiones nos mueven a solicitar respetuosa y confiadamente a nuestros Pastores reunidos en Asamblea:

1. Que en la consideración del problema de la violencia en América latina *se evite por todos los medios equiparar o confundir la violencia injusta* de los opresores que sostienen este "nefasto sistema" con la *justa violencia* de los oprimidos, que se ven obligados a recurrir a ella para lograr su liberación.
2. *Que se denuncie con toda claridad y sin ambigüedades el estado de violencia* en que los poderosos —sean estos personas, grupos o naciones— han sumido durante siglos a los pueblos de nuestro continente. *Que se proclame el derecho de esos pueblos a la legítima defesa.*
3. Que se exhorte con claridad y firmeza a los cristianos del continente a *optar por todo aquello que contribuya a una liberación real del hombre latinoamericano* y a la instauración de una sociedad más justa y fraternal, en estrecha colaboración con todos los hombres de buena voluntad.
4. Que se asegure a esos cristianos *un amplio margen de libertad en la elección de los medios* que ellos crean más aptos para obtener esa liberación y construir esa sociedad.

No pretendemos con esto constituirnos en abanderados de una violencia indiscriminada. Por el contrario, lamentamos y nos angustia pensar que haya que aceptar el hecho del empleo de la fuerza para restablecer la justicia. Nos mueve, sin embargo, la necesidad de hacernos cargo de una grave responsabilidad que la hora actual nos exige.

Tampoco se trata de idealizar la violencia sino de dar una nueva dimensión al principio repetidamente reconocido del derecho que asiste a toda comunidad injustamente

oprimida a reaccionar, incluso violentamente, contra un injusto agresor. La agresión que denunciamos es la de estructuras opresoras que impiden el desarrollo integral y armónico de gran parte de nuestras poblaciones y se resisten, silenciosa pero eficazmente, a toda forma de "transformaciones audaces y profundamente innovadoras" (Populorum Progressio, Nº 32).

Con la esperanza de que seremos escuchados y el deseo de haber contribuido al trabajo que ustedes están realizando, los saludamos con filial respeto en el Señor.

Documento Nº 3: "Nuestras Coincidencias Básicas" (Segundo Encuentro Nacional del MSPTM, 1969)

Nuestras coincidencias básicas

1 y 2 de mayo de 1969.

Reunidos en Córdoba, 80 participantes del movimiento "Sacerdotes para el Tercer Mundo" convenimos en fijar nuestras coincidencias básicas para la acción:

Una realidad innegable: La existencia de países (sobre todo en Asia, Africa y América latina), y de sectores dentro de todos los países, que padecen una situación de injusticia, oprimidos por un sistema y víctimas de las secuelas del hambre, analfabetismo, inseguridad, marginación, etc. Realidad que se ha dado en llamar del tercer mundo.

Pero esos mismos pueblos, en la hora actual se movilizan para romper sus viejas ataduras. Se gesta en ellos un innegable *proceso de liberación* que exige un cambio rápido y radical de todas sus estructuras: económicas, políticas, sociales y culturales.

También aquí en la Argentina, somos testigos de esta realidad que, si bien puede mostrar diversa intensidad según los paises, oprime por igual a todas las naciones de Latinoamérica. El ideal de la "Patria Grande" bajo el que nacieron a la libertad ilumina también el proceso de su total liberación (Cfr. Doc. del Episc. Arg., Paz, 3).

Una toma de posición: Nosotros, hombres cristianos y sacerdotes de Cristo que vino a liberar a los pueblos de toda servidumbre y encomendó a la Iglesia proseguir su obra, en cumplimiento de la misión que se nos ha dado nos sentimos solidarios de ese tercer mundo y servidores de sus necesidades.

Ello implica ineludiblemente nuestra firme adhesión al proceso revolucionario, de *cambio radical y urgente de sus estructuras* y nuestro formal rechazo del sistema capitalista

vigente y todo tipo de imperialismo económico, político y cultural; para marchar en búsqueda de un socialismo latinoamericano que promueva el advenimiento del Hombre Nuevo; socialismo que no implica forzosamente programas de realización impuestos por partidos socialistas de aquí u otras partes del mundo, pero que sí incluye necesariamente la socialización de los medios de producción, del poder económico y político y de la cultura.

Un compromiso: Convencidos de que la liberación la harán "los pueblos pobres y los pobres de los pueblos" y de que el contacto permanente con el pueblo mostrará los caminos a seguir, nos comprometemos a insertarnos cada vez más lealmente en el pueblo, en medio de los pobres, asumiendo situaciones humanas que señalen y verifiquen nuestro compromiso.

Documento Nº 4: "Comunicado de Santa Fe" (Tercer Encuentro Nacional del MSPTM, 1970)

Comunicado de Santa Fe 1970

1 y 2 de mayo.

El Movimiento Sacerdotes para el III Mundo ya está en su tercer año tercer año de existencia.

Surgió en diciembre de 1967 por iniciativa de un pequeño grupo de sacerdotes como una respuesta al "Mensaje de 18 Obispos del Tercer Mundo".

Estos años han servido, entre otras cosas, para perfilar y profundizar las líneas fundamentales que orientan hoy nuestra acción.

El año pasado, en su Segundo Encuentro Nacional, el Movimiento expresó líneas en un documento que llevaba el título de "Nuestras Coincidencias Básicas".

En ese documento hemos expresado nuestra visión del llamado "Tercer Mundo". Expresamos nuestro "formal rechazo del sistema capitalista vigente y su lógica consecuencia, el imperialismo económico y cultural", y nos "adherimos al proceso revolucionario... que promueva el advenimiento del Hombre Nuevo". Hicimos nuestra opción por un "socialismo latinoamericano" que implique necesariamente la "Socialización de los medios de producción, del poder económico y político de la cultura".

Este proceso revolucionario y este camino al socialismo no comienza hoy. En cada país tiene antecedentes válidos. En Argentina constatamos que la experiencia peronista y la larga fidelidad de las masas al movimiento peronista constituyen un elemento clave en la incorporación de nuestro pueblo a dicho proceso revolucionario.

Creemos que el reconocimiento de este hecho por parte de todas las fuerzas revolucionarias ayudará a concretar la unidad de "todos los que luchan por la Liberación Nacional".

En este Tercer Encuentro Nacional ratificamos el contenido de "Nuestras Coincidencias Básicas" y, con el objeto de evitar interpretaciones erróneas o tendenciosas, expresamos:

1) El "Movimiento Sacerdotes para el 3er. Mundo" de la República Argentina es un *movimiento sacerdotal y por lo tanto cristiano.* Ello implica una voluntad inquebrantable de pertenencia a la Iglesia Católica, pueblo de Dios, según la definiera el Concilio Vaticano II.

2) Tenemos fe en que nuestra pertenencia a la Iglesia Católica en la Argentina y en Latinoamérica, no ha de constituir un obstáculo sino un impulso para nuestra inserción sacerdotal y cristiana en el proceso revolucionario que vive nuestra Patria y nuestro continente. Por eso no queremos "otra Iglesia". Nos sentimos fundamentalmente solidarios con la que creemos verdadera Iglesia de Cristo.

Sin embargo, advertimos la necesidad imperiosa de un *cambio radical en la mentalidad y en la conducta* de muchos de los hombres de nuestra Iglesia sobre todo entre aquellos que la gobiernan.

Pero, para ser auténticos y justos, hemos de comenzar por nosotros mismos, reconocer nuestras fallas y limitaciones y procurar una constante rectificación de nuestra conducta.

De la jerarquía eclesiástica argentina y latinoamericana sólo aspiramos que se decida, en forma clara, unánime y total a *poner en práctica* lo que elaboró y declaró en Medellín y San Miguel.[1]

3) Por "Tercer Mundo", el Movimiento entiende fundamentalmente la *realidad humana* de la masa de los oprimidos de todo el mundo, que marcha inexorablemente hacia su liberación. Más que de fronteras geográficas, se trata de los pueblos oprimidos y los oprimidos de los pueblos.

Quede definitivamente en claro que al definirnos por el "Tercer Mundo" no lo hacemos por una "ideología" o "una posición tercerista" que pudiera colocarnos al margen de la única lucha real: la del pueblo explotado, contra las minorías opresoras que detentan el poder.

Por el contrario, nos hemos definido y lo seguiremos haciendo cada vez más clara y eficazmente por el mundo de los pobres y oprimidos. Nos lleva a ello inexorablemente nuestra opción por Cristo que hoy, como

ayer y como siempre, nos dice: "Les aseguro que en la medida que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo" (Mateo 25, 40).

4) El Movimiento se ha definido por el socialismo en el sentido expuesto por considerarlo más acorde con el Evangelio y como uno de los principales elementos que, en ese orden, constituyen el "signo de los tiempos".

Sin embargo, por múltiples razones el "Movimiento no es, ni quiere, ni puede constituirse en "partido político". Rechaza asimismo y por las mismas razones, convertirse en un grupo revolucionario para la toma del poder político.

El Movimiento como tal se prohíbe, en ese orden de cosas, opinar y tomar posición acerca de tácticas, estrategias o tendencias de grupos y organizaciones, respetando con ello la libertad de opción de sus propios miembros.

No obstante, consideramos que no habrá socialismo auténtico en Latinoamérica sin esa toma del poder por auténticos revolucionarios: surgidos del pueblo y fieles al mismo.

5) Ratificamos lo dicho y obrado por los integrantes del movimiento en las acciones populares de Córdoba, Rosario, Tucumán, El Chocón, etc., que marcaron nuevas etapas en el proceso de la liberación nacional.

Asimismo, repudiamos una vez más la represión que se ha desatado en nuestro país, y que persigue, tortura y hace desaparecer a militantes revolucionarios. Reconocemos en esas víctimas, el precio doloroso que el pueblo paga en su lucha por la liberación. Nos indigna que las instituciones nacidas para proteger los derechos humanos y defender la Nación, se hagan ejecutoras o cómplices de esas prácticas salvajes.

[1] El Movimiento aprovecha la ocasión para declarar públicamente que los conflictos intraeclesiales vividos este año por algunos de sus miembros como ha sido el caso de Corrientes y Rosario, son consecuencia lógica de la irritación y fricciones que necesariamente se han de producir cuando no se ven llevados a la práctica, con la urgencia y en la medida necesaria, los compromisos públicamente asumidos en Medellín.

Documento Nº 5: "Comunicado de Carlos Paz" (Cuarto Encuentro Nacional del MSPTM, 1971)

El Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, después de un silencio voluntario que nos hemos impuesto a pesar del continuado montaje de la campaña oficial de difamación, no puede ante la situación seguir callando. En un tiempo político cargado de significaciones se lanza todo el aparato oficialista de la reacción para engañar a un pueblo harto de "experiencias" con un falaz llamado al "Gran Acuerdo Nacional". Entendemos que estamos ante una especial coyuntura en la que está en juego el destino de todo el pueblo argentino. La fe y la Iglesia jamás pueden estar ausente cuando lo que está en juego es el destino de un hombre. Mucho menos cuando se trata del destino de todo un pueblo. La fe y la profecía entrañan el deber de una lectura comprometida de la historia, de una denuncia de sus distorsiones falaces, de una constatación de los intereses antipopulares que pretenden trabar el proceso de liberación del hombre, de una apertura de esperanzas de las fuerzas promisorias que lo atraviesan.

I. Denuncia

1) En el orden económico social: las cárceles están llenas de los argentinos que han denunciado la entrega del país al imperialismo y han luchado contra ella.

Estas denuncias sin embargo han sido ratificadas por los mismos personeros del régimen, ex funcionarios y aun ex presidentes. Onganía, respecto a los ministros de Economía, confiesa que era imposible encontrar uno que no trabajara para las empresas extranjeras.

Levingston, afirma que la desnacionalización es total y que los monopolios internacionales dominan el país.

Guglialmelli: "El proceso de desnacionalización de las empresas sigue a despecho de la grita antimonopolista y de las invocaciones presuntamente nacionalistas".

Estos señores, despojados del poder o enfrentados entre ellos, terminan dando la razón a los mismos que

reprimieron. La hipocresía de los gobernantes queda así plenamente comprobada.

Las marchas y contramarchas de la economía, desde la férrea ley de estabilidad monetaria de Krieger Vasena hasta el desarrollismo ingenuo y suficiente de Ferrer, sólo han dado como resultado el empobrecimiento del pueblo, el auge de la usura, la desocupación, la quiebra masiva de las pequeñas empresas nacionales, el acrecentamiento de la herencia histórica de colonialismo interno en la dominación de la capital sobre el interior, etcétera.

En lo económico cada giro ha pretendido capitalizar la esperanza ya débil del pueblo sin lograr otra cosa que el acrecentamiento de frustración.

Es en esta frustración, que tiende a perpetuarse, donde hay que buscar la causa de los estallidos populares. Por eso es premeditado y mentiroso atribuirlo a planes e ideologías extranjeras.

2) *En el orden político:* la llamada "Revolución Argentina", que contó inicialmente con el apoyo de amplios sectores porque no tuvo empacho en proponer una revolución, termina desenmascarándose como una total contrarrevolución. Asistimos hoy a su defunción definitiva. Después de varios años de solemne palabrerío confiesa su fracaso con el retorno a las mismas estructuras políticas que condenó por estériles. Sostenemos que el fracaso de la lamentable experiencia política de estos cinco años se debe, fundamentalmente, el hecho de no haber sido ni revolución ni argentina. No fue revolución porque en ningún momento se planteó el cambio real y efectivo de estructuras, absolutamente necesario para hacer realidad la liberación total de nuestro pueblo. No fue argentina por haber respondido desde su nacimiento a intereses imperialistas y a minorías nacionales, sus personeros en el país.

Se habló de modernización y se retorna a las experiencias más caducas.

Se habló de participación del pueblo en las decisiones y se instaura en realidad el régimen más cerrado e incomunicado de nuestra historia.

Se habló de juventud y reaparecen los conocidos rostros de personajes superados.

Se habló y se sigue hablando de diálogo y de gran acuerdo nacional; entre tanto se dan los últimos "retoques" al "paquete" de leyes represivas (militarización de empleados públicos, amenaza del uso inmediato de la pena de muerte y legislación de la represión directa del pueblo en manos de las Fuerzas Armadas).

Las Fuerzas Armadas asumieron la dirección política del país en un pretendido acto de renunciamiento y generosidad. En los hechos, de acuerdo a sus declaraciones, sus personeros fueron derrocados porque pretendían perpetuarse indefinidamente (Onganía) o porque recurrieron a maniobras indignas (Levingston).

El pueblo, siempre espectador, ignorado, marginado, se entera cuando todo está consumado. Es hora ya de que quede definitivamente aclarado que todos aquellos que detentan el poder y pretenden seguir elucubrando y practicando experiencias políticas, económicas y sociales con el pueblo se hacen culpables de la reacción explosiva de la desesperación.

3) *En el orden moral:* este régimen, como ningún otro, presumió de la moralidad que introduciría en la vida del país. Cinco años después descubrimos que los valores fundamentales para un pueblo están más corrompidos y manoseados que nunca.

a) La *demagogia,* que atropella la confianza de la gente y la credulidad de los menos informados se utiliza sin reparos. El ministro Manrique en el breve paréntesis de su gestión declara textualmente que "nada se ha hecho por el pueblo en los últimos quince años", lo que no obsta para que, retornando al poder, inicie una campaña espectacular apoyada por todos los medios de difusión y dirigidos a crear expectativas ilusorias en los más pobres y en los más débiles. Todos sabemos que en el fondo lo que se pretende es promover políticamente su figura. Demagogia también en la justicia: jugadores de fútbol, que más de una vez avergonzaron al país, son amnistiados en la misma presidencia de la República, mientras que argentinos que arriesgan su vida por un futuro distinto seguirán esperando indefinidamente su libertad.

b) La *deshonestidad,* que atropella la honradez y termina convenciendo que el único medio de lograr el bienestar son el fraude, el soborno, las trampas económicas, reina en el más amplio nivel. La opinión pública descubre asombrada la aparición y el silencio por el vaciamiento de empresas

y maniobras semejantes. El ex presidente Levingston, después de su expulsión, denuncia presiones de varios colaboradores suyos en favor de Lanusse Inmobiliaria y Bunge y Born.

c) La *deslealtad*, que vulnera la fidelidad y las limpias relaciones humanas, habitúa al cinismo y a la hipocresía, mostrando desde la cumbre del poder la práctica de la traición. Generales que hoy proclaman su lealtad y mañana están en el golpe. Un comandante en jefe que acepta su cargo precisamente para deponer a quien lo nombra. Ministros que conservan cómodamente sus carteras ante cambios pretendidamente radicales. Políticos oficialmente expulsados y desacreditados, ellos mismos en una ardiente oposición, aceptan a la primera oferta cargos claves en el proceso del régimen o salidas electorales desesperadas.

d) La *mentira*, que anula el derecho de todos a conocer la verdad, distorsiona los hechos y pervierte la realidad, es utilizada sistemáticamente. Se fraguan documentos reiterados periódicamente con los que se quiere justificar el drama argentino por presuntas conspiraciones externas. Se calumnia en forma permanente a quienes ofrecen auténticas alternativas o despiertan esperanzas. Se califica y condena como delincuentes comunes a los que juegan su vida por un ideal noble. Generales de la Nación que callan ante un tribunal oficial llenan el país con denuncias y sospechas (ver denuncia general Labayrú).

La justicia misma se hace mentira. Con el único objeto de encontrar chivos emisarios, se montan juicios en los que ya se ha tomado partido de antemano. Se colocan ciudadanos a disposición del Poder Ejecutivo atropellando la dignidad humana, y al margen de toda tradición jurídica. Los juicios se aceleran o retardan según las conveniencias políticas (caso Aramburu, seis meses; caso Vallese, nueve años).

II. Constatación

Constatamos que instituciones con vocación popular y con responsabilidad profunda ante el destino del país, prolongan una actitud negativa o ambigua ante las opresiones que padece, y el futuro al que se encamina el pueblo

mismo. Lo que afirmamos no es sólo nuestra opinión sino lo que constatamos en los sectores populares.

a) Fuerzas Armadas

La vocación histórica del Ejército es servir las grandes causas nacionales. El pueblo lo ha creído y le dio antes su confianza. Los argentinos, hasta hace poco, no hemos sido antimilitaristas. Sin embargo, las sucesivas desviaciones de su vocación genuina han producido gradual, pero aceleradamente, la decepción y el rencor. Un Ejército ayer popular, copado poco a poco por el imperialismo y la oligarquía nacional como su último resorte del poder, se ha ido colocando cada día más de espaldas al pueblo. Entre otros, podemos subrayar los hechos siguientes, como lógicos resultados de esta situación:

—La utilización del poder para el enriquecimiento personal de altos jefes militares. El presupuesto nacional brutalmente succionado por el mantenimiento de las Fuerzas Armadas. El aumento desproporcionado de los sueldos de los altos jefes, frente a las migajas de los trabajadores y de los jubilados. (La gente se pregunta si estas prebendas y beneficios no están destinados a adormecer las conciencias de los militares.)

—La presencia, cada vez más numerosa, de antiguos jefes en los directorios de las grandes empresas comprometidas con el capital extranjero.

—El mismo Ejército que en 1945 acompañó al pueblo en la toma del poder ha sido convertido por la oligarquía extranjerizante, desde 1955, en bastión del antipueblo. ¿No es entonces lógico que el pueblo busque recrear por sí mismo la fuerza militar que se le niega y comience a depositar su confianza en nuevos grupos armados solidarios con su causa?

—Las Fuerzas Armadas, que se declaran celosos custodios de la soberanía nacional, aceptan jugar un papel en la estrategia del Pentágono para América latina. Esto se traduce en asesores, entrenamientos de fuerzas antiguerrilleras en Panamá, etc. Se han convertido en una fuerza de ocupación y de policía represiva dentro del propio país. (El informe Rockefeller ha sido demasiado

elocuente en este sentido.)

—Ultimamente se han filtrado ciertos indicios de que en las Fuerzas Armadas, a pesar del amordazamiento político, escudado tras una disciplina rígida y vertical, aparecen síntomas de un despunte de conciencia y de un estado deliberativo que podría acercarlas al pueblo.

b) Dirigentes obreros

El pueblo tenía derecho a esperar de sus propios dirigentes una actitud decidida de lucha y una integridad llevada hasta el heroísmo.

Lamentablemente, muchas veces la actitud combativa cedió su lugar a un "diálogo" con los que explotan y reprimen al pueblo. Un diálogo que casi siempre supo a traición. Con ello se ha posibilitado que los trabajadores duden, con justificadas razones, de la integridad moral de esos dirigentes sindicales.

Lo que nadie duda es que el régimen, en distintos niveles, procura constantemente corromper a los representantes de la clase trabajadora. Múltiples hechos de la vida diaria nos demuestran que no pocas veces lo consigue.

Algunos de esos dirigentes son, incluso, responsables de que la corrupción se haya enquistado en las mismas estructuras sindicales, al haberse ellos perpetuado en el poder por medio de maniobras inconfesables. Con esto se ha logrado que, sobre todo en los gremios más importantes, las mismas organizaciones obreras se constituyeran, a veces, en elementos negativos para la marcha de la verdadera revolución.

En este orden la situación es tal que aquellos que han sabido mantener su integridad deben convertirse en héroes y pagar por su audacia el precio de la libertad (Flores, Ongaro, Tosco y otros dirigentes). A ellos nuestra solidaridad y nuestro homenaje, mientras unimos nuestro repudio al de todos los trabajadores hacia los dirigentes que traicionan los verdaderos intereses de su pueblo.

c) Iglesia

La vocación de la Iglesia, comunidad de creyentes en Cristo, implica contribuir lenta, laboriosa pero irreversiblemente, a que el pueblo encuentre los caminos y la meta de su auténtica liberación. En virtud de su mensaje "tiene que prestar apoyo a los hombres en sus esfuerzos por tomar en sus manos y orientar su futuro" (Paulo VI, carta del 14 de mayo de 1971, Nº 5). Por eso la idea del pueblo la aparta, también, de su misión. Sin saberlo formular teológicamente, la gente lo intuye y lo comprende. En este sentido el pueblo descubre, y por nuestra parte, como cristianos y como sacerdotes, confesamos y denunciamos las infidelidades de nuestra Iglesia en su misión:

—Muchas veces en las exhortaciones a la paz y a la unidad no es reconocible el Mensaje y el don de Jesús: "Les dejo la paz, les doy mi paz"; ellas hacen pensar, más bien, en aquellas palabras de Jeremías: "Profetas y sacerdotes practican el engaño... Diciendo: ¡Paz! ¡Paz! y no hay paz" (Jer. VI, 13–14).

—Las reiteradas prohibiciones y advertencias acerca de los pronunciamientos y opciones socio–políticas están solamente orientadas a frenar el proceso de liberación del pueblo. No piensa así Paulo VI en su última Carta Apostólica (ver Nº 4). El tradicional apoyo que obispos, sacerdotes y laicos brindan a los poderosos y a la "vigente estructuración injusta de nuestro país" no es puesto en crisis a la luz del Evangelio. Por el contrario, en las públicas actuaciones de gran parte de la Jerarquía, sus hechos son verdaderamente políticos (por ejemplo sanciones contra sacerdotes extranjeros y nacionales, contra seminaristas y laicos). En especial, las publicitadas homilías del cardenal primado avalan sistemáticamente todas las maniobras del poder; hasta llegar, recientemente, a enfrentar en forma pública a un hermano en el Episcopado.

—El obsequioso silencio de la Jerarquía frente a una legislación que ha ido cercenando uno tras otro derechos fundamentales de la persona humana, reafirma la imagen de una Iglesia no servidora de los pobres, sino domesticada y servil frente a los poderosos.

—Los restos actuales de adhesión al dinero, la falta de fe que manifiesta el apoyarse más bien en el poder que en la fuerza de Dios que conduce desde dentro de la historia del pueblo, la incoherencia entre las grandes

declaraciones y las actitudes concretas que las contradicen, la separación entre jerarquía, sacerdotes y laicos, perpetúan una imagen odiosa y antievangélica de la Iglesia. Así se desalienta la esperanza de un pueblo cuyo espíritu e instinto le orientan hacia los valores cristianos.

—Por nuestra parte no ignoramos que el alcance de las exigencias evangélicas desborda nuestros esfuerzos de fidelidad y nuestros proyectos de compromiso con los pobres.

—Reconocen, sin embargo, con alegría que algunos miembros de la Jerarquía, sacerdotes y cristianos, se han puesto en marcha hacia una recuperación del verdadero sentido de una Iglesia solidaria con su pueblo.

III. Esperanza

A pesar de las realidades negativas que hemos denunciado y constatado, no participamos del pánico que parece dominar a tantos sectores que detentan situaciones de privilegio. Si a nosotros nos indignan las maniobras funestas y dilatorias de los que aún mandan, no se nos oculta que a ellos los atemoriza la conciencia y la resolución de los pasos que va dando el pueblo. En este sentido comprobamos que el pueblo argentino participa cada días más conscientemente del despertar liberador que surge en todo el continente latinoamericano.

Entre otros, subrayamos los siguientes signos de esperanza:

—Las bases obreras salen de la pasividad y no esperan la solución de sus problemas de las componendas burocráticas, sino que asumen la lucha y replantean radicalmente los objetivos de la clase trabajadora.

—Los sectores más lúcidos de la juventud, de los intelectuales, de los universitarios dejan sus pequeñas luchas estériles para intentar sumarse al combate revolucionario.

—El movimiento peronista, revolucionario, con su fuerza masiva, con su experiencia de triunfo y de resistencia prolongada, con su nueva juventud, retoma la unidad y la combatividad que hicieron las grandes conquistas sociales argentinas y que llevarán necesariamente hacia la revolución que hará posible un socialismo original y latinoamericano. Esto no significa que depositemos nuestra confianza en quienes utilizando el nombre de "peronismo" pretenden embarcar al pueblo en otras de las trampas del sistema capitalista. Otros grupos revolucionarios de extracción no peronista acompañan también al pueblo trabajador en la profundización de su proceso de liberación.

—Todo esto lleva a que el pueblo exija de una manera cada vez más consciente y fuerte ser corresponsable en todas las decisiones que conciernen a su propia existencia. No se trata de "tener más" "sino de ser más" en un tener común. En ese sentido constatamos que las verdaderas soluciones no podrán nunca surgir desde los sectores opresores. Tendrán que salir del pueblo oprimido, decidido a liberarse y responsabilizarse de su historia.

Estas realidades que se evidencian todos los días nos impulsan a reafirmar nuestro compromiso con la causa revolucionaria y a buscar los caminos concretos para servirlo.

Estamos convencidos que aquí no está en juego una peripecia política más sino el porvenir y la esperanza de nuestro pueblo, el porvenir y la esperanza de los más pobres.

"Cristo nos asegura que lo que nosotros hacemos por nuestros hermanos, por los pobres y los desheredados de este mundo será considerado por El, Señor de la Historia, como hecho para El mismo" (Mateo, 25, 45).

En la convicción de nuestra fe —que la justicia que los hombres realizan en este mundo llega a ser una anticipación de la esperanza final— la que nos urge a tomar partido en este proceso liberador por el que se debate nuestro pueblo.

Documento Nº 6 "Dependencia o Liberación" (Quinto Encuentro Nacional del MSPTM, 1972)

Introducción

Como miembros de un movimiento de sacerdotes, comprometidos públicamente con el pueblo que vive un proceso de liberación, nos vemos en la necesidad de analizar seriamente la actual realidad nacional y la posición de nuestro Movimiento frente a la misma. No pretendemos tener el monopolio de la verdad, ni somos portadores de soluciones mágicas; tampoco deseamos constituirnos en jueces históricos de una situación de pecado, de la cual todos participamos. Creemos, sin embargo, que tanto la realidad del país como las exigencias del Evangelio y nuestra pertenencia a la Iglesia nos urgen pronunciarnos con toda claridad. Porque "la acción en favor de la justicia y la participación en la transformación del mundo se nos presenta claramente como una dimensión constitutiva de la predicación del Evangelio, es decir, la misión de la Iglesia para la redención del género humano y la liberación de toda situación opresiva" (Sínodo de Obispos, "La justicia en el mundo–Int.").

Por ello, en este momento, consideramos fundamental reafirmar y profundizar nuestras coincidencias pasadas y abrirnos a nuevas perspectivas, exigidas por nuestra fe cristiana, por la pertenencia a la Iglesia de Cristo y por el sentido del proceso histórico en el que estamos insertos.

Enfrentados, pues, con la dramática situación del país, constatamos la presencia de dos proyectos totalmente antagónicos. Por un lado, está vigente *un proyecto histórico de liberación nacional y social*, que el pueblo oprimido y sus líderes van forjando lenta y penosamente, a pesar de las innumerables trabas, traiciones y represiones que se ejercen en su contra. Este proyecto, superadas las dificultades que en su momento impidieron se concretase, y reencontrando su innegable capacidad revolucionaria, enfrenta hoy a las fuerzas antinacionales y a las clases dominantes que, de hecho, lo abortaron.

1. Crisis del proyecto histórico de dependencia y explotación

El país vive uno de los momentos más graves de su historia. Estamos convencidos que ello, lejos de ser algo meramente transitorio y coyuntural, es signo inequívoco de una crisis más profunda y definitiva.

Lo que se cuestiona radicalmente es la permanencia de aquel proyecto histórico que han estructurado nuestras oligarquías nativas, cómplices y usufructuarias del imperialismo. La radicalidad de este cuestionamiento lleva a rechazar todas las estrategias del continuismo, cualesquiera sean las alternativas reformistas que pretendan hacerlo subsistir, desde las trasnochadas salidas neoliberales hasta las vinculadas a un "populismo", meramente "desarrollista". No interesa que ello surja por vía electoral o golpista.

Sectores cada vez más numerosos y significativos del pueblo perciben con lucidez que, en todos estos casos, se pretende perpetuar un proyecto antinacional y antipopular, cuya ineficacia para superar realmente la situación dramática del país se hace cada día más evidente. Es preciso recalcar, además, que en este agotamiento del sistema no solamente juegan sus propias contradicciones internas, sino la opción del pueblo oprimido que lo ha resistido permanentemente, a través de nuestra historia. Esta resistencia ha adquirido en los últimos años dimensiones altamente significativas, tanto por el volumen masivo logrado cuanto por el grado de conciencia que traduce.

Por tanto, creemos oportuno subrayar algunos de los síntomas más relevantes de esta crisis profunda. Crisis que no puede ser disimulada como lo pretendió el presidente Lanusse en su discurso del 20 de setiembre con una serie de indicadores que traducen, a lo más, el grado relativo de modernización de nuestra estructura social, pero que, de ninguna manera, expresan una superación real de nuestra dependencia y situación de explotación. Este es el problema de fondo frente al cual nadie puede llamarse a engaño.

—*Desprecio de la Constitución:* que lleva al gobierno a arrogarse inconcebibles facultades constitucionales, lo

cual tiende a anular hasta los vestigios de la llamada democracia liberal.

—*Distorsión del papel de las FF.AA.:* que en contradicción con su misión histórica de defensa de nuestra soberanía, asumen de hecho la representación de intereses antinacionales y antipopulares. Mientras se asegura su coparticipación en el futuro gobierno, penetran en sectores determinantes de la vida nacional, comenzando por la economía.

—*Ampuloso montaje electoral:* que presentado como salida democrática, encubre claras intenciones continuistas. Montaje que, además de ser proscriptivo una vez más, es un elemento distractivo de la opinión pública, mientras se buscan reacondicionamientos tácticos orientados a frenar los verdaderos procesos populares.

—*Existencia de un "grupo militar dirigente":* que, mediante un hábil acomodamiento en las más altas jerarquías castrenses, asegura la permanencia del proceso continuista, condicionando de hecho el poder de decisión del futuro gobierno. Ello evidencia la profunda crisis de la partidocracia liberal.

—*Represión institucionalizada:* como respuesta a la toma de conciencia de un pueblo que, rescatando su dignidad, se moviliza en marcha hacia la liberación. La masacre de Trelew, sobre la que el pueblo ha dado ya su veredicto, constituye un episodio trágico en este proceso.

—*Tortura generalizada:* que pisotea elementales normas de humanidad, hecho tanto más repudiable porque lo realiza un régimen que se ha autoproclamado repetidamente cristiano.

1.2. Síntomas económico–sociales

Como en el caso anterior no pretendemos ser exhaustivos, sino destacar rápidamente aquellos indicadores, más expresivos del proyecto dependiente y más lesivos del pueblo argentino.

—*Desnacionalización de las empresas:* especialmente industriales y del sistema financiero. Ya en 1968, el 51% de las 50 empresas de mayor facturación en el país eran extranjeras. Estimaciones serias consideran que, al menos, alrededor de 100 empresas fueron desnacionalizadas

en el período de 1967–1969. La situación se agravó en los últimos años, entre tanto centenares de empresas nacionales quedaron fuera de camino: el total pasivos de los quebrantos comerciales que en 1966 era de 13.600 millones, alcanzaba en 1970 a 115 billones; en 4 años se produjo un aumento del 840%. La desnacionalización alcanza seriamente, también, al sistema financiero, bancario y extrabancario. Si bien se concentra en el sector industrial (82%), la desnacionalización alcanza al sistema financiero en una proporción importante (18%).

—*Progresivo endeudamiento externo e hipoteca consiguiente del patrimonio y del futuro nacional.* El monto de la deuda externa oscila en torno de los 5500 millones de dólares. No sólo la cifra es fabulosa y de imprevisibles consecuencias futuras; su ritmo de crecimiento es alarmante (casi se triplicó en los últimos 6 años). La salida de divisas por pagos de servicios de capital y en concepto de regalías, se aproxima a la mitad del ingreso que producen nuestras exportaciones (en 1971: 1650 millones de dólares). Se ve claro, entonces, que prácticamente la *mitad del trabajo del país* se destina al pago de compromisos que, de ninguna manera, disminuyen la pesada carga del sector externo. Se explica que el director del Banco Central dijera que el país se encontraba en 1971 al borde de la quiebra.

—*Fuga de capitales.* Según declaraciones públicas de funcionarios oficiales se estima en más de 8000 millones de dólares los capitales argentinos depositados en bancos extranjeros (ministro Quilici). Para tener una idea de la magnitud de la cifra, baste decir que con ella se podrían hacer 16 obras equivalentes a la represa hidroeléctrica Chocón–Cerros Colorados. Ello es un signo más de lo inhumano de un sistema que permite a las oligarquías y monopolios asegurar sus riquezas en el exterior y seguir enriqueciéndose a costa de los sudores de un pueblo cada vez más empobrecido.

—*Polarizada distribución del ingreso.* Es obvio: el proyecto histórico dependiente es, a la vez, un proyecto de explotación del sector asalariado. El indicador más elocuente al respecto lo da la disminución creciente de los sueldos y salarios en el PBI de los últimos 20 años. Mientras en 1950 significaban el 60,9%, en 1970 oscilaba en torno al 45%. Consiguientemente, el capital se sigue

enriqueciendo a costa del trabajo.

—*Agravación creciente del costo de vida.* El índice del costo de vida desde julio 1971–1972 ha sido superior al 61%, récord mundial que supera el índice de las economías de guerra en plena descomposición (Camboya, Vietnam del Sur); índice espectacular que en algunos productos centrales de la canasta familiar (carne, leche, papas, etc.), supera el 100% de aumento. De esa manera, el alza incontenible del costo de vida elimina totalmente el efecto positivo del aumento de salarios, mucho antes de que este se produzca. Las incidencias del sistema sobre el hambre y la miseria de los sectores más desfavorecidos son evidentes.

—*Desocupación y marginalidad.* La penetración de capitales extranjeros en la industria, con la consiguiente introducción de tecnologías con un elevado coeficiente de capital por unidad de producto, y la disminución del salario real inciden en el aumento alarmante del índice de desocupación. El INDEC (Instituto Nacional de Estadísticas y Censos) establecía en abril de 1972 las siguientes tasas de desempleo: 7,4% para Capital Federal y Gran Buenos Aires; 7,2% y 6,2% para Córdoba y Rosario, respectivamente, mientras que en Tucumán alcanzaba a 14,2%. Ello arroja una cifra aproximada a 1.600.000 de desocupados en todo el país. Todo parece indicar que el problema en lugar de mitigarse, se agravó en los últimos meses. A ello debe agregarse la cifra, estadísticamente difícil de evaluar, de la desocupación "disfrazada" en la que se debaten gran parte de nuestras zonas marginales, que viven del "cirujeo" o de "changas intermitentes".

—*Emigración permanente del interior hacia la Capital y las principales ciudades del Interior.* Con ello se opera un verdadero transplante de miseria. Se pone en evidencia, de esa manera, la injusticia estructural que castiga a vastas zonas del interior, postergadas y explotadas; posibilita, además, el desarraigo, el hacinamiento, la promiscuidad, la competencia ruinosa con los de su misma clase, y diversas situaciones deprimentes y alienantes.

1.3. Síntomas culturales

Es en este campo donde se expresa también con toda su gravedad el proyecto de dependencia y explotación, y

en el que la complicidad de las oligarquías nativas con los imperialismos de turno, y la traición de los intelectuales resulta más nefasta, aunque sutil. En efecto, con ello se apoya ideológicamente el proyecto dependiente, se vulnera la misma esencia del "ser nacional", y la cultura del "dominador" que neutraliza y pretende eliminar la "cultura popular".

Entre las manifestaciones más significativas de este proceso merecen citarse:

—*La absolutización de la "cultura ilustrada"*, como pretendida expresión de una *"cultura universal"*, en oposición a los valores de una mal entendida "cultura popular", interpretada como una etapa de "atraso" en camino hacia la "la cultura", realización de los países "centros".

—*La dicotomía*, tristemente célebre, entre "civilización y barbarie".

—*El sistema educativo* elaborado por una generación extranjerizante, al servicio de una Argentina colonizada, y cuya estructuración y contenidos apuntalan al proyecto de dependencia y explotación.

—*El mito* de una presunta "neutralidad científica".

—*La difusión de las "ideologías desarrollistas"* que manejadas desde los países centrales, configuran un desarrollo del subdesarrollo y aumento de nuestra dependencia.

—*La influencia "científica tecnológica"* que nos hipoteca, tanto económica como culturalmente.

—*La penetración de pautas foráneas*, en lo que se refiere al ideal del estilo de vida, a través de los medios de comunicación social.

—*La sobreestimación de lo extranjero* respecto a lo nacional.

2. Proyecto histórico de liberación

Frente a este proyecto esencialmente antinacional y antipopular de dependencia y exploración, el pueblo argentino va realizando dolorosa pero tenaz e intencionalmente, su propio proyecto de liberación.

2.1. Sujeto del proyecto

Constatamos el deterioro, el agotamiento y el endurecimiento del sistema. Buscando sus causas nos negamos a reducirlas al juego de sus contradicciones internas. Es más, creemos que la agudización crítica que vive el sistema es fruto, sobre todo, de la resistencia histórica y de la lucha permanente del pueblo.

Esta resistencia y esta lucha, reconocida como la reserva y la esperanza de lo nacional, nos confirman que el sujeto revolucionario es el pueblo oprimido, liderado por la clase trabajadora.

Otras categorías, profesionales, estudiantes, intelectuales, sacerdotes, como sectores de la clase media, se van sumando a esta lucha de liberación, pero su participación será verídica y eficaz si responde a la estrategia de la clase trabajadora.

Reconocemos en este pueblo oprimido la única fuente real de poder para una política nacional independiente y liberadora, es decir para un *proyecto histórico nacional de liberación social.*

Este pueblo, que adquiere con el peronismo el mayor grado de conciencia política y de combatividad histórica, se niega sistemáticamente a integrarse al sistema. Y pasa de una actitud únicamente defensiva a una actitud radicalmente ofensiva, adquiriendo en esta lucha creatividad, y conciencia, no sólo antiimperialista, sino expresamente anticapitalista. La liberación nacional y social, además de motivar las luchas les va dando su verdadero objetivo: *acceder al poder para construir el socialismo nacional.*

2.2. Estrategia del pueblo

El pueblo percibe que su actitud ofensiva se manifiesta en las movilizaciones populares, cada vez más frecuentes, violentas y masivas; en la resistencia pasiva unas veces, activa otras; en la exigencia de las bases para que sus dirigentes sindicales y políticos respondan lealmente a los intereses populares; en la organización y maduración política de los sectores marginados; en el accionar desinteresado de la juventud contra todo lo que signifique apoyo al "status quo"; en la aparición y accionar de los grupos

armados que hacen patente, en forma dramática, el carácter radical del enfrentamiento vigente.

En esta estrategia, el pueblo oprimido, liderado e identificado, en su gran mayoría, por el peronismo, experimenta la convergencia de otros sectores, también revolucionarios. Se hacen, cada vez más imposible los recambios tácticos del sistema, y se abre el camino a la toma del poder, desde el cual el pueblo trabajador creará y pondrá en marcha la organización que garantizará la realización de su proyecto de liberación.

En la presente coyuntura nacional, los factores de poder, que apuntalan los privilegios y ejercen la opresión, intentan, mediante las más diversas maniobras, integrar al pueblo dentro del sistema. Pero la experiencia histórica y la conciencia combativa del pueblo nos permitirá alentar la esperanza de que éste continuará siendo protagonista de una lucha larga y prolongada hacia su liberación.

En este contexto, los opresores enfrentan y hostilizan sistemáticamente al pueblo oprimido. Tal situación no podrá superarse sin una lucha que acabe con toda forma de explotación. Esto, lejos de oponerse a los valores evangélicos, enraizados en nuestro pueblo, es una exigencia que brota del mismo Mensaje de Cristo. Porque el amor universal que Jesús pone como distintivo de los cristianos, no es un amor alienante que adormece la profunda vocación de libertad de los hijos de Dios. El amor cristiano no es un puro sentimiento, sino una actitud radicalmente eficaz. En el enfrentamiento de intereses contrapuestos no se puede sacrificar la universalidad a la eficacia: "Todo hombre es mi hermano" (Paulo VI); pero tampoco la eficacia a la universalidad: "No amemos de palabra y con la lengua, sino con obras y de verdad" (Ia. Juan 3,18).

Además, la norma de cristiano no es un precepto abstracto, sino la vida de una persona, Jesús. Ahora bien, El amó a todos, pero su amor no se expresó de la misma manera con Pedro y con Herodes, con los fariseos y con los pecadores. Del mismo modo el cristiano concretará su amor de diversa manera, según se trate de los opresores o de los oprimidos. Amará a los oprimidos defendiendo sus derechos y acompañándolos en su liberación; amará a los opresores, desenmascarándolos e impidiéndoles que continúen esclavizando a sus hermanos. La liberación de

los opresores y de los oprimidos se opera, de esa manera, al nuevo tiempo.

2.3. *Etica del "Hombre Nuevo"*

En esta marcha histórica ascendente del pueblo hacia su realización plena, comprobamos el descubrimiento de una serie de valores que trascienden el plano de lo puramente económico, político y social y se refieren a una dimensión que podríamos llamar "ética". Vale decir, los valores y criterios que regulan el comportamiento humano.

2.3.1 *Etica de opresión*

La burguesía, que en el país y en gran parte del mundo sigue apuntalando o poniendo en práctica proyectos de dominación, también tiene su ética. Una ética perfectamente coherente con la ideología que le ha dado origen: la "ética de la opresión".

Sin pretender ser exhaustivos, creemos fundamental destacar algunos de sus elementos determinantes.

El *lucro* es, para el mundo burgués, el motor de la economía, así como la *competencia* es la ley de las relaciones comerciales.

Estos factores fundamentales de la concepción burguesa del mundo, del hombre y de la historia también trascienden lo puramente económico para convertirse en criterios que regulan las acciones más específicamente humanas.

De esta manera, el espíritu de lucro pasa a ser el móvil del accionar burgués y produce, a su vez, una serie de mecanismos que desembocan en el *gran* delito, consagrado virtualmente por las leyes del sistema: la explotación del hombre por el hombre, a través de la apropiación de los instrumentos de producción que la posibilitan.

Del mismo modo, la competencia, además de ser una "ley económica", se convierte en el mecanismo que "regula", también las relaciones de convivencia. Con esto, lo que debiera ser una sociedad de hermanos, que gozan de los mismos derechos, se transforma en una "selva" de seres que combaten entre sí de una manera totalmente irracional.

En un mundo así concebido y estructurado, donde la

racionalidad de cada acción depende en gran parte de la fuerza que se posea para llevarla a la práctica, necesariamente desaparece la posibilidad de una fraternidad verdaderamente humana, para dejar paso a las alianzas de intereses individuales.

Nada más obvio, ya que el individualismo es la concepción del hombre y de la historia, subyacente a toda la ética burguesa. Esta, al subordinar el hombre a las "leyes económicas" e impedir por su individualismo la fraternidad, se opone radicalmente al sentido humano y solidario del Evangelio.

2.3.2. *Etica de liberación*

Ante el lamentable espectáculo de esta mal llamada "sociedad" del hombre burgués, el pueblo explotado y oprimido comienza a construir un proyecto nuevo y diferente, completamente "revolucionario", también en lo que se refiere a los valores éticos.

Frente al interés del lucro y la ley de la competencia, el pueblo va gestando una nueva ética, en la que el móvil de toda acción y el criterio básico de toda relación humana no sean "las cosas", sino "los hombres". Esto constituye el fundamento del proyecto de liberación sobre el que se irá estructurando una sociedad distinta, la "sociedad nueva" donde el hombre valga *lo que es* y no por *lo que tiene*. La ética del "HOMBRE NUEVO".

Es el hombre que se va perfilando en los militantes populares que desde todos los ángulos y en la ruda tarea cotidiana (en la fábrica, en el hogar, en la escuela, en la labor profesional, en la militancia gremial y política, en el ministerio celestial...) luchan, sufren, resisten y aún entregan su vida, no por sus propios intereses, sino por el advenimiento de un nuevo orden, más justo y fraternal.

Son todos aquellos que, por la coherencia entre su vida y su pensamiento y con un desapego radicalmente generoso, demuestran que es posible "producir" sin el incentivo del lucro y al margen de la ley de la competencia. Los que con un amor llevado al extremo manifiestan que no puede lograrse la propia plenitud sin una entrega total a los demás (ver G.S., 24).

Esta dimensión ética del proyecto de liberación nos

lleva a la conclusión de que el enfrentamiento del pueblo con el régimen burgués no se da sólo por razones que hacen a lo político, lo económico y lo social, sino también, y de una manera especial, por motivos que tocan directamente la concepción misma del hombre y su comportamiento con respecto a sus semejantes.

En este sentido, señalamos algunos de los puntos fundamentales en que la "ética del HOMBRE NUEVO" se enfrenta necesariamente con la "ética de la concepción BURGUESA":

—a la explotación, el egoísmo y el individualismo se oponen los valores de justicia, entrega y conciencia social;
—al afán e lucro, comercialización y acaparamiento de bienes se opone una valoración del trabajo, de lo gratuito y un deseo de compartir con todos;
—a la "sociedad de consumo", se opone una sociedad basada en la producción de los bienes necesarios y su justa distribución entre todos;
—al lujo y al derroche se opone una disciplina de austeridad;
—al menosprecio y la indiferencia ante el débil, se oponen el respeto y la comprensión por toda persona;
—al "derecho" que da el poder, se opone la igualdad de oportunidades que surge de la misma dignidad de todo hombre;
—al privilegio que da el dinero y la autoridad prepotente, se opone la voluntad de servicio fundada en el amor.

Estos, y otros elementos que se mueven en la esfera de lo ético, constituyen otros tantos factores de lucha y enfrentamiento de los que, estamos seguros, ha de surgir un "HOMBRE NUEVO" y una "NUEVA SOCIEDAD", de la que Cristo, el "hombre nuevo" por excelencia, es garantía y realización (ver Ef. 2, 14-16).

Debemos reconocer que, en muchos casos, quienes contribuyen a poner en práctica este proyecto de liberación, interpretando con ello la intuición histórica del pueblo, son hombres que no comparten nuestra fe. Esto no nos impide reconocer en su testimonio una respuesta a las exigencias del Evangelio y al influjo oculto pero eficaz de la

gracia (G.S., 22).

Esta misma fe en Jesucristo, el "Hombre Nuevo" en plenitud que no vino a ser servido, sino a servir y a entregar su vida por la salvación de todos" (Mc. 9, 45), nos urge a proclamar su Evangelio como fuerza para la plena liberación humana.

2.4 Socialismo nacional

Creemos que la lucha por la liberación nacional ha comenzado ya hace tiempo y se impone como tarea impostergable la construcción del Socialismo nacional.

Esto ya lo hemos afirmado en otras oportunidades, pero hoy quisiéramos hacer algunas precisiones, que perfilan más claramente lo que proponemos como socialismo nacional.

En primer término, es preciso afirmar que el SOCIALISMO no es imposible e ilusorio. Es por el contrario, un proyecto y un futuro bien posible para nuestro país. Aunque requiere un camino duro y combativo.

Sabemos también que toda realización no será sino provisoria e imperfecta, ello no obsta el intentar hoy lo que ya se puede y se debe realizar.

Este socialismo no debe ser, además, una mera reforma superficial. Lo que está en juego no es corregir hábilmente ciertos desórdenes, sino crear un ordenamiento que implique una jerarquía de valores y opciones, *cualitativamente distinta.*

Para precisar, afirmamos que ello debe implicar:

2.4.1. *En lo económico:* Un replanteo del problema de la propiedad a la luz del destino universal de los bienes (G.S., 67; PP, 22-23) y de la organización económica, cuyo eje debe ser la dimensión social de la persona y no su provecho individual,

Esto supone:

—La eliminación de toda forma de propiedad privada de los medios de producción que implique la explotación del hombre por el hombre.

—La eliminación del lucro como motor de la economía y de la competencia como su ley reguladora;

—la desaparición de la acumulación capitalista para dar lugar a la socialización y a la distribución de las riquezas

producidas y del poder económico;

—La desaparición de la concepción de que el dinero, como tal, es generador de riqueza y la recuperación del sentido cristiano de la primacía absoluta del trabajo y del esfuerzo humano sobre el capital.

—La desaparición del principio que cifra el sentido y el éxito de la economía en la acumulación de riquezas y el crecimiento cuantitativo del consumo, para dar lugar a una economía al servicio de las necesidades del hombre.

—En consecuencia: planificación económica, que tienda a satisfacer las necesidades prioritarias y los objetivos sociales y que implique terminar con la "irracionalidad" capitalista en lo que hace a gastos improductivos, desocupación, desperdicio de capacidad productiva, producción de bienes superfluos, etcétera.

De todos modos, y si bien las medidas económicas son prioritarias, afirmamos la necesidad de escapar al "totalitarismo" de la economía. Se trata de desarrollar los factores económicos, pero para someterlos a un proyecto supra–económico. El Socialismo debe otorgarle a la economía toda la enorme importancia que tiene, pero al mismo tiempo negarle la pretensión de ser lo único que tiene importancia. La valora para subordinarla.

2.4.2. *En lo político:* Un Socialismo que haga posible que el pueblo ejerza plenamente su poder de decisión en la formulación y realización de su propio proyecto.

Para esto:

—Se impone suplantar la mentira de la "democracia liberal", que ha reducido la participación del pueblo a una formalidad eleccionaria; por un proyecto de democracia verídica, que haga efectiva la participación de todos, tanto en el acceso como en el ejercicio y control permanente del poder.

—Se trata de suplantar el "elitismo y la burocratización" de una falsa democracia, que despoja a los ciudadanos de su poder de decisión, por estructuras políticas que posibiliten la educación y organización del pueblo para el ejercicio efectivo de su gobierno.

Se trata, por lo tanto, de concretar una democracia social, en la que el ejercicio de la igualdad, la participación y la libertad, conforme un proyecto de sociedad, nunca definitivamente instaurado, sino a conquistar, consolidar y

perfeccionar permanentemente.

2.4.3. *En lo social:* El Socialismo ha de proporcionar una real igualdad de oportunidades para todos y en todos los aspectos.

Para ello se hace necesario:

—Posibilitar y urgir a que todos los ciudadanos, que están en condiciones de hacerlo, vivan de su trabajo;

—Articular progresivamente una participación real de todos en las responsabilidades de conducción:

—Superar el riesgo de la burocratización y la perpetuación de grupos dirigentes que se constituyan en factor de poder al margen del pueblo;

—Instaurar la total igualdad de la mujer y su participación en todas las esferas de la vida;

—Crear estructuras que canalicen con estricta justicia la distribución de los bienes de consumo (alimentación, vivienda, vestido, etc.).

2.4. *En lo cultural:* Un socialismo para el cual la cultura no sea un producto "elitista" e instrumento "ideológico" de una aristocracia dominadora y extranjerizante; sino el fruto de la convergencia de todas las luchas y esfuerzos del pueblo para descubrir su propia identidad, rescatar todos sus derechos y construir su propio destino.

Esto implica:

—Desmontar la maquinaria institucional y educativa del liberalismo capitalista, reemplazándolas por instituciones que, en contraposición a las características individualistas, competitivas y elitistas del sistema actual, se funden en bases comunitarias, solidarias y populares.

—Que el sistema educativo selectivo y cientificista sea suplantado por una educación liberadora a todo el pueblo que lo capacite para la transformación de la realidad; y por una concepción y ordenamiento de las ciencias, que superando la llamada "neutralidad científica", las coloque al servicio de la transformación orgánica del país y de la liberación integral del hombre.

—Desenmascarar la "cultura ilustrada" del sistema vigente que reduce las tradiciones del pueblo a un idealismo y a un folklore ingenuo, vaciado de su contenido político; para alentar e interpretar la verdadera cultura popular, por la que el pueblo expresa sus luchas, sus aspiraciones más nobles y sus ideales más legítimamente humanos.

En este orden es donde el socialismo debe responder a un desafío más profundo y permanente. Debe expresar al pueblo, sus intuiciones, sus experiencias, sus progresos, formulando así la cultura de un "hombre nuevo" en un "mundo nuevo". Por esta razón, el socialismo de ninguna manera puede impedir el ejercicio de la religiosidad arraigada en el pueblo.

A este respecto lo que decimos más arriba sobre la "ética de liberación" constituye una serie de pautas fundamentales de una cultura socialista.

2.4.5. *En lo jurídico:* El socialismo deberá encarar decisivamente una transformación total del concepto mismo de "justicia" a fin de suplantar el "legalismo juridicista" del sistema liberal por una legislación que parte de la igualdad fundamental de todos los hombres.

Para ello se impone, entre otras cosas:

—Crear un ordenamiento legal en el que el peor delito lo constituya la explotación del hombre por el hombre.

—Establecer una legislación que contemple de una manera especial la protección del "débil ante el fuerte". Exigencia intrínseca a todo sistema social.

2.5. Socialismo latinoamericano

Sostenemos que el Socialismo nacional no se agota en sí mismo. Podría constituir una ilusión si no lograra integrarse en una dimensión continental.

Consideramos que el Ideal de la "Patria Grande" sólo será posible con el advenimiento del socialismo en América Latina.

Este advenimiento constituye el único camino que nos puede conducir a una real liberación del imperialismo capitalista y el único medio para enfrentar el esquema de la división internacional del trabajo, planeado y ejecutado para satisfacer los intereses de los grandes monopolios y de los centros hegemónicos de poder.

Por otra parte, solo un continente realmente integrado por un auténtico socialismo será capaz de escapar a la subordinación a cualquier otro centro hegemónico y a cualquier otro tipo de dependencia que lesione los derechos y la integridad de las naciones que lo componen.

Aspiramos, finalmente, a que el Socialismo Latinoamericano constituya en el mundo un hecho inédito y renovador, testimonio para el resto de la humanidad de posibilidades insospechadas de convivencia y fraternidad universales.

Creemos que en este sentido, el aporte original del cristianismo ha de ser fecundo y decisivo.

3. Los cristianos y la Iglesia en este proceso.

En la raíz de todo este proceso que vive el Pueblo, de tenaz resistencia a asimilarse a un sistema de dominación y de laboriosa gestación de su proyecto de liberación, descubrimos la presencia activa de la fe y de la fraternidad que proclama el Evangelio.

Urgidos por este mismo Evangelio, nosotros como cristianos y como sacerdotes, insertos en este proceso del pueblo, nos sentimos llamados a optar por los "pobres, los afligidos, los que lloran, los que sufren persecución por la justicia, los de los ojos y el corazón abiertos al hermano, los que están decididos a ser constructores activos de la paz" (ver Mt. 5, 3-12).

Todo esto nos conduce a retornar al núcleo fundamental de nuestra fe: la decisión de Dios de descender a nuestra historia, bajar hasta los pobres y desvalidos para hacer suyas nuestras miserias y luchas, hasta entregarse y morir por nosotros. Retornar al centro vital de la Buena Noticia de Jesús: la formación de una comunidad fraternal entre todos los hombres y de todos los hombres con Dios.

A la luz de este proceso de liberación que vive nuestro pueblo, descubrimos y denunciamos que se falsea el Mensaje Evangélico cuando se pretende privarlo de su dinamismo fraternal e integrarlo como garantía sagrada de un ordenamiento injusto. Con ello se busca detener la historia en el punto ahora alcanzado; concretamente el éxito imperial de algunas naciones y el disfrute gozoso de un nivel de vida alcanzado por ciertos grupos sociales a costa del progresivo empobrecimiento y miseria de otros.

De este modo se pretende despojar al pueblo de la fuerza revolucionaria que da la fe, al presentarla no como germen descolonizador y creador de nueva historia, sino como mera actitud de sumisión fatal a los poderosos. Se contradice, entonces al Evangelio cuando, en nombre del

mismo y de una fe así interpretada, se quiere que la Iglesia y el sacerdote asuman una actitud política prescindente, que, de hecho, se torna eficaz apoyo del sistema de dominación vigente.

Afirmamos claramente que la institución eclesiástica no ha de ejercer ni disponer del poder político; pero tampoco convertirse en factores representativos de ese poder. Ante una y otra alternativa, la actitud del cristianismo, del sacerdote y de la Iglesia no puede ser otra que la de un compromiso activo con sus desposeídos de la historia, en concreto con su pueblo. Esto implica participar en su despojo y realimentar en el pueblo y desde él la conciencia profunda de esta esperanza de fraternidad; suscitarla, ayudarla, apoyarla positivamente. Implica insertarse en la ruda tarea cotidiana de construcción de su proyecto liberador.

Esta inserción en la lucha por la liberación es una exigencia de nuestra opción por Cristo, ya que a la luz de la fe interpretamos la realidad de dependencia y dominación como una situación de pecado y una negación del plan de Dios.

Por este camino, la Iglesia, compartiendo la suerte de su pueblo aprenderá a despejarse de toda estructura y actitud de dominación para volver a su esencial configuración de fraternidad cristiana en la que lo único valedero ante el hermano consiste en una actitud de servicio (Mt. 20, 25-28).

Como expresión de esta nueva conciencia de fe en el pueblo, vemos aparecer comunidades de base, que al hacer más visible la solidaridad evangélica con los oprimidos, confrontan constantemente a la propia institución eclesiástica con su vocación original de fraternidad servicial.

Finalmente, la fe en Cristo resucitado, único Señor de la Historia, libera al creyente de toda tentación de absolutizar realizaciones o ideologías que pretenden erigirse en freno de una comunidad fraterna siempre en camino hacia su plena y trascendente realización cuando "Dios sea todo en todos" (I Cor. 15, 28).

Conclusión:

Ponemos nuestros análisis, reflexiones y proyectos en

manos de aquellos con quienes nos sentimos hermanados en la fe y en el destino común: el pueblo argentino.

Nuestra esperanza en la vida futura fundada en la Pascua de Cristo, no legitima una evasión ante las responsabilidades históricas, pero el realismo cristiano tampoco engendra "profetas de desventuras" (Juan XXIII).

Dentro de los límites de nuestras posibilidades, hemos pretendido ser fieles a la Buena Noticia de Jesús. Hoy también, en nuestra Patria y en nuestro Continente el Evangelio denuncia porque anuncia. Anuncia un mundo nuevo y fraternal, y denuncia las fuerzas del orden viejo y egoísta que se resiste a morir.

Es un mensaje de esperanza para todos aquellos que, dolorosamente, tratan de seguir los caminos históricos por los que se manifiesta la perenne y trascendente novedad de Dios.

INDICE

INDICE